

M2252
R219

TRADICIONES VASCONGADAS

CUARTA PARTE

CONTIENE:

EL RABO DEL DIABLO
POR DON RAMÓN GAYTÁN DE AYALA

LOS COMUNEROS ALAVESSES
RECUERDO HISTÓRICO
POR DON RICARDO BECERRO DE BENGOA

JAUN ZURÍA
BATALLA DE ARRIGORRIAGA
POR DON RAMÓN GAYTÁN DE AYALA

ARRIGORRIAGA
ESTUDIO HISTÓRICO
POR DON ANTONIO DE TRUEBA

LA BOCINA DE ROLDÁN
POR DON JOSÉ MARÍA DE GOIZUETA

LA HILANDERA DE LA CAPILLA
POR DON JUAN V. ARAQUISTAIN

+8888+

BILBAO
IMP. Y LIBRERÍA DE JOSÉ DE ASTUY
Tendería, núm. 19
1902

BH

2193

2044
6-5
1201

M2252
R2195

MANIFIESTACION FORAL DE ALAVA
Biblioteca Provincial
N.º 155

BH
2193

TRADICIONES VASCONGADAS

CUARTA PARTE

CONTIENE:

EL RABO DEL DIABLO

POR DON RAMÓN GAYTÁN DE AYALA

LOS COMUNEROS ALAVESES

RECUERDO HISTÓRICO

POR DON RICARDO BECERRO DE BENGOA

JAUN ZURÍA

BATALLA DE ARRIGORRIAGA

POR DON RAMÓN GAYTÁN DE AYALA

ARRIGORRIAGA

ESTUDIO HISTÓRICO

POR DON ANTONIO DE TRUEBA

LA BOCINA DE ROLDÁN

POR DON JOSÉ MARÍA DE GOIZUETA

LA HILANDERA DE LA CAPILLA

POR DON JUAN V. ARAQUISTAIN

—+83308+

BILBAO

IMP. Y LIBRERÍA DE JOSÉ DE ASTUY

Tendería, núm. 19

1902

R. 19454

UNIVERSITY OF MICHIGAN

LIBRARY

ANN ARBOR

MICHIGAN

1900

1900

1900

1900

1900


1900

1900

1900

1900

1900



TRADICIONES VASCONGADAS

EL RABO DEL DIABLO

POR

D. RAMÓN GAITÁN DE AYALA

I

EL camino que atravesando el monte de Elosua conduce de Vergara á Azcoitia, es áspero y pedregoso, sobre todo, al principio. Durante el largo y lluvioso invierno de aquel país, se pone intransitable: las piedras sueltas, restos de una antigua calzada, resbalan bajo la planta del viajero, haciendo difícil y fatigosa la marcha.

A medida que el sendero se interna serpenteando por entre frondosos bosques de nogales y castaños, su pendiente es menos rápida, hasta que al fin desemboca en una magnífica planicie, que es una de las mesetas de la montaña.

En uno de sus extremos se eleva un fragmento de roca, de colosales dimensiones. Llama la atención del curioso la magnitud de aquella enorme masa de piedra, y el verla aislada y lejos de toda cantera.

La planicie está enteramente rodeada de frondosos barrancos, los cuales debieron impedir que rodase hasta allí, desde las alturas. ¿Quién pudo colcarla allí, y con qué objeto? La tradición cuenta lo siguiente: yo la he oído referir á un viejo aldeano y la escribo sin alterarla en nada, y procurando que conserve toda su natural sencillez.

II

Pedro era un joven pastor, que guardaba los rebaños del noble señor de Balda. La inteligencia muy superior al humilde oficio que ejercía le hacía desgraciado, porque no se conformaba con su suerte como otros pastores, compañeros suyos.

El lujo y ostentación de que estaba rodeado su amo, comparado con su mísera pobreza; el pensar que pudo tener una vida regalada y exenta de cuidados, y que el capricho ó la suerte le había colocado en aquel estado de privaciones, le inspiraban siniestros pensamientos.

El demonio de la envidia se apoderó de su corazón, quitándole la tranquilidad y el reposo. Una idea fija le atormentaba de continuo, la de ser rico y feliz, y hubiera intentado cualquier medio para conseguirlo. El matar y robar á su amo le parecía el más sencillo y rápido de labrar su fortuna, escapándose á lejanas tierras con el fruto de su crimen, pero le aterraba el patibulo que veía en lontananza.

Un día caluroso que se hallaba sentado á la puerta de su choza absorto en sus pensamientos, pasó por allí un viajero joven y robusto, pero fatigado y cubierto de sudor. Invitado por Pedro para que descansara y tomara alimento, se sentó á su lado y entablaron conversación. Esta se prolongó, y habiendo observado el viajero lo preocupado y sombrío que se hallaba el pastor, con mucho interés y corteses ademanes le preguntó la causa.

Después de algunas vacilaciones y reticencias, animado por la bondadosa fisonomía del caminante, el joven depuso la reserva y le confió su secreto. El primer paso es el que cuesta, y rota la valla, Pedro contó á su compañero sus planes y proyectos, prolongándose la conversación de modo que al fin de ella parecían dos antiguos amigos que se ven después de una larga ausencia.

—El medio que has elegido—dijo el viajero—no es bueno y es peligroso; hay quien puede darte riquezas como tú no las has soñado siquiera, y muchos años de vida para gozarlas; pero temo—añadió—que no aceptes las condiciones.

Estas extrañas palabras hicieron reflexionar á Pedro.

Una terrible lucha se entabló entre su corazón que deseaba y su razón que temía, y estos sentimientos se reflejaban de tal manera en su rostro que su compañero lo notó, y una sonrisa diabólica contrajo sus labios.

—¿Vienes á relatarme —dijo Pedro algo repuesto— patrañas y cuentos de vieja en que aparece Satanás derramando el oro á manos llenas sobre sus protegidos? No soy tan imbécil que crea en esas necedades; no tengo noticia de nadie que le haya visto hace tiempo, y pienso ó en que el diablo se encuentra perfectamente en su casa, ó se le han agotado sus tesoros.

—¿Quién sabe?—le interrumpió el viajero.—Haz la prueba; bien merece la pena; si no realizas tus deseos añades un desengaño más á los muchos que habrás tenido; y al contrario, te expones por la duda á perder una vida de delicias.

La proposición era tentadora, pero sin embargo, todavía vacilaba; mas, decidido al fin á salir de posición tan angustiosa, hizo un esfuerzo, y mirando fijamente á su interlocutor, le dijo:

—Acabemos de una vez y di las condiciones, pues sospecho, ó que eres el diablo, ó cuando menos, un enviado suyo.

—Satanás soy—respondió el viajero —y hace tiempo que te conozco; he visto que te hacía falta y aquí me tienes á tus órdenes. Me calumnias los hombres—añadió—suponiéndome malas cualidades que no tengo, y tú mismo vas á juzgarme: te doy salud, un tesoro incalculable y cien años de vida, y en cambio ¿qué exijo? nada, casi nada; tu alma, que al fin y al cabo será mía, porque vosotros, los hombres, os dais tal mañana para perderos, que me ahorráis mucho tiempo y mucho trabajo; de modo que una cosa que me pertenece la compro; ya ves si soy generoso. ¿Conque, aceptas ó no? porque hay otros que me necesitan y no quiero faltar á mi exactitud acostumbrada:

—Fuera vacilaciones—exclamó Pedro—acepto.—Y añadió para sí.—Después veremos; cien años es mucho término; allá, hacia el fin, me convierto á Dios, y doy un solemne chasdo á Satanás, dejándole con un palmo de narices.

El diablo desapareció, volviendo al poco tiempo con su

formidable aparato de cuernos y garras, ítem más, un magnífico rabo que arrastraba majestuosamente por el suelo. Entre las uñas traía un precioso cofrecillo negro.

Cuando Pedro lo vió, un sudor frío corrió por todo su cuerpo, pero quedó atónito al observar que la caja negra estaba llena de monedas de oro recién acuñadas, que brillaban al sol, que daba gozo.

—De poco te asombras — dijo Satanás al notar la cara que ponía el pastor, y tocando un resorte saltó un doble fondo del cofrecillo, dejando al descubierto una cantidad inmensa de diamantes.

Eran tantos y tan limpios, que al herirlos los rayos del sol, los ojos de Pedro no pudieron resistir aquella claridad, y aturdido cayó de espaldas.

Cuando se levantó y serenó un poco, Satanás continuó enseñándole más y más riquezas, hasta que Pedro, impaciente por poseerlas, arrebató el cofrecillo de manos del diablo, lo cerró poniéndole bajo el brazo, dió el otro á su protector y ambos echaron á andar tan contentos y satisfechos.

Pero San Miguel, celoso de la autoridad de Dios, á quien ultrajaba aquel nefasto contrato, quiso jugársela á su antiguo enemigo.

Se lanzó por los aires, cojió de una montaña lejana un enorme peñasco y poniéndose encima de nuestros viajeros, cuando atravesaban la planicie lo dejó caer á plomo.

El diablo, como más listo, sospechó algo y miró hacia arriba á tiempo que venía encima la enorme roca, y quiso huir. Era tarde; la inmensa mole aplastó al pastor con su tesoro, y á Satanás, que se había alejado un poco de su compañero le pilló el rabo.

Las contorsiones y visajes que hizo al verse preso causaban risa, pero tanto trabajó y con tan buen éxito, que se vió libre, aunque con unos dolores verdaderamente infernales. Se miró y tanteó el cuerpo, y al fin observó que le faltaba la mitad del rabo que se había dejado debajo del peñasco.

San Miguel, que miraba la escena sentado en una nube, se divirtió en grande y volvió al Cielo á contar la aventura. El diablo, todo mohino y cabizbajo tomó el camino del infierno.

Cuando Luzbel se apercibió del estado en que venia el súbdito, se puso furioso y le mandó que inmediatamente volviera á recojer la mitad de su apéndice.

Los habitantes del contorno aseguran que á las altas horas de la noche se oyen grandes ruidos y quejidos lastimeros, y añaden que cuando hay tempestad, á la luz de los relámpagos se distinguen una porción de diablos ocupados en sacar de debajo de la peña el medio rabo de su compañero.

Algunos temerarios que, incitados por el valor del tesoro, han querido desenterrarlo á media noche, sorprendidos por Satanás, ocupados en su faena, han sido violentamente arrojados y hechos pedazos en los barrancos vecinos.

NOTA.— Esta creencia en tesoros misteriosos se encuentra en las leyendas de todos los pueblos.

Hay en Alemania, al Sud de Hartz, unas pequeñas grutas llamadas Zeverglas Cher (agujeros de enanos), las cuales poseen tesoros, y para apoderarse de ellos hay que practicar ciertas ceremonias de noche y á la luz de antorchas ruinosas.

En Escocia y en los Cantones de Suiza existe la creencia popular de que debajo de algunas montañas hay inmensas riquezas custodiadas por hadas y gigantes. Lo mismo sucede en la Bretaña, y su guarda está confiada á un viejo, una vieja, una serpiente, á un perro negro, ó á unos demonios de un pie de altura.

Añaden las gentes del campo que mientras se canta el Evangelio el domingo de Ramos, estos demonios se ven obligados á abandonar sus tesoros, y para evitar que se apoderen de ellos, los ocultan bajo la forma de piedras, de carbón y hojas secas. El que puede arrojar sobre ellas agua bendita, les vuelve su primitiva forma y se hace rico para toda su vida.

Es antigua tradición en el país de Vannes (Bretaña) que debajo de las piedras de Plonhinec puestas por los kosigaus hay una incalculable fortuna: cada cien años, á las doce de la noche del 31 de Diciembre, estas piedras bajan á beber al río Jutel, y durante este tiempo quedan las riquezas al descubierto, pero vuelven á su sitio con tal rapidez que

aplastan al imprudente que quiere aprovecharse de su ausencia para cogerlas, si no lleva consigo un ramito de la yerba de la Cruz, envuelto en trebol de cinco hojas. Este es un talismán invencible.

Los kosigaus son unos génios más traviesos que maléficos, y habitan en forma de enanos, reunidos en pueblos al derredor de los monumentos druidicos.

El pueblo vascongado tiene también sus creencias en unos entes fantásticos que bajo el nombre de Irachus, bajan de noche por las playas solitarias y tienen alguna semejanza con los armoricanos korgans.





LOS COMUNEROS ALAVESSES

RECUERDO HISTÓRICO

POR

D. RICARDO BÉCERRO DE BENGOA ⁽¹⁾

I

ERA el 7 de Abril de 1521. El cielo se hallaba cubierto de nubes y soplaba un viento impetuoso. Los árboles ostentaban ya su naciente follage; el campo se hallaba matizado de verde, y algunas flores dejábanse ver de trecho en trecho.

Iba á caer el día. Millares de insectos producían un desarmónico ruido y alguno que otro ruiseñor contribuía también con su melodioso canto á turbar el silencio de la naturaleza.

Por una senda que conduce desde Luco á Arroyabe, no lejos de Vitoria, caminaba sobre un regular alazán, un hombre embozado hasta los ojos, y en su cabeza llevaba un reluciente casco con la visera alzada y una hermosa pluma morada.

Caminaba llevando su caballo casi al trote y apenas saludaba á los aldeanos que volvían del trabajo y que encontraba al paso.

Para cuando llegó á Arroyabe había ya anochecido completamente.

Dirigióse á una posada ó mesón que había á la entrada

(1) Esta composición fué escrita en 1861, cuando su autor sólo contaba 16 años de edad.—(Nota de EUSKALDUNA.)

del pueblo donde se veían agrupados á la puerta una multitud de aldeanos y soldados: éstos al verle llegar se acercaron á él y saludándole le dijeron:

—A vuestras órdenes, capitán Gorostiza.

—Hola, muchachos!—dijo el embozado apeándose.—Lle-
vad este caballo á la cuadra; ¿está arriba?

—El conde... si señor.

—Bueno, bueno.

Los soldados cogieron el caballo y el capitán Gorostiza subió por una escalera que se hallaba al lado de la puerta.

II

La posada estaba llena de soldados, y en la cocina, sobre todo, veíanse una gran multitud, acurrucados en torno de algunas botellas.

Casi todos vestían el mismo traje. Un casco ó celada con su carrillera, una coraza de acero que les llegaba á la cintura y dejaba ver los brazos cubiertos con un jubón encarnado, y calzones hasta la mitad del muslo, completando su guerrero uniforme unas botas amarillas que llegaban á cubrir el resto del cuerpo.

—Vive Dios! que hoy llevamos andadas siete leguas larguitas...—dijo uno de ellos dirigiéndose á un chiquito regordete que llenaba los vasos y hacía que corriesen de mano en mano.

—Amigo Armentia, gracias á Dios que hoy no hemos visto el sol, que sino... Si he de decirte la verdad, estoy deseando ver cómo acabarán estas irisas... No sé cuándo á nuestro señor conde de Salvatierra le dará la gana de que entremos en Vitoria, quieran que no los ciudadanos.

—Hombre—añadió otro de ellos—según corren voces, se ha formado un botallón de vitorianos para darnos un poco más en qué entender.

—No hagas caso; después que entremos en Vitoria y vayamos poco á poco llenando nuestro buen deseo, y nos veamos con nuestros amigos los soldados de Padilla que empiezan ya á hacer algo, verás, verás tú... Conque amigos, otro vaso y... viva la libertad, viva el conde!

— Viva!... viva! — contestaron los de la mesa, y el mismo grito se oyó en toda la cocina.

— Amigo Arcaya, ¿qué hace usted allí sin chistar una palabra? — gritó el Ganimedes á un soldado viejo, canoso, de largos bigotes, que con los brazos cruzados estaba en un rincón de la cocina.

— Nada, caballero, no me ocurre nada... Estoy pensando en que tardamos mucho en ver la cara á los ..

— Si... comprendo, á los flamencos... eh?

— Cabalmente; eso es...

— Malos diablos carguen con todos ellos — dijo el posadero trayendo otras dos botellas llenas, que los soldados recibieron con alegría.

— Tienes razón, compadre Chori — dijo el regordote al posadero — tienes razón; no saben lo que se pescan.

Hablando, hablando pasóse el tiempo y al fin cada cual se retiró á dormir.

De allí á poco nada se sentía: los Comuneros alaveses dormían profundamente.

III

En una salita del mesón, medianamente arreglada, é iluminada por un quinqué que había sobre la mesa, se hallaba el conde de Salvatierra muellemente recostado en una silla de brazos, conversando con otros varios caballeros, entre los cuales se hallaba el capitán Gorostiza.

Era el conde un hombre pequeño, flaco de cuerpo, de apacible mirada y gesto sereno, con barba negra y rizada que le caía sobre la luciente coraza.

Vestía como los demás soldados y caballeros, llevando además una tanda roja cruzada del hombro izquierdo al costado derecho.

A su lado estaba otro caballero de gentil presencia, ojos negros, larga barba, espaciosa frente y robusto de cuerpo, vistiendo un traje bastante lujoso.

Este era el capitán Gonzalo de Baraona.

El conde estaba con el brazo izquierdo apoyado en una mesa, sobre la que se veían algunos pergaminos, una espa-

da y un casco. Los demás ocupaban varios asientos en su alrededor.

—Pronto tendremos ocasión de ver la cara á los otros, según entiendo—dijo Baraona.

—Es probable—contestó el conde meneando la cabeza.

—El hijo del duque de Nájera—añadió Gorostiza—ha llegado con el ejército á la provincia y dicen que se aproxima á Vitoria; será posible que entre; querrá hacer méritos para presentarse á Carlos, que nos viene de Alemania de emperador; es muy joven el duquesito... Si fuera su padre... vamos; su padre peleó con los moros; fué en una expedición á las Indias; aunque por otra parte, ¿qué quiere su señoría que le diga? no estoy muy contento con nuestra gente.

—Verdad es—dijo Baraona—tenemos poca gente y ella indisciplinada..... Dios abrirá camino; ya no tardaremos mucho.

—El día que nos unamos con los Comuneros castellanos será otra cosa; dicen que Padilla es hombre de genio.

—Y gran caballero en todas partes.

A este tiempo se dejó sentir el galope de un caballo que se dirigía hacia el mesón.

Baraona se levantó; fué á una ventana y abrió preguntando al que acababa de llegar:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Para serviros. Baraona.

—Ah! Sois vos, Ibáñez.

—Tened la bondad de abrirme.

Baraona atravesó la sala y bajó á abrir.

Entró Ibáñez, y dejando el caballo subió á la sala del conde.

El recién llegado era un hombre flaco y pequeño; no vestía uniforme militar, sino un jubón verde, calzones y capote negros.

Al entrar se quitó el sombrero y saludó á los que junto al conde estaban.

—¿Qué pasa, amigo Ibáñez?—preguntó éste.

—Mucho, señor mío—dijo el interrogado sentándose—el hijo del duque de Nájera ha entrado esta tarde en Vitoria, fortificándola y guarneciéndola completamente.

—¡Rayo de Dios!—dijo el conde dando con el pie en el

suelo—mañana adelantaremos hasta Durana y Betoño; les arrojaremos el guante!

—Combate seguro.

—No hay remedio... Caballeros, á descansar.

Levantóse el conde, y cada cual se fué á su departamento.

Uno tan sólo permaneció en la sala, y luego que los demás hubieron marchado cogió el velón y dijo en voz baja caminando hacia la escalera:

—Para el amanecer he de estar en Vitoria; voy á despedirme de mis amigos y á dar un abrazo á mi hija... Si supieran que la pobre María es hija del capitán Baraona... mas no; mi amigo Zárate no lo revelará á mis enemigos... Es preciso darse prisa.

Y el capitán Baraona entregó el velón al posadero, montó á caballo y marchó hacia Vitoria.

Poco antes de llegar silvó de una manera particular, y al poco rato le contestaron de igual modo, no tardando en aparecer de entre los árboles del camino un hombre que se dirigió hacia el capitán.

—Ola, Zárate.

—Buenas noches; ya hace tiempo que os esperaba; creí que no vendríaís hoy .. vamos; desmontaos y prevengámonos para entrar como siempre; aquí están las mantas y las sogas.

—No me ateis tan fuerte como otras noches.

—Está bien.

El capitán se echó en el suelo y Zárate le envolvió enteramente con dos mantas; ató las sogas al rededor y poniéndole á manera de saco sobre el caballo, dió á éste un latigazo, y agarrándolo del ramal se separó del camino, siguiendo una senda que los condujo á un portillo de la muralla donde Zárate dió algunos golpes con el puño.

—¿Quién va? —preguntaron de dentro.

—Abrid, que traigo pan y cargamento.

—¿Eres tú, Zárate?—dijo un soldado abriendo el portillo —entra, entra.

Zárate entró seguido de sus cabal'os.

—Hasta mañana —dijo el soldado volviendo á su puesto.

—Adios—contestó Zárate conduciendo su carga por varios callejones hasta llegar á la calle de la Zapatería.

IV

¿Qué es lo que traía á Vitoria el capitán Baraona, siendo así que en la ciudad estaban sus enemigos y podían fácilmente prenderle?

Era verdad que en Vitoria se hallaban ya los soldados del duque de Nájera, y que la ciudad, al parecer, estaba también contra los Comuneros; mas Baraona, ayudado de su fiel amigo Zárate, que en la ciudad ejercía el oficio de tendero y abastecedor de la guarnición, arrostraba todos estos peligros por el amor que profesaba á su pequeña hija Maria, la cual hacía bastante tiempo residía en Vitoria bajo el cuidado de Zárate; y por otro lado venía á la ciudad para dirigir las conspiraciones que en favor de los Comuneros hacían secretamente algunos vitorianos.

Siguiendo, pues, nuestra relación, diremos que Zárate se dirigió, atravesando el callejón, á una casa de la calle de la Zapatería, y sacando una llave abrió la puerta y penetró en el interior.

Desató al capitán, le descubrió, y puesto éste en pie subieron por una mal segura escalera que les condujo á una salita que estaba totalmente á oscuras.

Fué Zárate hacia otra habitación y al poco rato volvió con una lámpara en la mano.

La habitación contenía ocho sillas de brazos, un a mes con recado de escribir, un armario, y junto á él una espada y un arcabuz; á la derecha, y en frente de la ventana, se veía una alcoba cubierta por unas blancas cortinas.

—Medrados estamos, amigo Zárate—dijo Baraona son-tándose.—¿Con que está la ciudad perfectamente fortificada?

—Sí por cierto.

—¿Y mi hija?

—Durmiendo la teneis allí dentro—dijo señalando las cortinas que ocultaban el lecho.

—¿Y nuestros amigos?

—Esta tarde han marchado algunos á Ayorrabe, pero aún hay bastantes en la ciudad.

—¿Y qué ánimo tienen?

—Qué se yo... no se qué deciros.

—¿De qué provienen tus temores?

—De una friolera... Anoche tuvieron reunión, los sorprendieron y diez y ocho fueron llevados á la cárcel.

—Mal rayo!... ¿Y Antón Múgica?

—Escapó... ese aún nos verá.

—¿Pudieras avisarle?

—Iré á su casa.

—Eso es; vete y dí que le aguardo.

—Hasta luego.

Zacarias marchó. En esto ya empezaba á amanecer. Baraona apagó la luz y abrió las ventanas.

Descorrió las cortinas de la alcoba y entró.

En una cama pequeñita dormía tranquilamente una niña como de ocho años, de cabellos negros y hermosa figura. El capitán estampó un beso en la frente de la niña, y ésta, abriendo dulcemente los ojos, le dirigió una risueña mirada y se sentó incorporándose sobre la cama.

El capitán, tomándola una mano, la dijo:

—¿Qué tal estás, María?

—Bien, don Gonzalo y..... ¿no me ha traído usted nada?

—No; hoy no he traído nada.

—¿Y mi padre?

—Ha ido á un recado, del que volverá pronto.

—Voy á vestirme, don Gonzalo.

—No, que es temprano todavía; duerme un poco más.

—No, no; me voy á vestir, dijo saltando fuera de la cama.

El capitán salió de la alcoba, y, enjugándose una lágrima abrasadora exclamó:

—¡Pobre hija mía! ¡Si supiera quien es su padre!...

Y sentándose en una silla dejó caer su cabeza sobre la mano izquierda, cuyo brazo tenía apoyado en la mesa.

Así permaneció pensativo un rato.

Abrióse la puerta, y dió paso á una mujer, que al entrar saludó al capitán diciendo:

—Para serviros, don Gonzalo; ¿qué tal seguís?

—Muy bien Isabel, ¿y vos?

—Ya se va pasando; ahora se vende mucho con estas revueltas. ¿Y mi marido?

María salió á este tiempo de la alcoba.

—Ha salido á un recado; volverá pronto, contestó el capitán.

—Hola niña; ¿cómo te has levantado tan pronto?

—Porque don Gonzalo ha venido á verme.

El capitán la cogió y la sentó sobre sus rodillas.

—Voy á haceros el desayuno, don Gonzalo—dijo Isabel marchando hacia la puerta.

—Yo también, don Gonzalo, dijo María saltando de las rodillas de éste y corriendo tras Isabel.

V

A poco rato volvió Zárate, acompañado de Antón Múgica.

Venía éste embozado en un capotón, bajo del cual salía la punta de la tizona que le colgaba del costado izquierdo.

Al entrar se quitó la gorra y apretó la mano de don Gonzalo.

—Hola, amigo Múgica, ¿qué tal vamos?

—A puradito, señor; ¿habeis dispuesto para hoy mi escapatoria?

—La haremos juntos.

—¿Y cómo os habeis atrevido á venir á Vitoria en el estado en que nos hallamos?

—El amor de padre..... ya veis..... y luego por veros á vosotros; pero, vamos, ¿cómo estamos de negocios?

—Mal en Vitoria. Nos han descubierto y han apresado una porción de amigos; esta noche han escapado varios. Aquí os traigo el dinero que ha sobrado de los gastos.

Y al decir esto sacó un talego que colocó sobre la mesa.

Abrióse la puerta y entró Isabel con el desayuno.

Tomaron todos asiento y almorzaron de prisa.

—Voy á disponer el caballo—dijo Zárate levantándose.

—Y yo el mío -añadió Múgica echando el último trago.

—Don Gonzalo, hoy vamos á salir de la ciudad vestidos de acemileros; conque..... tomad este traje; sobre la cota ya os vendrá bien -dijo Zárate sacando de un baul un traje completo de paisano.

Múgica salió por su caballo.

Don Gonzalo se vistió, y quedó completamente transformado.

—Ahora tomad este capote y embozaros bien..... allá va el gorro. ... ceñíos la espada.

Zárate salió á arreglar los caballos.

—Isabel...! — dijo Barcona.

—Señor, allá voy.....

Aquella entró seguida de María.

—Vaya, hasta la vista..... Aquí está este talego de oro para que hagais un vestido á María.

—Pero, señor.....

—Vamos, guárdalo antes que suba Zárate.

Isabel tomó el talego y lo guardó en un baul.

Don Gonzalo abrazó á su hija frenéticamente; gruesas lágrimas brotaron de sus ojos, y dijo á Isabel:

— En vuestra casa dejo mi corazón; no se cuándo volveré por aquí.

— Descuidad, don Gonzalo.

— Adios.

— Adios.

Don Gonzalo bajó precipitadamente el portal donde Zárate estaba con dos caballos.

A poco rato llegó Múgica con otro.

Cargaron algunos serones y embozándose partieron.

Las calles de Vitoria estaban cuajadas de soldados; nuestros tres personajes salieron por toda la Zapateria adelante, atravesaron la Plaza Vieja que entonces se hallaba cubierta de casas de labradores y huertas, tomaron una senda que conduce á Elorriaga, á donde partieran al galope.

Había en este pueblo gran cantidad de caballos y gentío comprando provisiones para llevarlas á Vitoria, provisiones que traían los aldeanos de los pueblos inmediatos.

Zárate cargó su caballo y acompañó á don Gonzalo y á Múgica hasta el monte de Zurbano.

Despidiéronse al llegar á él, y volviendo Zárate á Elorriaga, los otros dos, picando espuela, galoparon en dirección á Arrozabe, llegando á este pueblo para el mediodía.

VI

Al otro día, 9 de Abril de 1521, salió de Vitoria con su hermoso ejército el hijo del duque de Nájera, en busca del conde de Salvatierra y los Comuneros.

Adelantó hasta Betoño con el grueso de las tropas, pasando á orillas del Zadorra desde Gamarra hasta Escalmendi, desde donde se veían relucir á lo lejos los cascos y picas de los del conde, que coronaban las alturas de Durana, losques y cercanías de Mendibil.

El hijo del duque de Nájera recorría las filas dando aliento á los soldados y encareciéndoles el fruto de la victoria.

El de Salaverria revistaba y daba ánimo á su gente; así como Baraona, que montaba en un hermoso corcel y seguido de varios capitanes, comunicaba las órdenes necesarias para el combate.

Corriéronse, pues, los del de Nájera hacia Gamarra y embistieron con brío el ala izquierda de los Comuneros que se hallaba en las tierras de Retana, comunicándose rápidamente el combate á toda la línea y avanzando los caballos de los Comuneros hasta el pueblo de Durana, donde replegándose casi todas las fuerzas de ambos ejércitos, se hizo más terrible el choque.

Grande, á la par que horrorosa era la matanza y carnicería en ambos lados; chocaban los caballos con los que hallaban al paso y arrollaban filas enteras de soldados; el humo de los arcabuces, el polvo de la refriega y los gritos de los combatientes formaban un cuadro horroroso, tiñéndose en sangre española las aguas del Zadorra, donde tantos soldados habían sido arrojados.

Los visos voluntarios del Conde cejaron á la impetuosidad de los del de Nájera, que desgarraban ya horrorosamente las filas de los Comuneros.

Mas aún no habían acabado, cuando Gonzalo de Baraona ordena otra vez sus soldados y les encamina al combate; vuela á reponer otro costado, pero sus soldados no pueden resistir y van perdiendo terreno; vuelve el valiente capitán con los que le quedan contra los enemigos, que animados por su triunfo adelantan cada vez más, acometen á don Gonzalo

y á los suyos que sembraban la muerte á orillas del puente de Durana; mas aniquilados por el número dejan en manos de los enemigos el pendón morado de la libertad, y el mismo Baraona, cubierto de heridas, sepultó su espada rota en las aguas del Zadorra, se entrega, y es atado y conducido entre los enemigos á la presencia del de Nájera quien ufano de la victoria ve huir al conde de Salvatierra y á los pocos que le quedan, hacia el interior de Guipúzcoa y montañas de Arlabán.

Cerca del anochecer fué llevado á Vitoria don Gonzalo, donde, según hablillas de los soldados, debía ser decapitado para escarmiento de los rebeldes.

VII

Verdad por cierto fué que don Gonzalo moriría en el cadalso.

Al otro día, por la mañana, habiendo vuelto casi todo el ejército, los trofeos y banderas se colocaron con gran pompa y regocijo en la iglesia de Santa María, donde se celebró un acto de gracias por la victoria.

Al medio día había reunido un numeroso gentío en derredor de un tablado construido en la Plazuela del Carbón, hoy de Santo Domingo, cubierto de paño negro, y sobre él una mesa con un crucifijo y dos velas, varias sogas y un tajo.

El pórtico del convento de Santo Domingo, que está en dicha plaza, y las avenidas de las calles estaban llenas de gente que esperaban silenciosas la hora de la ejecución.

De una casa de la Cuelillería, que servía de cuartel, salió á las doce menos cuarto la fúnebre comitiva que conducía al cadalso á don Gonzalo de Baraona.

Iba éste con su traje de guerrero, en medio de dos religiosos dominicos que le exortaban, atendiendo á sus consejos; delante y detrás iban filas dobles de soldados, á los lados los alguaciles y justicia, y entre ellos el pregonero que al llegar á las bocacalles decía: «Este es el ejemplar castigo que el rey nuestro señor manda hacer á Gonzalo de Baraona por rebelde y traidor.»

Mas nada, á la verdad, ocupaba tanto el pensamiento de

don Gonzalo, como el recuerdo de su hija María, que un día antes había abrazado.

Llegó, por fin, la comitiva al caldalso, y don Gonzalo subió á él con paso firme el primero de todos, y dirigiendo una altiva mirada al gentío que estaba á su vista, se adelantó hacia el altar, se arrodilló y oró un rato.

Levantóse después, y oído de nuevo el pregón, apretó la mano del verdugo, se arrodilló junto al tajo, é inclinó la cabeza sobre él, que el ejecutor cortó de un solo golpe.

Agarróla por los cabellos y la enseñó á la gente que consternada bajó los ojos, y nadie se atrevió á mirarla.

Allí rodó la cabeza del valiente capitán, predecesor de desgracia de Padilla, Bravo y Maldonado, quienes poco después debían sufrir igual suerte en Villalar.

VIII

Nada hay entre los mortales que permanezca secreto.

Zárate cuidó de la pobre María; mas cuando ella llegó á ser moza supo que don Gonzalo había sido su padre y supo también su triste fin.

Atormentada por la tristeza, murió monja en el convento de las Brigidas de la ciudad de Vitoria.





APUNTES HISTÓRICOS

Jaun Zuria

BATALLA DE ARRIGORRIAGA

POR

D. ROMÁN GAYTÁN DE AYALA

EN los anales de los pueblos se registran ciertos hechos, ciertos acontecimientos, que forman época, y que, trasmitidos á la posteridad por la tradición y la historia, sirven de útil y provechosa enseñanza (1).

La batalla de Guadalete traerá siempre á la memoria el fin desastroso de una monarquía, cuando ésta se entrega á los desórdenes y al vicio.

Entre un rey débil y libertino; unos magnates corrompidos, ávidos de riquezas y de mando; un pueblo rebelde á una autoridad sin prestigio y sin fuerza; frente á frente de una raza ardiente, fanática, orgullosa de sus triunfos, que con el alfange en una mano y el koran en la otra, se cree llamada por el destino á dominar la tierra, el resultado no era dudoso. La monarquía goda había cumplido su destino, y pasó; los árabes debían recorrer el camino trazado por la Providencia, hicieron temblar á la Europa como guerreros; sus sabios al mundo; sus Academias fueron el oráculo de la ciencia;

(1) Entre los sucesos notables que han cambiado el curso y la marcha de las naciones, pudiéramos citar la batalla de Filipus, Zama, los campos cotalaúnicos, Poitiers, Hasting, Munda y los combates navales de Actium, Lepanto, Aboukir y otros.

pero concluyó su misión y pasaron á su vez siendo sustituidos por otras razas y otras ideas. Hoy en día apenas conocerán á sus descendientes en las tribus errantes y salvajes que pueblan los desiertos de Africa. ¡Grandes enseñanzas de la Historia!

Los vasconguelos recordaremos con orgullo la batalla de Arrigorriaga, y á Jaun Zuria que probó, una vez más, que no se avasalla impunemente á un pueblo que es libre y quiere transmitir íntegro este sagrado depósito á las generaciones venideras.

Vamos á consignar aquí las diferentes opiniones que acerca del primer Señor de Vizcaya, y de la batalla de Arrigorriaga, en diversos autores hemos leído, consultando también á la tradición que de este memorable suceso conservan los vizcainos.

Alponte, en su noviliario *M.-S.* empieza el catálogo de los Señores de Vizcaya, diciendo: «Fron florecía el año 880 reinando en León don Ramiro I y en Castilla el conde Fernán González. Los vizcainos le reconocen por Señor y le llamaron don Zuria, que en lengua vascongada significa Solano. Este venció al conde don Nuncio en Arrigorriaga.» No hay para qué detenerse en demostrar lo absurdo de esta opinión, porque en 880 no hubo Ramiro en León; el primero de este nombre entró á reinar en 810, y el segundo en 933, según los Obispos don Sebastián y Sampiro, ó en 930 según Lafuente (1). En cuanto al conde Fernán González, la primera memoria suya es de 912.

Lope G. de Salazar, noviliario *M.-S.* dice: «Que los vizcainos se levantaron contra el rey de León (no lo nombra ni señala la época) y que éste envió á su hijo, con poderoso ejército, á castigar á los rebeldes, los cuales le mandaron á decir que aplazase la batalla con ellos; pero el rey contestó que no lo haría á menos que no fuese con rey ó persona real. Habiéndose reunido los vizcainos so el árbol de Guernica, convocados por las bocinas de las cinco merindades, según antigua y tradicional costumbre, nombraron por su caudillo á don Zuria, nieto del rey de Escocia, joven esforzado y valiente. Se hallaba á la sazón con su madre en Alta-

(1) *Historia de España*; tomo III, apéndice segundo.

mira (cabo Mundaca), aceptó el mando y llamó en su auxilio á Sancho Estiguez, Señor de Durango. Se dió la batalla y los leoneses fueron vencidos, muerto su caudillo el infante (aunque pereció también en la contienda Sancho Estiguez), y los vencedores persiguieron á los fugitivos hasta el árbol de Mallatu. El sitio de la batalla se llamaba Padura; y á consecuencia de la mucha sangre que se derramó cambió en el de Arrigorriaga (que en vascuence significa piedras rojas ó bermejas). Cuando Zuria iba al encuentro del enemigo, pasaron ante él dos lobos negros con coronas blancas en las bocas, lo cual le infundió mucho ánimo y valor; teniéndolo por buen presagio.»

El Mariana se lee (1): que los vizcainos se rebelaron contra el rey de León Alfonso III, nombraron por su caudillo á Zuria, yerno del conde Zenón. El rey mandó á Ordoño á sujetarlos, el cual fué vencido en Arrigorriaga (antes Padura) por Zuria, y que éste era de la sangre real de Escocia.

Esta versión nos parece tan inverosímil como las anteriores. Si Don Zuria era yerno del conde Zenón (como casado con su hija Iñiga), no habia necesidad de alzarle como Señor, porque de hecho lo era; y teniendo los vizcainos su legitimo y natural caudillo, éste y no otro sería el de las cuestiones con el rey de León. Decir que el rey don Alfonso envió á su hijo Ordoño, que murió en la batalla, es falso, porque Ordoño sucedió á su padre después de muerto sin hijos su hermano don García (914), y reinó gloriosamente once años, hasta 924, como dice el Obispo Sampiro.

El conde don Pedro de Portugal, en el titulo IX de su Noviliario dice: «Los vizcainos pagaban al conde Munio de Asturias cada año un buey, una vaca y un caballo blancos: éstos le negaron el tributo, y el conde fué contra ellos con poderoso ejército. Se dió una sangrienta batalla en Busturia, cerca de Bilbao, y el lugar del combate fué llamado Arrigorriaga.» Dice fué en tiempo de Alfonso, sin explicar cuál de este nombre: añade el conde don Pedro, que al tiempo que los vizcainos tenian estas diferencias con el conde don Munio arribó á su tierra una nave inglesa, en la que venia un hermano del rey de Inglaterra, llamado Fron, y un hijo

(1) *Historia de España*, libro VII, cap. 19.

suyo que se decía Fortún Froes, y ofreció á los vizcainos que si le recibían por Señor les serviría de amparo y protección contra sus enemigos; que se dió la batalla y los venció.

Una antigua leyenda del país dice poco más ó menos lo mismo. Supone que don Zuria era extranjero, hijo del rey de Inglaterra, el cual tenía dos hijos, y habiendo salido con ellos y la corte á una cacería, el mayor mató con el dardo, mal dirigido á una fiera, á su anciano padre. Reunidos en concejo los ancianos y jefes de familia para darle sucesor, acordaron que este hijo no podía heredar el trono, á pesar de corresponderle, por estar manchado de sangre; la muerte era un castigo demasiado cruel para un delito casual, y así determinaron entregarle en una nave á merced de las olas. Estas arrojaron al proscripto á las costas de Vizcaya, donde mandaba un jefe llamado Lekovide (descendiente del enemigo de los romanos), el cual le concedió franca y cordial hospitalidad. Por este tiempo atacaron los asturianos al país vascongado, y por ser ya débil y anciano Lekovide, mandó las huestes el príncipe inglés, venció á los enemigos matándoles su jefe, y en agradecimiento los vizcainos le aclamaron por Señor llamándole Don Zuria, á causa del color de sus cabellos. Lekevide le dió su hija en matrimonio. En la misma leyenda hay una pequeña variante: el rey de Inglaterra (debe decir la asamblea de los ancianos), no arrojó del reino á su hijo, sino á un noble que cometió un crimen.

Florián de Ocampo (Crónica) asegura ser tradición entre los vizcainos, que fué hijo Don Zuria de un caballero montañés y de una infanta hija del rey de Escocia.

Un nobiliario *M-S.* comienza la serie de los Señores de esta manera: «Cuando se perdió la España era Señor de Vizcaya Andeca, que murió en la batalla de Gualalete (714) y descendía de los duques de Cantabria: le sucedió su hijo Eudón, éste era casado, antes de la batalla con la duquesa de Aquitania; heredó los Estados de su mujer; y en testimonio de este casamiento cita á Vincenio, Hondo y Antonio Tabetlo, antiguos autores franceses. Biffdon tuvo dos hijos: Aznar, que sucedió á su padre en Vizcaya, y Menia ó Memoranda que casó con Fruela I. Aznar tuvo á su vez á Eudón II, Señor de Vizcaya, y á Aznar, primer conde de Aragón.

Eudón II se reveló contra Ordoño I de Asturias, el cual fué contra él, le venció y le mató. Legó el Señorío á su hijo Zenón, se levantó contra el rey Alfonso III, éste le prendió y le llevó prisionero á Oviedo, donde acaló sus días en un calabozo. Los hijos de Zenón fueron Fedina y Menina, la cual casó con don Fron (Zuria). Éste no se sabe cuántos hijos d'jó, pero le sucedió en Vizcaya Hortún ó Fortún.»

Aquí tenemos que distinguir algunas verdades, mezcladas con muchas fábulas. La existencia de Andeca es indudable.

Huberto Hispalense dice lo siguiente: «Anno 714-Sarraceni cum duce Tariqho in Betica pugnat, cum magna fortitudine, contra exercitum Christianorum Regis Roderici, in quo pelio occisus fuit rex Rodericus, Andeca Comes cantabrorum» etc.

El Obispo don Servando de Orelse, que floreció en tiempo de Pelayo, da testimonio de que Eudón era hijo de Andeca, lo conoció personalmente y dice se halló en Covadonga con sus vizcainos en ayuda de Pelayo. Abderraman fué vencido en la sangrienta batalla de Poitiers (732) por Carlos Martel. El mismo Carlos envió al Papa Gregorio III un mensaje con la noticia de la victoria, añadiendo lo mucho que habían contribuido á ella las hazañas del duque Eudón. Poco después de la batalla murió éste, según apunta Vaseo.

Sentados estos antecedentes, vamos á la cronología.

Eudón murió, según todas las probabilidades, en 732, época en que heredó el Señorío su hijo Aznar. Suponiendo que él gobernase sus Estados por espacio de veintiocho años, reinado no corto, murió en 758, en cuyos años le sucedió Eudón II, al que concediendo cuarenta años de gobierno, que no es poco, alcanzaría el 798. Éste, dice el autor anónimo, que se reveló contra el rey Ordoño I, el cual no entró á reinar hasta el 848; de consiguiente, mal podía levantarse contra un rey que no existía.

Lo mismo puede decirse de la revuelta de Zenón, quien suponiendo entrase á regir á los vizcainos el 798 y continuase durante setenta años, caso raro en la historia (1), llegaría al 859, y Alfonso III empezó su reinado en 866.

(1) Uno de los reinados más largos que registra la historia de España, es el de Sancho el Fuerte de Navarra, que duró 58 años, de 1194 á 1234. Nosotros concedemos á Zenón dos años más.

Además, notamos otro error que conviene desvanecer. Dice el anónimo, con referencia al Obispo don Sebastián que floreció por aquellos tiempos, que los vascos se sublevaron contra el rey don Fruela I, y segunda vez contra Ordoño I, y que éstos los redujeron á la obediencia por las armas, deduciendo de aquí que los vascos estaban sujetos á los reyes de Asturias, y eran sus vasallos. Don Alfonso I venció y echó á los moros de aquella parte de Álava confinante con Navarra y Rioja, quedando sujeta al dominio de los monarcas asturianos. El llamar vascos, como dice el Obispo cronista, á los vencidos, ha dado margen á que muchos siglos después se creyera se les llamaba así porque hablaban vascuence, deduciendo de esto que eran guipuzcoanos y vizcainos.

Sampiro de Astorga, cronista del rey don Alfonso III, dice claramente: Que los alaveses se levantaron con su caudillo Eylón (que representaba á los reyes de Asturias) Alfonso fué contra ellos; los sublevados, atemorizados, depusieron las armas y pidieron humildemente perdón. Eylón fué hecho prisionero y conducido á Oviedo.

Veamos otra opinión, y es la última.

Belsunce (1) en la relación del suceso (en el fondo la misma que las anteriores) varía algunos detalles. «Eylón y Zenón, llamados por Alfonso III á su corte (no sabemos á qué ni con qué derecho, sobre todo á Zenón) son detenidos y arrojados en un calabozo. En seguida mandó á Vizcaya un ejército á las órdenes de Olvario. Se da la batalla, y Olvario muerto y destrozadas sus huestes. El lugar del encuentro fué una planicie árida y pedregosa que tomó el nombre de Arrigorriaga. Los euskaros enseñan un montículo como la tumba del caudillo de los asturianos, y conservan un canto heroico que recuerda aquella gran victoria (2). Sin dejar las

(1) *Historie des Euskariens Basques.*

(2) Por más diligencias que hemos practicado, nos ha sido imposible encontrar el canto á que Belsunce alude. Sospechamos que los cuatro versos que á continuación ponemos, forman parte de la *heroica* de que hablamos. Hélos aquí:

«O doidurik el du guinian Mallatu arbola onetara. Esta urren datorznak Alan ikusiko gaitube.»

«Hemos llegado cubiertos de sangre, á este árbol de Mallatu, y los venideros nos verán de la misma manera (dispuestos á defender nuestra libertad.)»

armas en la mano, los vizcainos proclamaron por sucesor de Zenón á un joven guerrero extranjero cuyas hazañas increíbles llamaron la atención. Le llamaron Jaun Zuria, Señor Blanco, sea por su cabellera rubia, ó bien porque llevara un escudo liso y sin divisa. Un velo misterioso cubría el origen del intrépido caballero, tronco de una casa ilustre en la Cantabria.»

Este Odario, muerto en la batalla por los vizcainos, quizá sea hermano ó pariente de Alfonso III, el cual, en unión de otros tres, tramaron una conjuración contra la vida del monarca hacia 873, á pesar de que no concuerdan las fechas.

En medio de esta confusión de opiniones diversas y contradictorias, ¿cómo encontrar la verdad? ¿Han existido Jaun Zuria y el conde Murio, ó son entes fantásticos creados por la imaginación del pueblo? ¿Ha habido batalla de Arrigorriaga? Y si la hubo ¿cómo y contra quién fué? Vamos por partes.

Que la batalla se dió es indudable, sino consúltese á la tradición que es la historia hablada, á esa tradición veneranda que se trasmite de padres á hijos, quizá desnaturalizando el hecho, variando las circunstancias, la época, el motivo, las consecuencias; pero en el fondo hay una gran verdad.

Hay en la historia de los pueblos acontecimientos de tal importancia, que se gravan de tal manera en la memoria de los contemporáneos, que éstos consideran como un sagrado deber el transmitirlos á las generaciones futuras. El esfuerzo que hace un pueblo por rechazar el yugo que quiere imponerle un ambicioso extranjero, no se olvida jamás. Es verdad que el relato quedará á merced de la buena fé, de la inspiración del narrador, que añadirá ú omitirá según le convenga, pero el hecho subsiste y no repugna á la sana razón el admitirlo.

Un ilustre escritor (Chateaubriand) ha dicho con mucha verdad: «Los anales de la humanidad se componen de muchas fábulas mezcladas con algunas verdades; la leyenda es el reflejo de la historia.»

Un autor que goza de alguna celebridad escribió, con el afán de relajar y denigrar las glorias vascóncadas, que era increíble la batalla de Arrigorriaga. «¿Cómo - dice - un pu-

ñado de vizcainos habían de desbaratar las fuertes y victoriosas huestes de don Alfonso? Añade que no hay memoria del conde don Munio; que no pudo morir Ordoño en la batalla; que se ignora el sitio, y que todo no es más que un tejido de falsedades. A esto contesta un juicioso escritor (1) ¿Y quién dirá á punto fijo la época, el sitio y demás circunstancias de la elección de D. Pelayo? ¿Cuántos absurdos no se han contado de Bernardo del Carpio? ¿Cuál fué el principio de los reyes de Sobrarbe y de Navarra? ¿En cuántas batallas de moros y cristianos se ha hecho intervenir á los Angeles y Santos, y sin embargo nada hay de positivamente averiguado?

Y todos creen en estos sucesos. Nuestra batalla de Arrigorriaga nada tiene de inverosímil; no se ha hecho intervenir en ella á auxilios sobrehumanos, y sin embargo se niega.

Los vascongados nunca han puesto en duda los hechos de las crónicas castellanas, tal vez menos probados que el suceso de que vamos hablando, y, sin embargo, se burlan de nuestras tradiciones. ¡Qué modo de discutir! ¡Qué nobleza! ¡Qué lógica!

Convenimos en que la historia no puede admitir las patrañas como verdades, por el solo hecho de apoyarse en la tradición, sin documentos: pero si queremos, y es muy justo, la misma fe histórica para sucesos que tengan el mismo grado de credulidad.

Ya hemos visto que Ordoño no pudo morir en la batalla.

Siendo libres los vizcainos al tiempo de la invasión sarracénica (2) podían elegirse un jefe que los acaudillare y dirigiese. Los reyes don Fruela I y don Ordoño I no los pudieron reducir á la obediencia por la sencilla razón de que nunca fueron sus vasallos. Resulta que la batalla se dió contra el conde don Munio. Pero, ¿ha existido este conde? Creemos que sí, y trataremos de probarlo.

El conde Munio González, hijo del conde Gonzale, casó con persona de calidad llamada Galatruda, y tuvieron tres hijos: Munio Muñoz (que le sucedió), Gonzalo Muñoz y Diego Muñoz, y además cuatro hijas. De toda esta familia ha-

(1) Novia de Salcedo *Defensa histórica*.

(2) Aranguren. *Demostración, etc.*

cen mención tres escrituras de Santo Toribio de Liébana. La primera es la venta de cierta heredad que los monjes de Santo Toribio hicieron al conde Munio y su mujer Galatruda, en el lugar de Mieses; su precio una escala de plata y ocho sueldos dobles. Era DCC, reinando Fruela en Asturias. El resto de la fecha está borrado, pero que se otorgó la escritura en el reinado de Fruela I consta de otra donación al mismo Monasterio por una hija del conde Munio en la era 888, año 850.

Fruela II empezó á reinar en 925, y habiendo otorgado la escritura la hija de don Munio en 850, sesenta y cinco años antes de Fruela II, se siguen naturalmente que la de sus padres debió ser en tiempo del primer Fruela.

La segunda escritura es de un caballero llamado Sylo, en la cual se dice que le prohió su sobrino Munio, dándole heredamientos en Asturias y Liébana; existe duplicada en el libro Becerro, folios 41 y 49; fué otorgada en tiempo de Alfonso el Casto.

La tercera es de Visfrili, en la que dice ser hija de Munio y Galatruda; reconoce ser una gran pecadora y se recomienda á las oraciones del abad Ophila y sus monjes, haciéndoles donación de tierras con bosques, molinos, etc.; data de 850, reinando en Asturias Ordoño I, y firma dicha señora diciendo ser hija de Munio y Galatunda (Archivo de Santo Toribio de Liébana, libro Becerro, folios 41 y 49).

No podemos asegurar si el conde Munio de Santo Toribio, es el mismo que los vizcainos creen su enemigo, además de que la fecha del documento inclina á suponer lo mismo, pero es lógico y natural que teniendo éste un hijo llamado también Munio, que le sucedió, reclamaria el tributo, que dice el conde don Pedro, causa y origen de la contienda.

Para nosotros no existió semejante reconocimiento de vasallaje, y el verdadero motivo de la agresión por parte del conde, se debe buscar en su ambición. ¿Y qué otras causas reconocen los infinitos encuentros y peleas de la edad media? Tarea ímproba ó inútil se pondría el historiador al querer explicar las causas de las diferentes batallas de los señores feudales en aquellos tiempos en que imperaba la fuerza como único derecho. No había muchas veces más motivo que la venganza, el derecho de satisfacer una pasión,

miras de conquista, rara vez la justicia. ¿Es admisible lo que dice Lope G. de Salazar de don Jaun ó Lope Zuría? No se apoya en razones, á lo que creemos, sino que relata el suceso sin comentarios, y esto no basta. De unos M.-S. hemos tomado la siguiente versión, que tenemos por absurda porque repugna la sana crítica: la ponemos aquí por parecernos curiosa:

«Hay memoria de un conde Rodrigo, á quien llamaban indistintamente Suero, Sigerico ú Osorio. La primera noticia de él se halla en la escritura de fundación de San Pedro de Arlanza, por su primo Fernán González y su mujer doña Sancha, el 12 de Enero de 912: firman los otorgantes sin títulos de condes porque no lo fueron hasta dos años después, y entre ellos está el conde Rodrigo. La copió el padre Yepres del original existente en el archivo del monasterio. El conde Fernán González, después de la batalla de Hacinas donó á San Pedro de Arlanza mucha hacienda, y uno de los confirmantes de la escritura (1) es el conde Osorio. El año 924 hizo donación el conde al abad Esteban, del monasterio de San Juan de Tabladillo, del solar que ocupaba y sus contornos, prados, montes, etc. Concluye la escritura diciendo: «reinaba en León Ordoño II. Juan vende una heredad á Gaina en presencia de Sigerico.» (Archivo del monasterio de Oña, libro Becerro, folio 34.) Casó el conde Rodrigo con doña Munia ó Minia, hija del Señor de Vizcaya. Consta esto de una escritura del monasterio de Santa María de Sobrado (Galicia), de donde la tomó el P. Yepes y la puso en la «Crónica general de San Benito.» Dice así: «Sigericus Minian filiam comitis vizecaini accepit uxorem, et in ea habuit filium.» Aquí se le quita su nombre propio de Rodrigo, sustituyéndole con el de Sigerico, diminutivo de Suero.

Por esta escritura se ve fué Señor de Vizcaya por su mujer, y no por haber vencido al infante don Ordoño de León, como aseguran algunos autores. A éste á quien llaman don Zuría, no por ser blanco, sino porque siendo su

(1) Copiado del original de la historia de San Pedro de Arlanza, escrita por Fray Juan de Arévalo. M.-S.—No consta el año.

nombre Sigerico, diminutivo de Suero, según la escritura, y terminando en *a* los nombres que en castellano terminan en *o*, con una pequeña alteración resulta Zuria.

Hablando del conde la historia de Arlanza, llámale unas veces Suero ó Sigerico, y otras Rodrigo. Se halló, con su primo Fernán González, en la toma del castillo de Lara, de San Esteban de Gormaz, en la de Roa y en la batalla de Simancas. Hay memoria del conde hasta el año 972. Don Suero, según la historia de Arlanza, ó Sigerico, como le nombra la escritura de Sobrado, es el don Zuria ó Jaun Zuria de los vizcainos. Según las tradiciones del país, fué hijo de éste Fron, ó Fernán siguiendo las crónicas castellanas, y de él hace memoria una escritura del año 966, archivo de la iglesia colegial de Santillana.

Tenemos, pues: primero, á don Suero ó Sigerico; segundo, á su hijo Fron, el cual debió morir antes que su padre, dejando un hijo llamado Fortún. Ahora bien; como don Fron no llegó á suceder á su padre, se le pasó en silencio y no consta en la cronología de los Señores, poniendo á Fortún como hijo de don Suero, cuando era su nieto.

A este cúmulo de absurdos sólo opondremos una razón.

Según la serie de Señores de Vizcaya, admitida por todos, á este tiempo corresponde don Lope Iñiguez ó Lope Diaz, el cual ayudó mucho en sus guerras al conde Fernán González. Casó (según Sandoval.—Casa de Haro) con doña Elvira Bermudez, hija de Bermuy Lainez, y nieta de Lain Calvo. Fué hijo de don Iñigo López (Ezquerria) y de madre desconocida. De modo que don Suero ó don Lope Iñiguez están de más. Además de que suponiendo la batalla de Arrigorriaga hacia fines del siglo ix (888), no concuerdan las fechas.

Don Lope Zuria dicen que estuvo casado con doña Dalda ó Balda, hija de Sancho Estiguiz, Señor de Durango. Se cree que no tuvo más que un hijo. Don Munio ó Manso Lopez, que le sucedió.

Vamos á emitir nuestra humilde opinión.

En lo que llevamos referido hay mucho de falso, algo de probado y bastante de verosímil. El no saberse la patria ni el origen de don Zuria nada prueba contra su existencia, pues es cosa admitida la sucesión de Señores desde él hasta la incorporación á la Corona de Castilla. Esto mismo acon-

tece á la mayor parte de las familias ilustres de Europa. Se remonta uno por medio de sus antepasados hasta *uno*, tronco y origen cuya procedencia y patria se ignoran; pero se sabe que allí empieza su familia; que aquél ha existido.

Habiéndose probado hasta la evidencia que los vascongados eran libres ó independientes desde inmemorial tiempo, nada más natural que, al verse atacados en sus hogares por un enemigo que queria esclavizarlos, eligieran un caudillo que guiase sus huestes á la victoria.

En don Zuria verfan reunidas las circunstancias necesarias en aquel apurado trance, las confirmó con su triunfo y después fué aclamado por Señor.

Así se habrán verificado las elecciones de los primeros caudillos, jefes de muchas familias que han ocupado el trono.

Esto es lógico y sencillo de comprender, y á falta de documentos fehacientes que lo prueben, debe darse crédito.


Algunos puntos hay más oscuros y dudosos en la Historia y no se han controvertido, y si alguna vez la razón se revela á dar crédito á ciertos hechos, se llama en nuestra ayuda á la fe histórica que nunca falta al hombre concienzudo y desapasionado.

Creemos haber puesto en su verdadero punto de vista la cuestión, sin jactarnos, empero, de haberla resuelto.

Dejamos esto para otros que, con más erudición y mejor criterio, quieran ocuparse de esta clase de trabajos.

Diciembre 12 de 1861.





ARRIGORRIAGA

ESTUDIO HISTÓRICO

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA

I

La versión más general de los historiadores de Vizcaya, casi todos inéditos, acerca de la batalla de Padura ó Arrigorriaga, es la siguiente:

Con motivo de haber muerto en prisiones en Oviedo León II, duque de Cantabria, que tenía el protectorado de Vizcaya, los vizcainos demostraron su disgusto al rey don Alfonso III hostilizando los pueblos fronterizos de sus Estados, y don Alfonso desembarcó un ejército en Basigo de Baquio, que es cerca de Bermeo, y cuyo nombre, corrupción de *Baso-co baquia*, equivale á Bosque de la paz.

Este ejército fué derrotado un poco tierra adentro, donde hoy se llama Frúniz, por los vizcainos acaudillados por Fortún Fruiz, quien, en conmemoración de aquel hecho, trasladó al sitio de la victoria su solar que estaba en Busturia, dándole el nombre de Asturiazaga, que significa sitio y multitud de asturianos, y el pueblo dió el nombre del caudillo vencedor á la comarca donde los asturianos fueron derrotados.

Añádese que los restos del ejército derrotado en Frúniz se rindieron en Basigo de Baquio, á donde se dirigieron con esperanza de poder reembarcarse, y de los tratos de paz que

alli hubo, recibió el nombre que hoy conserva aquel hermoso vallecito que perfuman y embellecen con sus frutos los naranjos y limoneros.

Don Alfonso, queriendo vengar la derrota de Asturiazaga, envió por tierra otro ejército, según unos al mando de su cuñado Odoaria. Capitaneados los vizcainos por Zuria, nieto de Fortún Fruiz é hijo de una princesa de Escocia, y por Sancho Estiguiz, Señor del Duranguesado, derrotaron en Padura este segundo ejército, matando á su caudillo Ordoño ú Odoario, y persiguiendo á los restos de los leoneses hasta el árbol Malato, que estaba y subsistió hasta principios del siglo pasado, en Luyando, dos leguas más arriba de Arrigorriaga, donde hoy se ve una cruz de piedra en su conmemoración.

Una peña que domina los valles y montañas de Vizcaya y las llanuras de Castilla, es conocida desde hace muchos siglos con el nombre de Peña-salvada, y es tradición antigua y constante que recibió este nombre de haberse salvado por ella los restos del ejército leonés destrozado en Padura.

Con motivo de haber quedado tintas en sangre las rocas de Padura, aquel sitio se llamó desde entonces Arrigorriaga, que equivale á piedras bermejas ó encarnadas, de *arri*, piedra; *gorri*, bermeja, y *aga*, in locación de lugar y de multitud.

Sancho Estiguiz, á quien en nuestros días un orador parlamentario, rotable por su audacia y su ignorancia, ha supuesto mezclado en las guerras de *oñacinos* y *gambinos* que empezaron tres ó cuatro siglos después, Sancho Estiguiz —repetimos— tornó á Tavira, hoy Durango, herido de una pedrada, y murió poco después disponiendo que su hija Dalda casase con Zuria (que aunque solo tenía 22 años, estaba ya viudo de Iñiga, hija de Cenón II) y que el Duranguesado volviese á formar parte de lo que después se llamó Condado ó Señorío de Vizcaya.

Esta entonces Vizcaya más que Señores había tenido caudillos que se elegían por el voto popular; pero como determinase elegir por Señor á Jaun Zuria en recompensa de lo mucho que la había servido en Padura le eligió tal Señor con ciertas condiciones que se acordaron en *batzarra* ó Junta general de ancianos so el árbol de Guernica. De aquí arrancó la serie regular de los Señores de Vizcaya que conienza

en 870, que fué el año en que se eligió á Jaun Zuria, uno ó dos después de la batalla de Padura.

Esto es lo que resulta de la generalidad de los historiadores del Señorío, entre los que coloco en primer lugar á Lopo Garcia de Salazar, que escribió en el siglo xv, y á Juan Iñiguez de Iburgüen, que pertenece á la segunda mitad del siglo siguiente.

Ahora diré con toda sinceridad y sin que me ciegue el amor patrio, lo que yo sé y pienso acerca de la batalla de Arrigorriaga.

II

Yo doy poco crédito á la tradición de que acaudillaba al ejército destrozado en Padura por don Ordoño, el hijo de don Alonso III, que casi todos están contestes en que la elección de Jaun Zuria (que significa el señor blanco), fué en 870, ó lo que es lo mismo, un año ó dos después de la batalla, y el príncipe don Ordoño, si es que había nacido ya, era entonces de muy corta edad. Lo probable es que le acaudillase Odoario ó algún otro capitán que quizá se llamase también Ordoño, cuya circunstancia puede haber originado la equivocación; pero de lo que no dudo es del hecho principal, es de la batalla de Padura, que tiene en su apoyo la tradición antiquísima y constante del país, que se refiere en antiguos cantares populares vascongados y que mencionan todos los historiadores de Vizcaya y aún historiadores generales de España, tan graves como el P. Mariana, que por cierto nada tenía de apasionado á esta tierra.

Dos son las razones principales que se han alegado particularmente por el mal intencionado y adulterador Llorente, á quien han seguido otros, aunque no con su mala fe, para dudar de que en Arrigorriaga se diese tal batalla: que ni el coetaneo obispo de Salamanca, ni su continuador el obispo de Astorga Sampiro, que escribieron los hechos de los reyes de Asturias, hablan de ella; y segunda, que don Pedro de Portugal y Lope Garcia de Salazar que escribieron, el primero en el siglo xiv y el segundo en el siglo xv, y son los primeros que la refieren, no tienen el apoyo de escritores antiguos.

Llorente, que sin duda juzgaba la conciencia ajena por la propia, dice, para acusar á Salazar de que inventó la batalla de Padura, que el genealogista portugués nada escribiera de dicha batalla, y posteriormente, cuando se trató de imprimir su Nobiliario, se intercalaría en él la noticia para realzar el lustre de la casa de Haro.

Prescindiendo de lo que pueda tener de cierto la presunción de que el mismo rey don Alonso III escribió la crónica atribuída de Sebastiano, el principal objeto del cronista fué, como observa Zamácola, enaltecer los hechos de la dinastía de Asturias para restablecer en ella la casa imperial de los godos españoles, procurando ocultar los muchos reveses que los reyes de Asturias tuvieron. Aparte de esto, se comprende muy bien que Sebastiano ó Sampiro diesen voluntariamente al olvido la derrota de Padura, que les parecía nubecilla incapaz de oscurecer el brillante sol que iluminó los reinados de don Ordoño I, muerto en 866, y su hijo y sucesor don Alonso III, llamado el Magno.

En cuanto á carecer don Pedro de Portugal y Lope García de Salazar del apoyo de historiadores antiguos para que se dé fe á sus noticias de la batalla de Padura, pregunto yo, pasando por alto la maligna sospecha de la intercalación, porque no merece siquiera los honores de refutarse, ¿qué historiadores tiene Vizcaya anteriores al genealogista portugués y á Lope García de Salazar que nació en 1399? Ninguno, porque no debo calificar de tales á los que escribieron con anterioridad á ellos de las cosas generales de España, y sólo por incidente hablan de Vizcaya, que como tierra apartada, pobre, reducida, con lengua ignota para el resto del mundo, sin monumentos y sin historia escrita, miraban con indiferencia.

Se explica fácilmente la obscuridad que reina en la historia de Vizcaya y las grandes dificultades que encuentran para ver claro en ella aún los que no carecen de luces propias, que faltan al que escribe este artículo.

Vizcaya, y quien dice Vizcaya dice las tres Provincias Hermanas, era un país iliterario; no habia en él ninguno de esos monasterios que en los siglos medios eran academia de la ciencia histórica; Vizcaya no tenia monumentos arquitectónicos importantes; Vizcaya carecía de cronistas oficiales, y

lo poco que se custodiaba en sus archivos desapareció con éstos en las terribles guerras de banderías que debastaron todos sus pueblos desde el siglo XII á fines del XV, desaparición á que contribuyó no poco el estar la población esparcida y no agrupada como en el resto de la península.

Don Pedro de Portugal, hijo del rey don Dionisio, ¿qué interés podía tener en atribuir á los vizcainos glorias que no les pertenecían? En cuanto á Lope García de Salazar oigamos lo que dice en su *Libro de las buenas andanzas e fortunas*: «Habiendo mucho a voluntad de saber e oír fechos desde »mi mocedad fasta aquí (tenia 71 años cuando escribía ésto) »me trabajé de haber libros e hestorias de los fechos del mun- »do, faciéndolos buscar por las provincias e casas de reyes »e principes extraños de allende la mar e de aqñende por »mis despensas con mercaderes e marcantes e por mi mismo »a esta parte, e a placer de Nuestro Señor alcarcé de todos »ellos lo que hobe en memoria.» Salazar, pues, que tenia tal ansia de saber, que poseía muchos libros, que pasó su larga vida en Vizcaya, y que fué caballero nobilísimo y escritor tan sincero que ni siquiera ocultó ni disculpó las faltas de sus propios hijos y parientes más amados; Salazar, repito, sería por sí solo autoridad digna de gran fe y respeto, aunque no hubiese un escritor anterior á él que le sirviese de apoyo.

Por regla general, Lope García jamás interrumpe su narración, sencilla y familiar, con citas de autoridades, y este mismo sistema siguieron los escritores de su tiempo y los anteriores. Es probable, es casi seguro, que en su rica librería, además del Nobiliario del príncipe de Portugal, hubiese historias particulares de las casas de Vizcaya que le sirviesen de apoyo para hablar de la batalla de Padura y de la elección de Jaun Zuria que refiere minuciosamente, especificando hasta las rentas y propiedades que los vizcainos concedieron á su primer Señor para su decoro y subsistencia. Se me preguntará: ¿dónde están, á dónde fueron las historias de que tomó Salazar sus noticias? Y ¿dónde están, á dónde fueron, pregunto yo á mi vez, todos aquellos libros que sabemos positivamente poseía el noble cronista y caballero de San Martín de Muñatones? Fueron á donde fueron los manuscritos que, como los relativos á Vizcaya, no tuvie-

ron alcázares de reyes ni monasterios murados para su custodia: fueron al fuego!

En el siglo xv Lope García de Salazar, que repito era escritor candorosisimo y en todos conceptos noble y digno de fe, escribió lo que sabía de cosas de Vizcaya, y en el siglo xvi un escribano de Zornoza (Juan Iñiguez de Ibargiñen) cuyos protocolos guardamos en el archivo general del Señorío, recogió las pocas noticias históricas que quedaban, porque era aficionado á los estudios históricos, y aquí tenemos los primeros historiadores especiales de las cosas de Vizcaya.

¿Hay razón, si Vizcaya no tiene analistas antiguos, para acusar de inveraces á sus primeros analistas porque no tienen el apoyo de historiadores antiguos cuando refieren sucesos, que como el de la batalla de Padura, tienen el de la tradición antiquísima, universal, constante y unánime del país? Si vamos á descartar, así de la historia profana como de la sagrada, todo aquello que no está justificado y probado con documentos auténticos y si sólo por la tradición, una y otra historia quedarán reducidas á unas cuantas páginas.

III

La iglesia parroquial de Santa María Magdalena en Arrigorriaga, es un edificio que denota gran antigüedad. Las tradiciones del país cuentan que se fundó en el siglo ix como monumento consagrado á honrar la memoria y los restos de los que murieron en la batalla de Padura, que fueron sepultados en aquel sitio. Hoy están labradas ó pobladas las tierras inmediatas á la iglesia, y la azada y la laya han destruido los vestigios de antigüedades que por allí había; pero hasta principios de este siglo se descubrían con frecuencia sepulcros y restos humanos, y aún hoy se encontrarían si se hiciesen escavaciones cuidadosas y bien calculadas.

En algunos papeles manuscritos he leído, y aún dicen las gentes del país, que estando don Alonso muy dolido de la muerte de su hijo ó cuñado, los vizcainos, compadecidos de su dolor y reconociendo sus prendas de rey verdaderamente magnánimo, le mandaron mensajeros que le consolaran mu-

cho diciéndole que Vizcaya honraría al desgraciado caudillo como al primero de sus propios guerreros conservando sus restos en noble sepulcro, promesa que cumplió inmediatamente Vizcaya.

En el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga existen hoy un disco con inscripciones, y un sepulcro de piedra sostenido por siete columnitas y en cuya cubierta se extiende una cruz de relieve.

Hablemos del disco para hablar luego del sepulcro.

Este disco de piedra que aparece colocado verticalmente al lado del sepulcro, tiene un pie bastante ancho por su base. En una de las caras del disco de ven dos círculos concéntricos, y en el espacio comprendido entre ambos, líneas quebradas, y en el centro aparece una cruz formada por cuatro triángulos isósceles unidos por sus vértices. En la cara opuesta hay una inscripción circular cuyos caracteres monacales parecen señalar la transición del alfabeto celtibérico al romano.

Queriendo yo averiguar el punto donde se encontró esa piedra y las circunstancias que acompañaron á su descubrimiento, me dirigí al barricillo de Finaga ó Pinaga, (que indistintamente se le dan estos nombres) donde me dijeron haberse encontrado y tuve la suerte de encontrarme con el sugeto que la encontró.

En Finaga, que está á media hora escasa de Arrigorriaga, en la vertiente de las montañas de la derecha yendo á Bilbao, hay una ermita de San Martín que se dice ser muy antigua, aunque el actual edificio no constará arriba de dos siglos.

Esta ermita está en una lomilla y tiene á su derredor un campo bastante espacioso que hoy está cerrado y labrado y estuvo abierto ó inculto hasta hace pocos años.

Hace cosa de cuatro ó cinco estaba cavando junto á la ermita Francisco de Ibarra, anciano labrador de Finaga y un hijo suyo. El muchacho tropezó con una losa cubierta con un pie escaso de tierra. Su padre notó que aquella piedra tenía letras y se apresuró á despojarla de la tierra que la cubría, procurando no deteriorarla.

La forma de la losa les llamó mucho la atención, y más aún las labores y letras que en vano trataron de leer.

Levantaron la losa y debajo de ella encontraron huesos que les parecieron humanos y bien conservados.

Francisco, lo mismo que su hijo, eran sencillos y rudos labradores, pero con un instinto muy laudable y poco común en las personas de su clase, comprendieron que aquella piedra era curiosa y debía conservarse, «porque tal vez contribuiría á aclarar las cosas de la antigüedad», como el mismo Francisco me decía refiriéndome cómo la descubrió.

Temerosos de que los muchachos la estropeasen, tuvieron la precaución de guardarla en la ermita, y allí permaneció hasta que algún tiempo después, subiendo á las rogativas de Mayo, el señor cura y las personas más instruidas de Arrigorriaga la vieron, y creyendo que debía colocarse en el pórtico para que pudiesen examinarla y ver si entendían la inscripción las personas que con frecuencia van á ver el sepulcro llamado del príncipe.

El maestro de instrucción primaria de Arrigorriaga, don Santiago de Beamurguía, es joven muy instruído y aficionado á la historia y á las antigüedades, y posee con perfección la lengua latina.

Este modesto y benemérito profesor ha tratado de leer la inscripción del disco y cree haberlo conseguido en parte. En su concepto las letras en semicírculo de la izquierda dicen, *Belaco filius*. En efecto, estas palabras he creído yo también leer en el disco, pero mi poca práctica en la lectura de inscripciones antiguas y la forma dudosa de algunas letras, me obligan á suspender mi juicio en materia tan expuesta á error.

Refiriendo Salazar cómo se pobló la tierra de Ayala por su primer conde don Vela en tiempo de Alonso VIII, dice que la poblaron vascongados y latinados (1) y que los primeros llamaron al poblador *don Belaco*, y los segundos *don Velasco*, añadiendo que el segundo conde de Ayala, hijo del primero, se llamó don Vela Velázquez. ¿Será este don Vela Velázquez el *Belaco filius*, ó hijo de Belaco, que parece decir el disco de Arrigorriaga?

Esta sospecha adquiere mayor fundamento si se tiene en cuenta que los condes de Ayala poseyeron hasta mediados del siglo xv el monasterio y las casas labradoriegas de Arri-

(1) Los vascongados debieron ser en mayor número por cuanto predominó su lengua que aún se conserva en la mayor parte de la tierra de Ayala.

gorriaga que cedieron en dicha época á los Avendaños por los bienes que éstos tenían en el valle de Orózco.

Son muy singulares estas coincidencias para que no despierten vivamente mi curiosidad y me empeñen más y más en continuar mis investigaciones en Arrigorriaga, donde tengo casi seguridad de descubrir nuevas inscripciones sepulcrales que darramen alguna luz más sobre los misterios de aquella localidad.

Dice nuestro inedito historiador Iturriza que estos discos, de que hay muchos ejemplares, aunque sin inscripciones, en torno de los sepulcros de Arguineta, en Elorrio, eran piedras terminales, y las figuras del sol, etc., que se ven en ellos indicaban los puntos cardinales del globo. La circunstancia de haberse encontrado el de Arrigorriaga cubriendo un sepulcro y la de ser, según parece, su inscripción sepulcral, se oponen á la afirmación de Iturriza. Lo que yo creo es que estas piedras, con inscripción ó sin ella, se ponían verticales sobre los sepulcros, como hoy ponemos en Vizcaya cruces, y la de Arrigorriaga que se encontró horizontal se había caído sobre el sepulcro que designaba.

Más arriba de Finaga, en Abrisqueta, hay una ermita de San Pedro que se dice ser antiquísima y monasterial. Tengo esperanzas de descubrir en torno de ella sepulcros que me den alguna más luz que el de Finaga para penetrar en las tinieblas que envuelven á Arrigorriaga. Si publico este escrito antes de completar mis investigaciones, es con el deseo de que su publicidad llame en mi ayuda personas que sepan más que yo.

Es tradición constante y antigua que la batalla de Arrigorriaga se dió hacia las barriadas de Finaga, Abrisqueta, Lusarra y Achucor, donde todavía existen familias que llevan el apellido de Padura, con cuyo nombre era conocido aquel valle antes de la batalla, y desde tiempo inmemorial llaman á los moradores de aquellas barriadas *caidores de sepulcros*, bien sea porque con los nombres de aquellos barrios se construye sin gran violencia la frase vascongada equivalente á la que he subrayado, ó porque con frecuencia se encontraban sepulcros en aquellas colinas y cañadas.

El sepulcro existente en el pórtico de la iglesia parroquial es tenido por el del príncipe de León, así por el pueblo

como por los libros bautismales más antiguos del templo, en los que se leen cláusulas como ésta «..... bauticó á un niño expósito que se halló sobre el sepulcro del príncipe de León.»

Durante la guerra de la Independencia, los franceses abrieron este sepulcro buscando en él tesoros, y arrojaron los restos humanos y una espada casi consumida por el orín, que encerraba.

Para no omitir nada de lo que tiene más ó menos relación con la batalla de Padura, añadiré que en la casa consistorial de Arrigorriaga hay dos cuadros pintados al óleo. Uno de ellos está tan deteriorado que apenas se distinguen los rasgos de la figura que representa, aunque no tanto que no se pueda presumir que es la de alguno de los reyes de la dinastía española-austriaca. El segundo representa á Jaun Zuria, y tiene al pie la siguiente inscripción:

«Loze de Vizcaya, corsario, robó á doña María, hija del rey de Escocia: hubo en ella al presente Jaun Zuria que fué desposado con doña Iñiga, hija de don Cenón, último duque de Cantabria: fué primer capitán y caudillo de Vizcaya; venció en Padura de Arrigorriaga al infante don Ordoño, hijo del rey don Alonso el Magno de León en el año del Señor 848, y echó de Vizcaya á los gallegos que la querían sujetar. Casó segunda vez con doña Dalda, señora de Durango; fué el primero que juntó en sus armas los lobos cebados.»

Así el retrato como la inscripción me parecen una copia, de fines del siglo pasado, del retrato y la inscripción de Jaun Zuria que existe en la Antigua de Guernica desde 1664 en que fué pintada aquella galería de retratos.

Yo que tengo el deber de ser sincero y que ni por la gloria de mi patria que es lo que más amo en el mundo, faltaría á él, debo decir que creo el sepulcro de Arrigorriaga, ó al menos su cubierta, muy posterior á la batalla de Padura. Realmente allí se erigiría un sepulcro al caudillo del ejército leonés, pero este sepulcro sería tosco y rudo como era el arte en aquel tiempo y mucho más en estas montañas, y en los siglos posteriores se le sustituiría con el que aún existe, bien porque se hubiera deteriorado ó bien porque se quisiese ponerle en armonía con los adelantos y gustos del arte. Sea

lo que quiera aquel sepulcro, para el pueblo vizcaino es indudablemente el de un príncipe de León que murió combatiendo contra Vizcaya, y este pueblo tan amante, tan idólatra, tan fanático, tan ciego adorador de cuanto cree que le honra, ha mirado siempre con respeto aquel monumento, no ha tomado nunca una pellada de lodo ó una piedra para manchar ó romper el sepulcro que encierra los restos del que vino á destruir sus hogares y arrebatarle su libertad!

No ha faltado quien suponga que el sepulcro de Arrigorriaga encierra los despojos de Sancho Estiguiz, pero esta suposición me parece destituida de todo fundamento.

En la iglesia de San Pedro de Tavira, que indudablemente es anterior al siglo x y que, en efecto, se tiene por el primer templo erigido en Vizcaya á la fe de Cristo, circunstancias que hacen doblemente sensible el estado ruinoso en que se halla, y que tendría fácil reparación verificándola á tiempo, en la iglesia de San Pedro de Tavira existen dos sepulcros de piedra que pasan por los de Sancho Estiguiz y su mujer doña Tida.

Durante la guerra civil de los siete años estuvieron aquellos sepulcros abiertos y profanados, pero posteriormente se recojieron las momias que encerraban, se colocaron juntas en uno de los sepulcros y se cerró éste con grafas de hierro. Yo abrí hace poco más de un año el sepulcro de Tavira acompañado de varios caballeros y el cirujano titular de Durango, y voy á decir lo que encontré en él.

IV

Refiérese que Sancho Estiguez amaba entrañablemente á su mujer doña Tida, que era muy hermosa, y que murió de sobrepardo luego que dió á luz á Dalda, la que se casó con Zuria. Por aquellos tiempos estaban rigurosamente prohibidas las exhumaciones dentro de los templos, y, sin embargo, el señor del duranguesado hizo enterrar á su mujer bajo el coro de San Pedro de Tavira, arrojando las censuras eclesiásticas y la indignación del pueblo. A consecuencia de aquella temeridad en que incurrió por el ardiente amor que

profesaba á su malograda esposa, vivió muchos años mal mirado del pueblo, y excomulgado ó poco menos por la Iglesia; pero en sus últimos momentos, en atención al heroísmo con que había peleado en Padura, el pueblo le devolvió su amor y la Iglesia absolvió sus culpas. Entonces el héroe moribundo pidió que se le enterrase al lado de su mujer y se le concedió esta gracia con la cual expiró consolado y tranquilo.

Cuando durante la guerra civil se abrieron y profanaron los sepulcros de Tavira, cada uno contenía una momia perfectamente conservada, y estas momias eran de distinto sexo. Cuando yo abrí el único de aquellos sepulcros que estaba cerrado, allé en él las dos momias; pero una de ellas, la de mujer, estaba muy maltratada, como que los extremos inferiores habían sido separados del tronco por la cadera. Aquella mujer era de mediana estatura y de perfectas proporciones, según el cirujano pudo observar examinando atentamente el cadáver. La cabeza aparece ya desprovista de cabello; pero he oído á personas que vieron las momias cuando los soldados las extrajeron de los sepulcros, que conservaba entonces abundantes restos de una hermosa cabellera rubia.

La momia de varón está muy bien conservada, de tal modo que aún se distinguen las rasgos de la fisonomía, de la cual se colige que á aquel cuerpo faltó la vida á edad no muy avanzada.

El cadáver, que es de hombre de aventajada estatura, tiene la lengua entre los dientes y no parece haber experimentado en sus últimos instantes violentas contracciones musculares. En el coronal se nota una abolladura ó hundiimiento que, según el facultativo, pudo ocasionar la muerte. Esta abolladura, poco profunda, es del diámetro de medio duro y parece hecha por un cuerpo de superficie irregular.

En el sepulcro llamado de Sancho Estiguiz, que es al que se trasladó la momia de mujer, encontré pedazos de lienzo muy burdo, y en ellos vi, y vieron todos los que me acompañaban, cuajarones de sangre como cristalizada; pero no encontré medalla, cruz ni cuenta de rosario alguna, como generalmente se encuentran en los sepulcros que no pasan del siglo xv.

Hace algunos meses, en el término de Sobrón, orilla izquierda del Ebro, cerca del valle de Tovalina, abrí más de veinte de las misteriosas sepulturas de Lantarón, cuyo pueblo no mencionan los diplomas y esculturas posteriores al siglo xiii, porque debió desaparecer así que desapareció en esta parte septentrional de la Península el temor de nuevas irrupciones mahometanas, y tampoco encontré en ellas objetos análogos á los que busqué en el sepulcro de Tavira. Consigno estos resultados negativos porque, en mi humilde concepto, vienen en apoyo de la gran antigüedad de los sepulcros tenidos por de Sancho Estigaiz y su mujer.

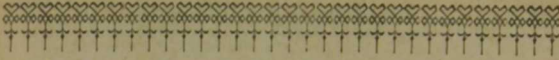
He recopilado cuanto tiene relación con la batalla de Padura, con el sincero deseo de que se disipe la oscuridad histórica que rodea el sepulcro de Arrigorriaga, no por mí, que soy insuficiente para ello, sino por los que han recibido de Dios las luces de que yo carezco. Hay en la historia de Vizcaya, por las causas que ya he indicado, tinieblas tan densas que parece temeridad el que yo trate de penetrar en ellas; pero sucede en las investigaciones históricas algo parecido á lo que cuentan sucedía en tiempos antiguos en un valle de Vizcaya.

Descendiendo de la cordillera de Oiz á la llanura de Guernica, hay una profunda garganta que se llama Oca, por cuyo fondo se despeña un riachuelo rugiendo y formando espumosas cascadas. En aquel valle existía una de las casas solariegas más antiguas é ilustres de Vizcaya, y el señor de aquella casa cobraba el peaje de cuantos viajeros transitaban por el camino que serpenteaba por el valle arriba, á cuyo efecto tenía cerrado el paso con una gran puerta de hierro, y en cambio de este privilegio estaba obligado á reparar el camino y auxiliar á los pasajeros que lo necesitasen.

El señor de Oca había ideado un medio muy sencillo para evitar de noche que los pasajeros se despeñasen por los precipicios en que abundaba el valle, y consistía en que cada uno tomase una rama de árbol de los bosques que atravesaba antes de llegar á Oca y la dejase en una alturilla que había cerca del camino, junto á la casa solariega. Cuando llegaba la noche, el señor de Oca daba fuego á la hacina de leña reunida por los viajeros y todo el valle se iluminaba.

Los que viajan por las difíciles vías de la investigación histórica, llevan cada cual su rama á la hacina común, y cuando la hacina es grande, no falta un señor de Oca que la encienda y disipe con su luz las tinieblas que ocultaban la historia patria.





LA BOCINA DE ROLDÁN

POR

DON JOSÉ MARÍA DE GOIZUETA

I

CUANDO oí por primera vez esta leyenda era yo muy joven. Las circunstancias que precedieron á su narración y las que le siguieron, merecen en mi concepto mencionarse, aunque ninguna relación tengan con la leyenda, pues son de tal naturaleza, que nunca las olvidaré y creo prestarán mayor interés á este relato.

El invierno de 1829 fué uno de los más rigurosos de este siglo. En España fueron generales las nieves, y hasta las provincias meridionales, en las cuales una nevada suele ser un fenómeno curioso que sólo se presenta de siglo á siglo, se vieron cubiertas de espesas capas blancas de nieve, con poca admiración de sus afortunados habitantes.

Pero donde naturalmente se hizo sentir el invierno con más rigor, fué en el país vascongado. El tránsito de un pueblo á otro era imposible, y hubo caseríos sepultados bajo las nieves por espacio de muchos días. Los pocos viajeros que por necesidad tenían que atravesar aquellas montañas, corrían peligros inauditos, ya de ser arrojados por un alud, ya de caer en profundos ventisqueros, ya en fin, de ser devorados por manadas de lobos hambrientos que abandonaban los bosques y rondaban atrevidamente las poblaciones.

Hallábame entonces en Goizueta, pueblo de la montaña de Navarra, solazándome con los esquisitos jamones de que se hallaba provista la despensa de un tío, cura de aquella villa, aficionado á la buena mesa y cazador infatigable. Las abundantes nevadas que caían sin interrupción no nos permitían abandonar los linderos de la población, y esperábamos con ansia que el tiempo abonanzase algún tanto, para salir á recorrer las montañas vecinas pobladas de corzos y jabalíes.

Interin llegaba esta ocasión, pasábamos el tiempo lo mejor posible, proyectando cacerías en grande, al rededor de una mesa bien servida y en sabrosa conversación, sazónada con buenos tragos de vino de Mendigorria.

El día de Reyes comenzó á despejarse algún tanto la atmósfera, y por la noche nos hallábamos reunidos en casa del escribano del pueblo, decididos á verificar una batida el inmediato, cuando se presentó un robusto aezcoano portador de una carta del prior de la abadía de Roncesvalles.

La misiva venía dirigida á mi tío, y en ella le suplicaba el prior en nombre de su buena amistad, pasase á hacerle una visita á la abadía, acompañando de su excelente jauría, con el objeto de cazar un enorme oso negro que había aparecido en aquellas cercanías, devorando cuanto bicho viviente caía en su poder.

El prior, que sin duda conocía muy á fondo el carácter y gustos de mi tío, no escascaba en su misiva las alabanzas más lisonjeras acerca de la abundancia y buena calidad de los vinos de su bodega, sin olvidarse de encomiar la habilidad sin igual de su cocinero, para preparar un buen estofado de tenera.

Cada una de estas circunstancias, por sí solas hubieran sido bastantes á animarse: no es, pues, de extrañar que todas juntas nos incitasen de manera, que al amanecer nos pusiésemos en marcha en número de catorce cazadores acompañados de veinte perros, flor y nata de los sabuesos y mastines de las montañas de Navarra.

Al anochecer del segundo día llegamos á nuestro destino, después de atravesar el pintoresco valle de Baztán, los puertos de Eugui y la llanura denominada Prado de Roldan, con nieve hasta la cintura casi en todo el camino.

Era para mi enteramente nuevo el asistir á una cacería de tanta importancia, y así es que no cesé de ostigar con mis preguntas á un primo de diez y ocho años de edad, montañés rudo, en toda la extensión de la palabra, ágil como un corzo, fornido, audaz y abezado á toda clase de peligros y fatigas. Uno de esos bellos tipos que sólo se encuentran en aquellas montañas, tipos preciosos, irreconciliables en sus odios pero que elevan su amistad hasta el heroísmo: por lo demás, imagen verdadera de les hombres primitivos.

Gran tirador de barra, jugador de pelota nada común, capaz de embaular en su estómago un mediano cordero, y de trasegar de la odre á su vientre un par de azumbres de vino sin siquiera apercebirse de ello.

Este excelente joven me amaba con pasión, y posteriormente me ha dado pruebas de ello en circunstancias sumamente críticas, durante la última guerra civil, en la que tomó parte sin más razón que la de haber yo empuñado las armas.

Francisco (así se llamaba) se había contituido en mi *Cicerone*, y era el encargado de contestar á mis impertinentes preguntas. Cualquiera otro se hubiera impacientado en su lugar, pero Francisco no sólo me amaba, sino que se complacía en hacerme ver con orgullo que en ciertas materias podía ser más instruido como cazador montañés, que un magistrado *inferi*. Entonces estudiaba yo el *Vino*.

Así es que cuando por inexperiencia ó descuido caía en algún ventisquero y me enterraba en la nieve hasta el cuello, acudía á sacarme de aquel mal paso agarrándome por la capucha de mi *capusay*, y suspendiéndome en el aire como á un monigote de paja.

—Estos chicos de las ciudades—murmuraba,—no sirven más que para hacer burla de los campesinos y reirse en nuestras barbas cuando nos presentamos en sus salones.

—Francisco—le contestaba yo—en mi casa has sido bien recibido siempre que has venido por allá.

—Sí, sí; pero no se me olvida jamás la burla de que fui objeto cuando me obligaste á calzar aquellas malditas botas: y eso que tú debias recordar que á los ocho años, tus pies no conocian aun otro calzado que el natural.

—Tienes razón.

—Ya se vé que la tengo. Si no hubieras abandonado nuestras montañas para ir á estudiar, serías muchacho de más provecho, al paso que ahora para nada sirves.

—¿Cómo es eso?—le repliqué herido en mi amor propio.

—Lo dicho, dicho—me contestó con su habitual rudeza— Ya lo veremos sinó el día de la cacería. Créeme, Pepe, prosiguió: tú no serás jugador de pelota, ni podrás caminar diez y seis leguas de sol á sol con la nieve á la rodilla. En las universidades os haceis flojos, haraganes, delicados, y sólo aprendeis á mover la lengua más de lo que debierais.

El tiempo se ha encargado de justificar algunas de sus profecias.

II

Cuando llegamos á la abadia de Roncesvalles, fuimos recibidos por el prior y sus canónigos, excelentes sacerdotes, que pasaban su vida en aquel desierto, con una tranquilidad envidiable. Al divisar las altas torres del monasterio, las robustas paredes de que se halla revestido, las ojivas ventanas cubiertas de vidrios pintados; al mirar las casas de los vecinos de aquél puotlecillo agrupados en derredor de la inmensa mole de la vivienda monacal, creía hallarme trasplantado á otros tiempos, y mi imaginación, retrocediendo siete siglos, me presentaba aquel conjunto como obra de otra época más remota. En una palabra, me encontraba de lleno en los tiempos de la edad media.

Y la ilusión podia ser racional al fijar la atención en nuestra jauria, en nuestros trajes, en los de los canónigos que salían á recibirnos, en aquel grupo de paisanos que nos examinaba atentamente, saludando con respeto al poderoso prior que les echaba su bendición con la benévola sonrisa de un padre: como á tal lo amaban, y á la verdad que este amor era merecido. Jamás recurrían á él en sus cuitas, sin que fuesen instantáneamente remediadas.

Cerráronse las macizas puertas del monasterio, recorrimos sus inmensos claustros, precedidos por criados que nos alumbraban con hachones de brea, y muy pronto pudimos descansar nuestros miembros fatigados y secar nuestros

vestidos empapados en agua, en la cómoda y magnífica celda prioral.

Nuevo, muy nuevo era para mí todo cuanto pasaba á mi vista, y encontraba un placer infinito en alimentar más y más mi imaginación con las ideas que se me presentaban en montón.

—Aquel es el altivo señor de esta fortaleza, pensaba yo mirando fijamente al prior muellemente sentado junto á la chimenea, en la cual ardía un mediano montón de leña.

—Hé aquí sus principales oficiales: nosotros somos el séquito de otro baron feudal que viene á formar alguna alianza con su vecino: yo soy su paje escanciador, el que quita la caperuzá á su alcón favorito, el que sujeta la brida de la acanea de la castellana, el que lleva el escudo y pendón del señor en un día de batalla... Esto—proseguía pensando y mirando á mi primo,—es el montero mayor, el que prepara la batida, el que tañe el *alhalí* cuando el noble ciervo se lanza de su guarida: aquel...

Una estrepitosa carcajada vino á interrumpir mis sueños de la edad media.

Era mi buen tío que se reía á pulmón desplegado al recuerdo de cierta travesura estudiantil, ejecutada mancomunadamente con el reverendo prior.

—Acércate, Pepe, acércate,—me gritó—aquí tienes un excelente amigo, de los pocos que se encuentran hoy: plegue á Dios tropieces con otro semejante en tu carrera de leyes.

—Es tu sobrino?—le preguntó el prior, golpeando con su redonda mano mis mejillas.

—Sí, amigo, ha querido asistir á la cacería y nos ha seguido con un valor heroico por montes y vallados.

—Pero dudo mucho que hubiese llegado hasta aquí sin mi ayuda,—repuso Francisco.—Más de veinte veces he tenido que desenterrarlo de la nieve.

No sé lo que hubiera yo contestado en aquel momento en que mi amor propio se veía mortificado, si el sonido de una campana y la voz de un criado no nos hubiese anunciado que la cena nos aguardaba. Todos nos levantamos al oír tan agradable mensaje y nos encaminamos al refectorio particular del señor prior.

Aquí me esperaba otra sorpresa muy en armonía con

as ideas que tenazmente volvían á apoderarse de mi imaginación.

Una mesa de colosales dimensiones, gemía bajo el peso de enormes cuartos de venado y jabalí humeando en anchas fuentes de zinc. Mas allá se descubrían truchas á docenas en cacerolas brillantes. Grandes garrafas de cristal encerraban por azumbres en su seno, el dulce Peralta, el rubicundo Tudela, el supurado de Rioja, la sidra de Hernani; y en el centro de aquel gran círculo de viandas succulentas y apetitosas alzabase orgullosa, media ternera estofada, plato favorito del prior y de mi tío, flanqueadas por botellas llenas de anisete, malvasía y otras bebidas alcohólicas.

Era, en resumen, una de aquellas cenas homéricas cuyos recuerdos han llegado hasta nuestros días. Mas á pesar de tanta abundancia, los platos iban quedando vacíos como por encanto; los vinos y licores desaparecían con increíble rapidez, y debo confesar que fui uno de los que más contribuyeron á tan prodigiosa desaparición.

Durante la cena, rodó la conversación acerca del objeto de nuestro viaje, y el prior nos informó de que el oso que veníamos á cazar desde tan lejos se había hecho tan audaz y temible, que ninguno se atrevía á separarse de la población por temor de ser devorado.

—Mañana te le traeremos atravesado en un mulo—le dijo mi tío, que aguardaba el día inmediato con todo el ardor de un cazador entusiasta.

—Andarse con tiento, amigos,—replicó el prior—me han dicho que es un animal enorme, muy ágil y feroz en extremo.

—Qué te parece de esto?—le preguntó mi tío á Francisco, que no había cesado un minuto de comer y beber.

—Bah! bah!—contestó riéndose.—Que se presente ese señor á veinte pasos de distancia, y ya veremos para qué le sirve su agilidad.

—Diablo con el muchacho!—exclamó el prior.—¿y tendrías suficiente serenidad para apuntarle bien?

—Y por qué no?—contestó bebiendo de un solo trago un vaso de supurado.

—Pues yo te juro en mi ánima, que echaría á correr á penas lo divisase.

—Pronto te alcanzaria;—le contestó mi tío.—Pero no tengas cuidado; yo te prometo que su piel abrigará tus pies este invierno.

—Dios lo quiera: te aseguro que no faltará quien te lo agradezca. Los pobres arrieros están acobardados con la fiebra que les persigue encarnizadamente.

—Y hacia qué punto se deja ver con más frecuencia?

—En el camino del portillo de Francia.

—En el paso de Roldan?

—Sí.

—Muy bien. Ahora, señores, vámonos á dormir, que mañana es preciso madrugar.

Rezó el prior el *Benedicite*, aparecieron los criados con luces, y cada uno se dirigió al aposento que le estaba destinado. Eran las once de la noche, y la cena habia durado dos horas y media.

Francisco y yo nos encontramos únicos propietarios de una mediana sala, desde cuyas dos rasgadas ventanas se divisaba el lindero de un bosque inmediato. No pude resistir al placer de contemplar aquel agreste paisaje, cubierto de nieve é iluminado por la luna, cuyo brillo purísimo se extendía por todo el firmamento, sin que la más ligera nubecilla viniese á empañarlo.

Abri en consecuencia una de las ventanas, y asomado á ella, púseme á contemplar el espectáculo que tenia á la vista.

Si cuando llegamos al monasterio me habia formado la ilusión de que me encontraba en uno de los castillos feudales de la edad media, poblado de pajes, damas y caballeros, aquella fué adquiriendo mayor fuerza de realidad, cuando me asomé á la gótica ventana.

Descubriase al frente y en primer término una vasta llanura cubierta de nieve congelada, que al reflejo de los rayos de la luna, parecia ser un blánquísimo tapiz sembrado de brillantes, topacios y esmeraldas.

Mas allá se divisaban, medio veladas por una ligera neblina, las casas del pueblo de Burguete.

A mi derecha, elevábanse hasta confundirse con el azul mate de la atmósfera, los elevados picos del Iru y de las demás montañas que forman aquella cordillera titánica.

A mi izpuierda el espectáculo era más sorprendente. Robles seculares, centenarios pinos, se veían despojados de su follaje, moviendo lentamente sus copas al soplo de una feble y helada brisa. Los negros troncos resaltaban más y más sobre el fondo blanco de la llanura, y sus gigantescas ramas semejábanse á los brazos descomunales de alguna fantasma colosal.

En medio del sepulcral silencio de la noche, tan sólo interrumpido por el ruido lejano de las torrentes, mi oído percibía algunos sonidos extraños, que aunque débiles en un principio, iban haciéndose más perceptibles. Mi primo se había acostado y dormía profundamente. Quise despertarlo para hacerle notar aquella circunstancia, pero me despidió echando pestes y reniegos, y hube de renunciar á su compañía. Entretanto aquel sonido singular, que tanto me preocupaba, iba creciendo por grados.

Sería ilusión mía? Tal vez.

Mi acalorada fantasía, más acalorada con las libaciones de la cena y el espectáculo que tenía á la vista, presentábase me aquel heroico combate de los ejércitos de Carlo Magno, contra los montañeses navarros. Sí, sí; ese era sin duda el ruido que oía; el crujir de las lanzas, el relinchar de los caballos, el choque de las piedras contra las corazas, el silvido de las flechas, los gritos de los vencedores, los ahullidos de los heridos, el extertor de los moribundos... Sí, sí; ya estaba explicada la causa del rumor que llegaba á mis oídos.

Iba á cerrar la ventana para acostarme á mi vez, cuando percibí, sin que me quedase duda alguna, un grito claro, penetrante que chocando en las peñas vecinas, se prolongaba hasta lo infinito, repetido por los ecos.

—Francisco, Francisco!—grité á mi primo sin poderme contener.

—Déjame dormir con mil diablos; si no me marcho á la cocina: —me dijo de muy mal humor.

—Levántate, repliqué sin hacer caso de su repulsa,—aquí sucede algo de extraño.

—Y qué diablos quieres que suceda?

—No lo sé; pero he oído un ruido...

—Vete al demonio con tus ruidos.

En este momento óyese de nuevo el mismo grito de antes.

—¡Oh, oh! qué ruido es ese?—dijo levantándose y acercándose á la ventana conmigo.

—Lo estoy oyendo hace media hora.

—Ah! Ya sé lo que es—dijo volviéndolo á oír.

—Y qué es ello? —le pregunté con ansia.

—Qué ha de ser? Roldán que tañe la bocina pidiendo auxilio, —me contestó con la mayor seriedad.

—Quién es ese Roldán?

—Toma! ¡Uno de los doce pares de Francia que murió en el portillo, —respondió metiéndose tranquilamente en el lecho.

Imposible me fué contener la risa. Francisco se incomodó, y trabamos una disputa acalorada acerca de duendes, fantasmas y aparecidos.

—Judío, mil veces judío—me dijo colérico.—Es eso lo que os enseñan en las universidades? Conque no hay brujas, eh? Conque no se aparecen las almas de los cuerpos que han quedado insepultos? Vete á *Aquelarre* algún sábado por la noche, y ya me dirás por la mañana si es que vives, lo que has visto. Sal, sinó, sal ahora mismo á pasearte por ese bosque de enfrente, y yo te respondo de que antes de andar cincuenta pasos, tropezarás con el *Basso-jaun*.

—Pero hombre: no lo tomes tan á pecho: yo ignoro todas esas cosas y...

—Aprenderlas,—me contestó en un tono seco.

—Me las enseñarás tú?

—No sé,—me contestó y me volvió la espalda.

Cerré pues la ventana obligado á contentarme con las explicaciones que me había dado mi *Cicerone*, y me metí en la cama decidido á hacerle contar alguna conseja el día inmediato. Cinco minutos después cerré los párpados y me quedé dormido arrullado por los sonoros ronquidos de mi primo.

Apenas la aurora teñía con sus pálidos reflejos las montañas vecinas y al monasterio, cuando la jauría reunida en el ancho patio, nos despertó á todos los cazadores con sus atroadores ladridos.

Los gritos de los perreros, los sonidos de las trompas de

caza, las voces de los que más habían madrugado, producían un ruido tan infernal, que me fué forzoso dejar el lecho aunque de malísima gana. Mi primo no sólo se había levantado ya, sino que, con el cuidado que pudiera tener una madre por su hijo al marchar á una expedición lejana y peligrosa, había limpiado mi escopeta de dos cañones, ensebado mi cuchillo de monte, registrado mi frasco de pólvora, adobado mis abarcas, y en una palabra preparado todo de manera que nada me faltase.

Mi tío el cura, con su rubicunda y alegre faz que rebosaba salud por todos sus poros, nos esperaba impaciente rodeado de los demás cazadores y seguido del prior, que no dejaba de amonestarle para que tomase las mayores precauciones contra la fiera que íbamos á cazar.

—Se ha levantado ese perezoso?—gritó en el momento que yo asomaba por el umbral de la puerta.

—Hénos aquí,—le contestó Francisco riéndose.—Trabajo me ha costado despertarlo.

—Cazador que no madruga, mal cazador:—repuso sentenciosamente mi tío.

—Si apenas ha amanecido,—respondí bostezando.

—Bah, bah! me parece que no servirás para gran cosa,—replicó apretándome cariñosamente la mano.

—Cuidado, muchachos,—añadió el prior:—no os separeis unos de otros, y sobre todo, apuntar bien.

—No tengais miedo, señor prior:—le dijo mi primo.—Pepe y yo no nos separaremos; y además nos acompañará el *Tigre*, que es su perro favorito.

—Ea pues, buen día y cazad de largo: yo voy á celebrar la misa del alba.

Despedimoños del buen prior, y un cuarto de hora despues perdimos de vista el monasterio y nos internamos en los bosques. Para mejor registrarlos, nos dividimos de dos en dos como las parejas de una guerrilla, formando un ancho semicírculo y colocando en los espacios de cada pareja los perros con los que los conducían.

No dejamos barranco por explorar, ni peñasco por escudriñar; pero todo fué en vano. El oso no parecía ni se descubriría en la nieve rastro alguno que pudiera servirnos de norte.

En estas pesquisas inútiles anduvimos hasta las tres de la tarde, hora en que se juzgó prudente volver al monasterio para no dejarnos sorprender por la noche en aquellas soledades cubiertas de nieve y de hielo.

Yo estaba molido de tanto subir y bajar cuestras y poco acostumbrado á semejantes faenas, tenía las manos ensangrentadas á fuerza de trepar por peñascos llenos de maleza.

Sentéme, pues, al pie de una roca: Francisco se echó en tierra á mi lado y el *Tigre* me lamía las manos.

Los demás cazadores emprendieron la retirada.

Mientras duró la batida de aquella mañana, Francisco se había mostrado uraño conmigo, sólo había contestado á mis preguntas con monosílabos y ni una sola vez lo ví reirse. Varias veces le había yo preguntado la causa de su mal humor; pero jamás pude conseguir más contestación que esta:

—Judio, incrédulo, ú otra semejante.

Llegóme la vez de aparecer picado, y sentado conforme estaba, clavaba mi vista en las nubes y entreteníame en tirar de las orejas al perro, que lo sufría pacientemente: no me digné mirar á mi primo que por su parte se contentaba con silbar un aire nacional, llevando el compás con los dedos sobre la caja de su escopeta.

Estábamos frente á frente el hombre de la naturaleza con sus nobles cualidades y poquísimos defectos, y el hombre civilizado con sus mezquinas pasiones y sin una aspiración geuerosa capaz de servir las de contrapeso.

Lleno de una necia vanidad y de pueril orgullo, desdeñábame de mirar á Francisco que en aquel instante, según me lo ha confesado más tarde, calculaba la manera con que me había de conducir con mas comodidad al monasterio, compadeciéndose de mi debilidad y decidido á hacerme compañía toda la noche si fuese necesario.

Aquella situación hubiera durado mucho tiempo por mi parte, si mi primo, mucho más generoso que yo, sin duda porque tenía la conciencia de su superioridad, no me hubiese hablado el primero. Cogió una de mis manos y mirándome á la cara me dijo:

—Pepe, el permanecer sentado tanto tiempo, no puede

serte provechoso: estás cansado, sudando tal vez, y el frío de la nieve es perjudicial.

Estas palabras, dichas con dulzura, me llegaron al alma: pero mi orgullo no me permitió ceder á esta insinuación pacífica, y contesté refunfuñando:

—Cuando haya descansado proseguiré la marcha; tú puedes retirarte si quieres; para nada te necesito.

—Y qué diablos hacemos aquí parados? Ponte al menos al abrigo del viento detrás de la roca y allí estarás mejor.

—Prefiero no moverme: así puedo contemplar más á mi gusto la puesta del sol.

—Mejor podías contemplarla desde aquella peña:—me dijo señalándome á trescientos pasos una eminencia en que yo no había reparado.—Vamos, Pepe,—añadió,—conozco que he estado algo brusco contigo, pero déjese perdonármelo. Qué quieres: nosotros los hijos de estas montañas, somos salvajes como ellas. Dame la mano y olvidense nuestras rencillas: yo creo lo que me han enseñado mis abuelos y los tuyos; creo con fé religiosa lo que oigo decir á mi madre: si la tuya te dice lo contrario, haces bien en creerla á tu vez.

Tendióme la mano y no pude resistir á aquella invitación franca y cordial.

—Para que la paz sea más completa,—le dije,—bebamos un trago de vino y me contarás algo acerca de la bocina de Roldán.

—Pepe,—me dijo levantándose y frunciendo el ceño,—búrlate de mí cuanso quieras; pero guárdate de burlarte de mis creencias: son un depósito sagrado que mi santa madre ha colocado en mi corazón.

—Perdón, Francisco,—me apresuré á contestarle:—este maldito empeño de burlarme de todo ..

—Te será fatal, no lo dudes;—me dijo con gravedad.—Si como yo hubieras pasado semanas enteras en los bosques sin más compañía que un perro y la escopeta al hombro, sabrías muchas cosas que no sabes. Levántate y sígueme ya que quieres que te cuente alguna cosa acerca del caballero frances: yo te diré lo que he oído; pero ha de ser en el mismo sitio en que aquel valiente murió.

Levanteme y ambos nos dirigimos á la eminencia que antes me había indicado. Nada más imponente que aquella

naturaleza primitiva, con sus árboles de inmensa altura, con sus peñascos contemporáneos de la creación, con sus nieves que cuentan siglos, con sus torrentes de aguas turbias que están mugiendo desde el principio del mundo. La eminencia en que nos encontrábamos estaba tajada á pico, y en la parte opuesta se veía la otra mitad, con una superficie tersa por el frente que nosotros divisábamos: por esta hendidura pasa el camino que comunica con Francia.

—Ya hemos llegado al sitio en que murió Roldán.

—Y es aquí donde tañe su bocina?—le pregunté.

—Aquí.

—Pero lo ha visto alguno.

—Yo no lo he visto; pero he oído muchas veces su eco desde los puertos de Zilveti, y cada vez que se ha dejado oír el metálico sonido, ha caído un alúd ó se han incendiado los montes, ó ha desaparecido algún caserío por una tormenta deshecha.

—Cuéntame, cuéntame algo de eso.

—Escucha, pues. Hubo en Francia un emperador ó rey que caminaba de conquista en conquista hacia el Norte. Acompañábanlo en sus excursiones algunos varones de su reino, hombres esforzados por demás y entre los cuales descollaba Roldán, como descuella aquella *haya* entre los demás árboles del bosque. Fatigado de dirigirse siempre hacia el Norte en donde ya no encontraba más que hielos, volvió á su reino y hechos algunos preparativos, se dispuso á conquistar el Mediodía. ¿Ves aquella altísima montaña que casi se oculta en las nubes? pues bien: desde aquella montaña hasta Elizondo no se veían mas que soldados; la tierra temblaba bajo el peso de aquella masa de hombres cubiertos de acero, y delante de ellos caminaba Roldán: ninguna resistencia pudimos oponer á su paso, porque estábamos desprevenidos. Llegaron á Pamplona y la conquistaron; esparramáronse por la ribera y se hicieron dueños de ella. Enorgullecidos con tan prósperos sucesos, volvieron á Francia dejando guarnecidas las plazas. Pero en esta retirada les esperaba el castigo de su ambición. Todo el ejército pasaba por ese camino que ahora miras cubierto de nieve. Aquella multitud de hombres parecíase á una larguísima serpiente, cuya cabeza, que era conducida por el emperador, se ocultaba en

Oloron, y cuya cola, que la formaba Roldán, tocaba las paredes del santo monasterio donde dormimos anoche. Todas estas peñas, todos estos barrancos repetían millones de veces el ruido de sus cantares y el sonido de las herraduras de sus caballos. Roldán había ya llegado á la altura de ese pino que desde aquí aparece tan pequeño como un helecho: departía alegremente con sus escuderos, cuando un horrible estampido se oyó en los aires. Alzaron la vista aterrados, y vieron unas masas informes que dando saltos terribles, y silbando de una manera espantosa, caían como un granizo sobre sus tropas, aplastándolas como á reptiles.

—Oh!— exclamé vivamente interesado por aquella pintoresca relación.—Y ¿qué era lo que volaba por los aires?

—Pedazos de roca tan grandes como este en que estamos sentados,—me contestó.—Un alarido espantoso se oyó en ese barranco: las tropas apiñadas oponían sus escudos á aquella lluvia de peñascos; pero aquel obstáculo era demasiado débil para proyectiles semejantes; tronchábanse brazos, pulverizábanse los cuerpos, aplastábanse hombres, carros y caballos, y antes de diez minutos, todo ese camino no era otra cosa que una amalgama de carne magullada, de petos y corazas destrozadas. Roldán era el único que aun permanecía intacto; sonó su bocina pidiendo auxilio, y el ferroz, el terrible *irrintxi* (1) vascongado fué la contestación que obtuvo.

Todas estas alturas estaban coronadas de vascos que arrojaban peñas, dardos y hasta pelotas de nieve. El conde Lobo los mandaba: miraba aquella horrorosa carnicería, sentado en el mismo sitio que tú ocupas. Roldán hizo esfuerzos inauditos por reunir sus tropas y trepando por las laderas, arrojar al enemigo de las alturas. Varias veces llegó hasta esa quebradura que ves como unas dos varas más abajo de tus pies; pero el tronco de un árbol que rodaba, una peña ú otro proyectil semejante, lo arrastraba en su descenso. Fatigado al fin de tanto luchar, formó una muralla con los mismos cuerpos de sus soldados, y guarecido tras de ella sonaba la bocina y maldecía á su primo el emperador. El sonido de su

(1) Especie de relincho: grito de guerra de los antiguos vascongados.

trompa iba debilitándose por grados y ya en el último esfuerzo de su agnía cogió la espada por la punta y la arrojó lejos de sí. La espada se clavó en esta misma peña hasta la empuñadura: calló la bocina... Roldán había muerto acribilado de flechas y rodeado de los cadáveres de sus soldados.

Pero su sombra anda vagando por estas soledades, y armado de punta en blanco, se le ve en las alturas arrojando peñas enormes para obstruir el camino, mudo testigo de su derrota. A veces, cuando alguna catástrofe amenaza al país oyesse distintamente el sonido de su bocina celebrando con sus sonatas la desgracia que va á suceder. Y cuando aquélla se verifica, vense por la noche en este camino largas filas de hombres armados, danzando al compás de la tocata que tañe su jefe. ¡Desgraciado entonces del arriero vasco que por aquí pase!!!

—Qué le sucede?—le pregunté.

—Muere hecho pedazos contra las rocas.

—De modo, que si ahora apareciesen esos gabachos...

—Nos matarian sin remedio.

—Bah, bah! Yo no tengo miedo á los muertos,—le dije sonriéndome:—más me imponen dos hombres vivos que todos los cadáveres de Roldán y sus soldados.

—Temer á los vivos!—me contestó con ademán desdeñoso:—mientras tenga cargada mi escopeta no temo á ninguno que se me presente por delante.

Iba yo á responderle y quizá á empezar alguna polémica, cuando oimos muy cerca de nosotros el mismo grito extraño y penetrante que había llegado á nuestros oídos la noche anterior.

—Hé aquí, como hay Dios, á tu Roldán que viene á despedazarnos sin duda,—le dije riéndome y muy ageno de pensar la verdadera causa de aquel grito.

Pero observé con asombro y terror la palidez de mi primo, que puesto un dedo en la boca me indicaba guardase profundamente silencio.

El *Tigre* tenía erizados los pelos sobre el lomo y lanzaba sordos y siniestros gruñidos.

De repente exclamó Francisco.

—Maldición! He perdido mi trompa.

—Pero qué sucede?—le pregunté en voz baja.

—Qué sucede?—me contestó;—mira á nuestra derecha: no oyes nada?

Percibiase en efecto el chasquido de algunas ramas secas, y el ruido sordo y pausado de un hombre que camina despacio: pero nada divisé.

—Será acaso Roldan el que se acerca?—le pregunté casi convencido de que esta suposición pudiera ser cierta.

—Quién sabe?—contestó mi primo.—Silencio, Pepe, por Dios: quieto, *Tigre*,—murmuró amenazando al perro que se echó entre mis piernas.

La noche empezaba á cerrar, y las nieblas se derrumbaban rápidamente desde las cumbres hacia los valles.

De improviso resonó por el espacio otro grito más sonoro que cuantos hasta entonces habíamos oído, y al volver la cabeza vimos, mudos de espanto que un formidable oso negro nos miraba puesto en dos pies y como á veinte pasos de distancia.

Toda la sangre se heló en mis venas al verlo y casi maquinalmente me eché la escopeta á la cara.

—Detente por Dios,—me gritó mi primo bajándome el arma;—ó de lo contrario somos perdidos.

El animal se mecía indolentemente, gruñía de placer sin duda, viendo tan próxima una presa deseada y que conceptuaba segura, y tenia clavados en nosotros sus feroces ojos.

La estatura de la fiera era gigantesca: sus brazos fornidos dejaban ver en sus estremidades uñas encorvadas y robustas.

—Preparémonos á una lucha cuerpo á cuerpo,—le dije á Francisco al ver que el oso empezaba á moverse.

—Ah! si estuviera yo solo. —esclamó aquel desenvainando su euchillo de monte.

—Qué harías?—le pregunté.

—Le tiraré un escopetazo y le clavaré este puñal.

—Pues hazlo, y si no le matas le tiraré yo otro.

—Imposible,—me contestó;—si no lo mato nos acometerá, y aunque yo solo podría defenderme fácilmente, no podré hacerlo contigo.

—Pues huyamos,—le dije.

—Huir!—esclamó mirandome de arriba abajo:—estás cansado, Pepe, y antes de alejarnos veinte pasos, sen-

dirías sus garras hundirse en tu cuello. No, no; hagamos otra cosa.

—Peleeemos con el hasta morir, Francisco.

El oso dió un gruñido fuerte y se lanzó hacia nosotros.

Veloz como el pensamiento, saltó mi primo hacia adelante y se colocó entre la fiera y yo.

Los ojos de Francisco brillaban de una manera extraña, y en su mano derecha armada con el ancho cuchillo de monte, se notaba cierto temblor febril que anunciaba una resolución suprema.

Pero aquella lucha hubiera sido muy desigual, si cuando el oso estaba á corta distancia no se hubiese presentado otro combatiente. *Tigre*, que hasta entonces no había hecho más que gruñir y encorbar su lomo, se lanzó á su vez sobre la fiera y con aquella fuerza y agilidad prodigiosa de todos los perros de su raza, asió al oso por las lanas del cuello y haciéndole perder el equilibrio, lo tiró al suelo.

La rabia del animal fué terrible. Ahulló de una manera espantosa y se avalanzó al perro; pero este era muy agil, amaestrado y sorteaba las acometidas de la fiera con sorprendente habilidad.

—Nos hemos salvado,—exclamó Francisco.

—Hagamos fuego,—le dije preparando la escopeta.

—Quieto, con mil demonios,—me gritó: —¿quieres que si no lo matamos, abandone al perro y dirija su furia hacia nosotros? guardemos los tiros para el último extremo.

Entretanto el oso se esforzaba en vano por cojer al perro, que cada vez que hurtaba el cuerpo, no dejaba de dar alguna dentellada á la fiera que bramaba de furor.

Mi primo entonces comenzó á dar gritos desaforados á fin de que nos oyesen los demás cazadores, los cuales estaban sumamente cuidadosos al echar de ver que no estábamos con ellos.

Al fin, después de un cuarto de hora de angustias, oimos el sonido de sus trompas, los ladridos de sus perros y los gritos que daban para anunciarnos su llegada.

Cuando el oso oyó aquel ruido, empezó á retirarse pausadamente, le disparamos dos tiros y desapareció en la espesura.

Los cazadores llegaron abrumados de cansancio y temerosos de una desgracia.

—Pepe, Pepe, ¿dónde está Pepe? — gritaba mi pobre tío jadeando y cubierto de sudor.

—Aquí estamos, tío, — le contesté.

—Pero estáis sanos?

—Sí, tío, sí.

—Gracias á Dios; pero, ¿qué diablos ha sucedido?

—Qué ha de suceder? — le contesté: — que si no hubiera sido por Francisco me despedaza el oso.

—Misericordia! — exclamaron todos los cazadores: — ¿habéis visto el oso?

—Como os estoy viendo, respondí.

—Y Francisco?

Entonces oímos una detonación de arma de fuego que salía de la espesura, y un ahullido penetrante se siguió al tiro. Corrimos todos por aquel lado, y encontramos á mi primo cargando su escopeta con la mayor serenidad.

—Lo he herido, como hay Dios, — dijo apenas nos divisó: — si seguimos la pista el oso es nuestro.

—Pero, señores, ya es de noche; — repuso uno de los cazadores.

—Y qué importa? — contestó Francisco echando al hombro la escopeta ó internándose en el bosque.

Todos le seguimos, y en la blancura de la nieve pudimos observar algunas manchas rojas.

—Está herido, señores, — dijo mi tío: — vayamos con tiento. Pepe, — añadió llamándome, — ven á mi lado, no te quedes detrás ni te separes de nosotros.

—Está conmigo, — contestó Francisco; el cual asiéndome la mano y apretándomela con efusión me dijo: — antes que tocarte un pelo de la ropa, me hará el oso mil pedazos.

Yo le abracé profundamente conmovido con aquella inequívoca muestra de cariño.

Recogióse toda la jauría, púsose *Tigre* delante, unímonos los cazadores en escuadrón cerrado, y preparadas las armas seguimos las huellas de la fiera por más de una legua de camino. La noche había cerrado del todo; pero podíamos caminar merced á la claridad que esparecía la blancura de la nieve. Las huellas del animal nos servían de guía, pero al

llegar á una pradera circular rodeada de altas peñas, como un circo por las graderías, cesaron de repente las manchas de sangre y las pisadas. De aquí se dedujo que el oso tendría su guarida en la hendidura de alguna de las peñas que teníamos á la vista, y resolvimos acampar en la nieve tomando algunas precauciones para pasar la noche con la mayor seguridad y comodidad posibles. Encendióse una fogata con algunas ramas secas de árbol y helechos, atraillamos los perros de dos en dos, reforzamos los estómagos con algunos fiambres, y nos acostamos á campo raso. Algunas cazadores montaban por turno una especie de guardia avanzada. Muy pronto nos rindió el sueño á pesar del frío penetrante de la noche, templada hasta cierto punto por el calor de la hoguera.

Apenas amaneció el día inmediato, cuando ya todos estábamos en pié, y comenzaron de nuevo las pesquisas. Las huellas del oso se veían profundamente marcadas en la nieve y se dirigían hacia el fondo de aquel anfiteatro natural. Divisamos entonces entre la maleza la boca de una cueva, al pie de una altísima peña cortada á pico, y ya nadie dudó de que aquélla fuese la guarida de nuestro enemigo. Rodeamos la montaña de piedra por ver si tenía otra salida, y vimos con placer que no había otra boca.

Entonces se reunió una especie de consejo para discutir el medio más á propósito de hacerlo salir de la caverna, y adoptóse por unanimidad el propuesto por Francisco. Reduciase éste á colocarse de antemano los cazadores en las peñas que circuían la pradera: los perreros con la jauría suelta en la entrada misma, y hecho esto, reunir fajos de ramas secas y helechos, y aplicarlos á la boca de la caverna prendiéndoles fuego.

Una vez adoptado el plan, nos dispusimos á ponerlo en ejecución. Al efecto coronamos las peñas, y mi primo armado con una azagaya y seguido de algunos perreros cargados de leña, se acercó lentamente á la caverna: cerróla herméticamente y aplicó el fuego retirándose prontamente.

Mi curiosidad estaba escitada hasta el más alto punto. Todas las miradas estaban fijadas en la hoguera que empezaba á arrojar llamas y columnas de humo. Francisco se colocó á mi derecha y *Tigre* á mi izquierda. Diez minutos pasaron

sin novedad, y cuando ya creíamos herrado el golpe, vimos volar por el aire fajos enteros de leña ardiendo al impulso vigoroso de los brazos de la fiera. Presentóse ésta lanzando rugidos espantosos y dirigiendo iracundas miradas por todas partes. Cuando el animal se vió encerrado en aquel estrecho recinto, su furor no conoció límites.

Arrojóse sobre los perros, que todos fueron sueltos á la vez, y empezó una lucha descomunal y sangrienta. Eran éstos, sabuesos de raza, que con sus cuerpos leonados y negros cubrían á la fiera: ésta por su parte desgarraba las entrañas de cuantos se ponían al alcance de sus formidables uñas; y muy pronto, de aquel montón informe de cuerpos entrelazados que luchaban con indecible furia, empezaron á salir ahullidos de dolor y pedazos de carne palpitante. Trece perros salieron muertos y heridos en la pelea y los demás se retiraron á la voz de los perreros.

El oso, rendido de fatiga, mostraba abiertas sus sangrientas fauces y de su hocico cubierto de espuma pendía inerte su lengua roja como un hierro candente.

El animal estaba sentado é inmóvil.

—Fuego todos á la vez,—gritó mi tío—y cinco balas se hundieron en el cuerpo de la fiera.

El salto que dió al sentirse herida, causó admiración á cuantos la vieron: púsose en pie, miró á todas partes y con y con saltos desesperados, con ahullidos horribles, con un crujir de dientes que causaba pavor, se dirigió, cubierto de lodo y sangre, hacia donde nos habíamos colocado Francisco y yo.

Para llegar al sitio donde nos encontrábamos, tenía el oso que trepar una peña como de seis pies de altura, en una de cuyas hendiduras estábamos cómodamente sentados. Los cazadores no se atrevían á disparar sus armas por temor de herirnos, ni podían prestarnos auxilio porque ya no era tiempo. El oso entretanto trepaba con agilidad y casi sentimos su ardiente aliento. Los cazadores estaban aterrados: mi pobre tío nos animaba con sus voces, al paso que un frío sudor bañaba su rostro. Yo temblaba de pies á cabeza y no sabía qué hacer: miré á mi primo que me besó en la frente murmurando:

—La bocina de Roldán!—y tornóse pálido.

El momento crítico era llegado: la huida imposible.

El oso avanzó una garra: Francisco en pie, quitóse la boína, santiguóse y disparó.

Yo corrí los ojos.

Un grito de alegría resonó en aquel recinto al ver que la fiera caía rodando por la peña y el *Tigre* con ella, hecha presa en su pescuezo.

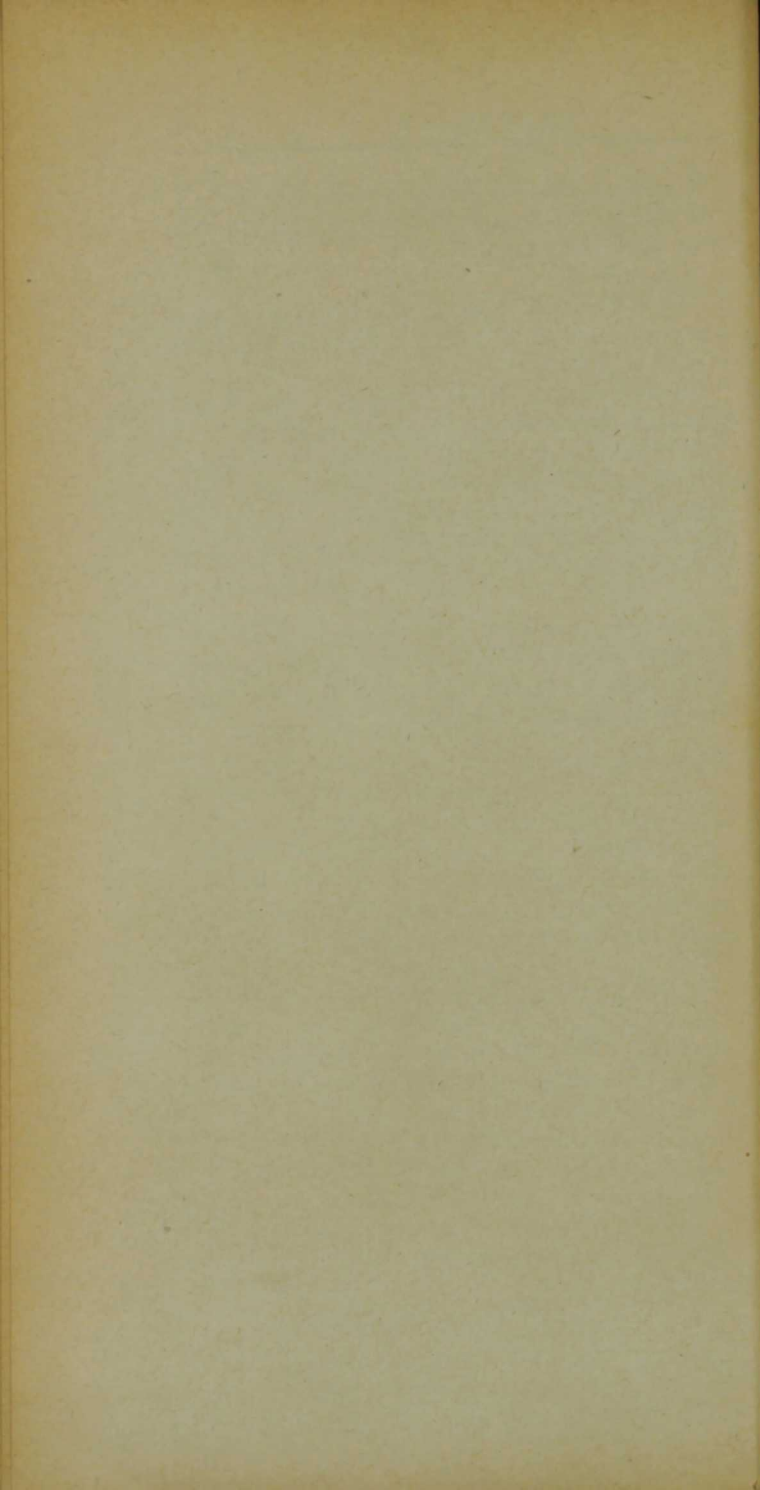
Francisco lanzó un *irrintzi* de triunfo y saltando de la peña abajo, clavó el puñal en el corazón del animal

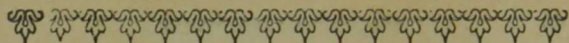
Tres horas después ontrábamós triunfantes en el monasterio, llevando atravesado en un mulo el oso negro, terror de aquellas montañas. De su cuerpo se extrajeron veinte libras de grasa, y su piel ha cubierto por espacio de algunos años el lecho prioral de Roncesvalles.

.....

Largo tiempo después de estos sucesos, he soñado muchas veces con la vocina de Roldán y siempre que he tenido este sueño, me he despertado despavorido, creyéndome presa de las garras de un oso negro.







LA HILANDERA DE LA CAPILLA

POR

DON JUAN V. ARAQUISTAIN

Voy á referirte, lector mío, una antigua historia, y por lo mismo que es una historia, ni las censuras, ni los elogios que merezca pueden alcanzarme.

Según me la ha dado el vulgo te la presento, sin quitar ni poner nada. La forma con que aparece es lo único de mi cosecha; y si en ella ves, como veo yo, graves defectos de locución y de estilo, perdóname en atención al laudable objeto que me propongo, que no es otro que preservar del olvido en que han caído tantas preciosas antigüedades, esta tradición, que al traves de ocho generaciones, ha llegado hasta nosotros, regada con las lágrimas de nuestros padres y nuestros abuelos. Perdóname, pues, y escucha.

En el pueblo de Deva, y en la calle hoy llamada de Lersundi, junto á la casa en que pasó su infancia el ilustre general de ese apellido, una de las glorias más puras y legítimas del país Vascongado, se encuentra un solar destinado á huerta, y en donde hacía los años de 1500 se levantaba la antigua y poderosa casa-torre de Zubelzu.

Aquel edificio que años atrás bullía á todas horas con el estrépito de las armas, los relinchos de los caballos, y los cantos de los ballesteros, permanecía en la citada época mudo y silencioso.

Y es que las vicisitudes de la guerra y una serie de dolorosas desgracias, habían reducido su numerosa y aguerrida familia á solas dos personas, que eran una madre y su hija.

La primera, llamada Magdalena, contaba en aquel tiempo unos cuarenta años, y su hija Catalina, diez y siete; siendo por lo demás tan parecidas la una á la otra, que pudieran confundirse á tener la madre veintitres años menos, ó la hija veintitrés más.

Sus caracteres y sentimientos eran también muy semejantes, y hasta tal punto, que la sombra de melancólica tristeza con que irreparables desgracias cubrieron el alma de la madre, recibió la hija de su naturaleza endeble y delicada.

Por lo demás, tanto la una como la otra, pasaban como modelo de virtudes cristianas. Su caridad era inagotable, y sus necesidades cortas; y como poseían cuantiosísimas rentas las derramaban con tanta abundancia, que no había miseria que no aliviaran, ni necesidad á que no acudieran.

Pero sobre todo, acompañaban sus beneficios con tan afectuoso cariño y tan cordial dulzura, que no parecía sino que quedaban obligadas á cuantos recurrían á ellas; siendo en todo caso muy seguro, que era mayor la satisfacción de las buenas señoras al dar, que la de ellos al recibir.

No es extraño en vista de esto, que todo el mundo, pero en particular los pobres, la profesasen un cariño, que rayaba en veneración; no dirigiéndose plegaria al cielo, en que se dejara de pedir por ellas, y siendo sus nombres los primeros, que enseñaban á balbucear á los inocentes labios de sus hijos.

Cuando el bravo marino azotado por la tormenta dirigía con angustia la última mirada á la risueña playa de su pueblo, sintiendo desgarrársele el corazón al dejar sin pan ni abrigo á su miserable familia... el recuerdo de (1) *Andra Madálen* venía á endulzar su amarga agonía.

Las desconsoladas viudas á quienes la enfermedad ó los

(1) *Andra Madálen*. Andra, que en vascuence significa señora, es un vocablo que constantemente se antepone en aquel país á los nombres de las Señoras de elevada clase. Madálen es el nombre sincopado de Magdalena, según lo usa el pueblo.

pesares acarreaban la muerte y sentían desgarrárzeles las entrañas, al ver su pobre lecho rodeado de los hijos de sus amores, que dejaban en la horfandad y en la miseria... enjugaban sus lágrimas y cerraban con tranquila resignación sus ojos, en la consoladora seguridad de que habían de encontrar una madre en la noble señora de Zobelzu.

Andra Madalen había sido una de las mugeres más hermosas del país, y aún continuaba siéndolo, á pesar de los extragos que el dolor, más que la edad, había hecho en ella.

Su estatura era alta, su cuerpo esbelto, su andar lento y lleno de dignidad. Tenía la tez blanca, los ojos garzos, y el pelo que había sido castaño muy obscuro, iba blanqueando á trechos. En su frente despejada, se notaba ya alguna que otra arruga que revelaba las dolorosas huellas que dejaron en su alma antiguas pero inolvidables desgracias.

Generalmente cubría su semblante cierta sombra de gravedad, que suavizaba la dulce expresión de su bondadosa mirada.

Iba siempre vestida de negro, con tocas blancas en la cabeza, como recuerdo del luto que llevaba en el corazón por su esposo é hijos, cuya pérdida lloraba sin tregua á los quince años.

Había quedado viuda con tres hijos, de los cuales, habiendo perdido poco después los dos mayores, quedó solo con Catalina, que tendría por aquel tiempo de dos á tres años.

Esta doble desgracia, renovando en su alma la herida abierta anteriormente por la muerte de su esposo, hizo tan profunda impresión en su naturaleza extremadamente impresionable, que llegó á inspirar serias inquietudes por su vida.

Pero, al fin, sus sentimientos profundamente religiosos y el desamparo en que veía á su pobre niña, la dieron fuerzas para sacudir su mortal abatimiento.

Desde entonces, todas sus afecciones, todas sus esperanzas, su vida toda entera, reconcentró en aquella criatura. Lo merecía también, porque aparte de la tierna efusión con que la correspondía, difícil era encerrar alma más hermosa en cuerpo más gentil.

Nada más magnífico que aquella cabeza delicada y aquella frente pura envueltas en un mar de ensortijada y rubia cabellera, que caía sobre su blanco cuello y sus espaldas redondas en lujosa y pródiga abundancia.

Sus grandes ojos de purísimo azul de cielo, sombreados por largas y arqueadas pestañas, se iluminaban al mirar, con tal expresión de apasionada ternura y de virginal modestia, que era imposible verlos una vez y olvidarlos luego.

A no conocer el candor de su alma y la indiferencia con que miraba todos sus hechizos, se hubiera creído que aquella sonrisa que constantemente entreabría sus labios rojos, no tenía más objeto que enseñar graciosamente sus dos hileras de nacarados y menudos dientes.

Una tez blanquísima y transparente, tras la cual podía verse circular la sangre, la nariz correcta y delicada y el perfecto óvalo de su cara con la pureza de sus contornos, hacían de ella un tipo de ideal belleza.

Su estatura era algo menor que la de su madre, pero su talle más flexible, y si sus movimientos no tenían tanta magestad y firmeza, había en su mismo abandono una gracia encantadora.

Toda ella, en una palabra, era una hermosura acalada; y á empeñarse de encontrarla algún defecto, sólo podía fijarse en la ligera palidez en sus mejillas y en cierto aire de languidez y melancolía que respiraba todo su ser.

A pesar de sus diez y siete años, Catalina seguía siendo para su madre una niña, la niña mimada de siempre, pues en concepto de la buena señora, no habían pasado por ella los años.

No le faltaba razón en parte.

La casta doncella apenas había levantado todavía el pensamiento de la inocente región de la infancia, ni había llegado nube alguna á furlar la paz y la calma de su alma virgen.

Así es que nada más común que verla en las veladas de invierno sentarse á los pies de su madre, doblar la calceza en sus rodiilas y entregarse tranquilamente al sueño.

¡Qué cuadro tan encantador formaban entonces aquella hermosísima joven respirando pureza é inocencia y aquella madre, que suspendiendo la rueca, contemplaba extática su

belleza! ¡Única cosa que hacía latir con orgullo su corazón modesto!

Alguna vez, sin embargo, sentía la pobre señora en medio de su amoroso arrobamiento, correr por todo su cuerpo un doloroso estremecimiento y cubrirse de mortal palidez las mejillas.

¿Qué nube sombría se levantaba entonces en su alma, para turbarla tan profundamente?

¡Quién sabe! ¡Acaso el presentimiento de que algún día había de separarse para siempre de aquella criatura que era su vida, hacía temblar de espanto su corazón de madre!

En aquellos tristes momentos, sus labios trémulos imprimían un apasionado beso en la casta frente de la niña, dirigía una fervorosa plegaria al Cielo y volvía á emprender con la rueca, para ahuyentar sus negros pensamientos.

Todas las tardes salían juntas á Amillaga á respirar el aire fresco y tónico del mar.

Cuando apoyada la hija en la madre como la flor en su tallo, cruzaban lentamente las calles, las mugeres que se hallaban hilando en las puertas de sus casas, se levantaban respetuosamente á su paso y exclamaban contemplándolas con cariño:

—¡Dios bendiga á la noble señora! ¡Cuán buena, cuán tierna es para todos! ¡Dios bendiga al ángel de sus amores... siempre con la sonrisa en los labios y el candor de su alma en los ojos! ¡Tal madre, tal hija! ¡Dios las guarde para nuestro consuelo!

Ellas, saludando cariñosamente, seguían su camino; ufana la madre por poseer tal tesoro; dichosa la hija por tener tal madre.

Pero como no hay carácter, por elevado que sea, que no tenga alguna debilidad, la que descollaba en Andra Madaien, era una desatinada pasión por hilar.

En la cocina y en el estrado, en el pasco y en la calle, entre gentes de confianza y de cumplido, se la veía constantemente con la rueca en una mano y el huso en la otra.

Su hija, á cuyo menor capricho cedía siempre sin resistencia, había tratado en cierta ocasión de moderar aquel afán que casi rayaba en monomanía; pero viendo que el sacrificio que la exigía era mayor de lo que se había figurado,

desistió de su empeño y la buena señora volvió á entregarse como antes á su inclinación favorita.

Sus admiradores, que no querían ver el menor lunar en el ídolo de su veneración y cariño, trataban de justificarla, diciendo que habiendo sido aquella labor en la época de sus desgracias, una de las cosas que más contribuyeron á distraerla, quedó tan reconocida, que convirtió, por un sentimiento de gratitud, la afición que siempre había tenido, en una pasión verdadera.

Bien quisiera también yo borrar esa sombra de su historia; pero escritor de verdad antes que todo, preciso es, aun á trueque de desvirtuar su poético encanto, darla á conocer tal como fué, con sus virtudes y con sus defectos.

El recuerdo de Andra [Madalen siempre viene á la memoria, con las blancas tocas en la cabeza, la rueca en la mano y la caridad en el corazón y los labios.

¡Tipo de bendición de la señora cristiana, de la tierna madre!

¡Así nos la dieron á conocer á nosotros... y así la amamos!

Así te la presento, lector mío.... ámala también; que es digna la virtud de nuestro amor y respeto, y más si como la suya, ha regado con lágrimas de dolor la senda de la vida.

¡Pobre señora, que tantos consuelos, tanta felicidad derramó en el mundo, y que no tuvo una mano amiga que alcanzára á aliviar los infortunios de su alma!

Era una deliciosa tarde de verano. El sol, hundiendo su disco de fuego en las ondas, iluminaba con sus últimos rayos el horizonte, las aguas y los abruptos peñascos de Machichaco. La mar estaba tranquila, despejado el cielo y tibio el ambiente.

Andra Madalen y su hija salieron, como todas las tardes, á la playa.

La joven corría por la orilla jugando con las olas, huyendo presurosa cuando subían y siguiéndolas al retirarse.

Si por calcular mal la distancia ó por la mayor rapidez de la onda, llegaba su blanca espuma á sorprenderla en la

huida... su hermosísimo rostro se animaba vivamente, teñíanse sus mejillas, y apresuraba el paso dando alegres carcajadas.

La madre que sentada sobre un peñasco, se hallaba como siempre hilando, levantaba de tiempo en tiempo la cabeza para mirarla; y la reconvenía cariñosamente, cuando se mojava los pies; lo que no impedía, que á los pocos momentos volviera la joven á su juego, y la Señora á su trabajo.

Cansada al fin de tanto correr, Catalina se retiró al lado de su madre, y se sentó á sus pies en la arena, reclinando la cabeza en su falda.

Al poco tiempo, un sordo rumor que llegaba á sus oídos, la hizo incorporarse; y fijando sus miradas en Bastiñoya que era el punto de donde partía, dijo á su madre:

—¿Qué ocurrirá allí, madre mía, para reunirse tanta gente?

Andra Madalen mirando en la dirección que indicaba su hija, contestó:

—Algo sucede en efecto, y sino me engaño, la multitud vá en aumento, y los gritos crecen. ¿Qué será? Alguna desgracia, alguna riña ó....

—Bien puede ser; pero no necesitan de tanto las gentes para reunirse y meter bulla. Basta que hayan traído las lanchas alguna marzopla, ó se divise á lo lejos el blanco gallardete de alguna barca francesa.

—¡No, no! Es un verdadero tumulto; por lo cual haríamos bien en retirarnos.

—Como queráis.

—Mira; nos acercaremos al pueblo, y mientras tu te acojes en casa de tu tío Bañes, iré yo á ver lo que pasa.

—¿Pues no faltaba otra cosa? ¿Y había de dejaros yo que fuerais sola á ese barullo? ¡Oh no! Ireis si así os parece, pero conmigo como siempre.

La señora estuvo un momento con el oído atento hácia Bastiñoya, y diciéndose luego, dijo con resolución:

—Se oyen gritos amenazadores, y exclamaciones de cólera. ¡Algo de muy grave ocurre! Vámonos hija mía, y Dios nos ayude!

Cuando llegaron al punto indicado, era tal el tropel de gente, y tales la gritería y confusión que reinaban, que ni

podían abrirse paso, ni hacerse oír de nadie. Por fin, una anciana saliendo con trabajo de aquel barullo, dijo acercándose á ellas.

—¡Ay Andra Madalen! Los hombres cuando se ponen furiosos, ¡leores son que las mismas fieras.

—¿Qué ocurre?—preguntaron ellas.

—Figuraos señora, que algunos marineros han encontrado en alta mar un bote abandonado, y dentro de él, un joven moribundo, que por su traje y por su porte, indica ser un hijo de buena casa; y como se les ha puesto en la babeza que es francés, y es tanto el odio y la enemiga, que desde su último desembarque hay aquí contra los franceses, están tratando de hacerle morir.

—¡Qué horror!—exclamaron madre é hija.

—¿Pues no ha de ser señora? Y la cosa no tiene remedio; porque en matarle todos están conformes, distinguiendo únicamente, en la clase de muerte que se le ha de dar, pues algunos con Quillimón á la cabeza, quieren que se le ahorque, y otros aconsejados por Peru-Zendo que se le quemé.

—¿Quillimón? ¿Peru-Zendo?—murmuró admirada Andra Madalen!

—¿Os extraña, no es verdad, como á mí, que dos hombres que son honrrados y buenos, porque lo son señora, se cieguen de ese modo? Pero es lo que tiene la venganza. El pobre Peru perdió su hijo, y Quillimón su casa y sus bienes á manos de los franceses, y ahí los teneis á los dos, convertidos en dos lobos negros. ¡Ah! si vos pudierais hacer algo. ¡Pero bá! Y eso, que lo que vos no consigais, de seguro que no lo podrá el Obispo.

La señora de Zubelzu levantó los ojos al cielo, tomó de la mano á su hija, y se metió resueltamente entre los grupos.

Sólo ellas con el profundo respecto que inspiraban, hubieran podido abrirse paso entre aquellas oleadas de gente.

En el centro del grupo que más albototaba, se hallaba un joven tendido en la arena, sin que diera apenas señales de vida. Estaba vestido con suma riqueza, revelando en su traje que debía pertencer á una familia poderosa.

Podría tener como unos veinte á veinte y dos años, y su fisonomía aunque pálida y triste, era un tipo acabado de la belleza de esa raza del Norte, de ojos azules, frente despe-

jada, y tez y cabellos rubios. Una porción de hombres gesticulando, y gritando frenéticamente, se agitaban en su alrededor, sin entenderse unos con otros.

— Es francés, y hay que ahorcarlo, — exclamaban unos. —

— ¡Arcabucearlo, — decían otros!

— ¡Matarlo de cualquier modo que sea, que es de ellos!

— ¡De los que saquearon mi casa!

— ¡Y mataron á mi hijo!

— ¡Y llevaron cautivo á mi hermano á su maldita tierra!

— ¡Matarle! ¡Tirarle al río! ¡Ahorcarle! ¡Quemarle!

Y crecía la confusión, y se aumentaba el barullo.

Andra Madalen estuvo breve rato observando con mucha atención lo que pasaba, y tardó poco en hacerse cargo de la situación.

Como en todo tumulto popular, había allí dos hombres que excitaban las pasiones, y daban dirección á las ideas.

Eran éstos como había dicho la anciana, Quillimón y Peru-Zendo; conformes ambos en dar muerte al extranjero, pero empeñado el primero en que se le ahorcara, y el segundo que se le quemara vivo.

Andra Madalen calculó al momento, que separada la multitud de la influencia de aquellos hombres, y entregada á sus propios sentimientos, no sería difícil operar una reacción en sus ideas; por lo cual trazó instautáneamente su plan, y encomendándose fervorosamente al cielo, se acercó á Quillimón, que estaba á poca distancia de ella.

Tocóle con la mano en la espalda, y en cuanto éste hubo vuelto el rostro, encendido todavía de coraje y de rabia, le dijo con el acento más natural y tranquilo:

— ¡Oye Quillimon! He dejado olvidada mi rueca en Amilaga, y te ruego que vayas al punto á buscarla.

Todos los colores del arco iris fueron pasando sucesivamente por la fisonomía atónita de aquel hombre. El asombro, la indignación y la cólera agitaba á la vez en su alma, y al fin haciendo un supremo esfuerzo para serenarse, contestó con frases entrecortadas y mal contenido enojo:

— ¿La rueca? ¿La rueca?... ¡Pero esta señora está loca! ¡Para ruecas estamos! ¿Conque se trata de ver qué clase de muerte se ha de dar á este perro francés...y... sale con que la rueca... ¡vamos, si no fuera Andra Madalen...!

Volviéndose en seguida bruscamente, principió á gritar:

—Yo opino por la horca: y como estos tiburones de la vecina costa son tan dados al mar, pido que se le cuelgue del palo mayor de la carabela, que está en el puerto.

—¡A la carabela! ¡á la carabela! —gritaron muchos, aplaudiendo frenéticamente la idea.

—¡No, no! eso es poce,—gritaba por otro lado con una voz de trueno Peru-Zendo:—¡Quemarle!

—¡Quemarle! ¡Quemarle!—repetían sus partidarios.

Aprovechando un momento en que era menor el barullo, Andra Madalen volvió á aproximarse á Quillimón y le llamó.

Este la miró mal humorado, y acaso con propósito de decirle alguna palabra poco respetuosa, pero su mirada firme y severa le hizo bajar los ojos.

En seguida le dijo en voz baja y con enérgico acento.

— Todo el orgullo de tu vida ha sido siempre gritar en todas las esquinas que eres un hombre honrado.

—¡Y lo soy!—contestó interrumpiendolo Quillimón! ¿A ver quién se atrevo á decir lo contrario?

—¡Yo! repuso Andra Madalen.—Un hombre honrado no hace jamás con una señora lo que tú conmigo.

Desconcertado por su enérgica entereza, Quillimón disculpándose, contestó:

—¡Pero por todos los diablos, señora, considerad en qué momentos venis con vuestras pretensiones!

— Cuando hace dos años, y en las altas horas de una noche, llegó cierto hombre á mi casa diciendo, que una partida de francoses quería llevar cautivo á su hijo, sino le rescataban, y ese hombre se echaba á mis pies llorando y mesándose la barba, porque no tenía el dinero que le pedían, no le pregunté yo si eran momentos aquellos para molestar á una señora.

—¡Oh!

—Cuando un año más tarde volvió ese mismo hombre diciendo que su amo le despedía por no poder pagarle las rentas de trigo que perdió aquella mañana á consecuencia de una avenida, no encontré en el rostro de Andra Madalen eso ceño adusto y sombrío que se vé en el tuyo ahora! ni contestó que acudía á mal tiempo, (lo que era verdad en

efecto, pues sus arrendatarios no le habían traído un grano todavía) sino que le dijo: veto á mi caserío de Zúbelzuzarra, y di de mi parte al inquilino, que te entregue todas las rentas de este año.

—¡Es verdad! ¡es verdad!—murmuró confuso Quillimón.

—Para almas honradas, todos los momentos son oportunos cuando se trata de hacer bien.

—¡Andra Madalen, me estais estrujando el corazón!— exclamó el hombre, sintiendo que la rectitud de sus sentimientos ahogaba mal de su grado sus malas pasiones.

—Pero ya se vé;—continuó con sarcástico tono la señora. el recordar los agravios y vengarlos... es muy noble para almas honradas de labios afuera... pero el recibir beneficios y agradecerlos... no!

Estas palabras hicieron estremecer rudamente el corazón de aquel hombre: luchó por un momento como una boya entre las olas, y diciéndose enseguida, dijo con resolución:

—¿Qué quereis de mí, Andra Madalen?

—Que me traigas la rueca.

—¿Y no podría ir otro por mí?

—No; has de ser tu mismo.

—Está bién. Iré, y os la trairé, para que veais que ni olvido los beneficios, ni soy honrado de labios para afuera. Pero una vez hecho eso, seré libre y muy libre; y yo os aseguro, que no hareis pan con la masa que traéis entre manos.

Enseguida acercándose á Peru Zendo, le dijo:

—¿Qué muerte prefieres para ese perro?

—La que le haga padecer más.

—¿Pero cuál?

—¡La hoguera!

—Pues á la hoguera con él, y pronto.

—¡A la hoguera, á la hoguera!—repitieron todos, dispersándose para traer combustibles.

Quillimón sonriendo socarronamente, miró con aire de satisfacción á Andra Madalen, y emprendió la marcha diciendo; échale galgos al francés, abuelita!

Entre tanto, el prisionero continuaba en la arena, sin dar apenas señales de vida. El hambre y la sed le habian reducido á tan extrema debilidad, que si no se acudía en su socorro muy pronto, estaban expuestos sus enemigos á no

encontrar más que un cadáver en qué satisfacer su venganza.

Andra Madalen lo conoció, y queriendo aprovechar los momentos, se acercó á Peru Zendo, que estaba formando una pira con los sarmientos y ramajes que le iban trayendo.

—¡Peru!—gritó la señora.

Este volvió el rostro y al verla, se quitó respetuosamente el sombrero, y dijo muy sorprendido:

—¿Vos aquí, Andra Madalen?

—Si Peru: vengo á buscarte.

—¿A mí, señora? ¿Y para qué?

—Para salvar á ese jóven,—repuso ella con calma.

A tan explícita declaración, el hombre dejó caer un hato de sarmientos que tenia entre manos.

—¿Me ayudarás, no es verdad?—preguntó Andra Madalen.

Peru después de reflexionar un momento, contestó con tono respetuoso pero firme:

—¡No es posible, señora!

—¿Por qué?

—¡Oh! porque es de ellos,—contestó con voz sombría, dirigiendo al jóven miradas de ódio y de venganza;—porque es de esos bandidos que cosieron á puñaladas á mi único hijo, al mezo más gallardo y bravo que ha pisado estas arenas.

—¡Pobre Pepanton!

—¡Si, sí!—continuó con profunda emoción Peru, acercándose á ella.—¡Vos le conociais, Andra Madalen! Le conociais y le queriais! Decidme si puede consolarse un padre que pierde un hijo como aquél; ¡decidme, si puede perdonar jamás á sus asesinos.

—¿Por qué no, Peru? Si tu hijo pudiera hablarte desde la tumba, te diría sin embargo, que le perdonaras.

—Y yo le diría que no,—repuso con enérgico acento el viejo.

—Hariais muy mal,—replicó la señora: y enseguida inclinándose á su oído, añadió en voz solemne y grave —Hoy hace precisamente un año, que un jóven que era pocos días antes por su valor y gentileza el encanto de las doncellas, y la envidia de los mancebos, se hallaba agonizando en su lecho de muerte.

Sólo se veían á su cabecera, un hombre, que era su padre, y una mujer que no era nada para ellos. El hombre lloraba, y la mujer rezaba.

De pronto, haciendo un esfuerzo se incorporó el enfermo, y tomando entre sus manos las manos de su padre, le dijo con débil y apagado acento:

¡Voy á morir padre mio! ¡Voy á presentarme al tribunal de mi Dios, de quien apenas me he ocupado alguna vez en mi vida! ¡Las sonrisas de las mujeres, las lisonjas de los hombres, y la estimación del mundo, han sido siempre todo mi afán y mi anhelo! ¡Pero Dios me castigó por mano de nuestros enemigos; y para mi humillación, convirtió mis heridas en lo que es hoy mi cuerpo, una llaga asquerosa y hedionda!

A su aspecto todos esos hombres y mujeres por quienes huibera yo perdido mi vida, y acaso mi alma, tuvieron asco, y huyeron con horror de mi como de un ser maldito! Yo tengo parientes y me desconocen; tenía amigos y me desamparan! Y hasta esas doncellas que me ofrecían su corazón con sus amores, me han entregado al olvido y á la muerte!

Tiendo los ojos por todas partes, y solo veo á mi lado á vos, padre mio, porque sois mi padre; y una mujer! ¡Una mujer noble, poderosa, rica!

¿Sabeis, padre mio, por qué nuestros parientes y amigos, que han nacido en la miseria, y viven mendigando, me abandonan sin piedad, mientras la noble señora que puede hacerse servir de rodillas por ellos, cura sin rúseas mis podredumbres, y me ofrece cariñosa su brazo para descansar mi llagada cabeza?

Es porque en el corazón de esta mujer habita Dios, y con Él, la caridad, la compasión y la ternura!

Allegar aquí, el enfermo hizo una pausa para tomar aliento... y luego continuó:

Yo moría, padre mio, con el corazón ulcerado por su defección y abandono; y la amargura de mi alma hacía llegar á los labios palabras de rencor y de odio; pero la noble señora que el cielo envió á mi lado me ha asegurado, que si yo no perdono... Dios no perdonará! Que si yo no bendigo, me negará Dios su bendición...! y hoy, padre mio, gra-

cias á ella, les perdono! Les perdono con todo mi corazón, y al hacerlo así, siento aquí... en el alma, un consuelo tan dulce... que creo, que el sitio antes ocupaban el resentimiento y la venganza, lo llenan ahora el perdón de mi Dios, y la consoladora esperanza de una eterna felicidad!

¡Oh! No os olvidéis, pues, de mis últimas palabras! ¡Perdonad como yo, para sentir esta paz inefable que yo siento: y al acordaros, padre mio, de vuestro hijo, acordaos á la vez de esa mujer, que ha sido el ángel de su salvación; y amadla siempre como á una madre, y escuchadla como á una santa, y obedecedla como á la voz de Dios!

Andra Madalen calló, y quedó un momento contemplan- do la fisonomía de aquel hombre, que reflejaba como un espejo la profunda emoción de su alma. En seguida le preguntó:

—¿No fueron éstas, Peru, las últimas palabras de aquel malogrado joven?

—Si, sí! las mismas! ¡Exactamente las mismas! — contestó el otro, derramando un torrentes de lágrimas, y haciendo inútiles esfuerzos para ahogar sus sollozos!

—Pues bien! aquel joven era tu hijo, y la mujer indigna de tanto elogio, pero bastante cristiana para recoger su último aliento, fui yo! «Perdonad como yo» te dijo, y ha llegado el caso de cumplir su voluntad! Es preciso perdonar á ese desdichado!

—¡Oh! Yo no sé lo que pienso, ni lo que quiero, ni lo que debo hacer! —balbuzeó trastornado Peru.

—Si Peru! Perdózarle, salvarle! Ya sabes que mañana hago celebrar una gran función por el eterno descanso de aquel que murió en mis brazos, hace un año, con sentimientos de tan sincero y santo arrepentimiento! Vayamos, pues, á pedir por él! ¡Cuánta necesidad tendrá el infeliz de nuestras oraciones! Pero Dios no acepta los ruegos de los que le van el rencor en el corazón y sangre en las manos! Si tú quieres que perdonen arriba á tu hijo, preciso es que perdones tú aquí!

Peru dobló la cabeza fluctuando entre sus sentimientos naturalmente buenos, y las instigaciones de la venganza.

Andra Madalen acercó los labios á sus oídos, y murmuró dulcemente:

--¡Padre mío! Al acordaros de vuestro hijo acordaos de ella, y amadla como á una madre, y escuchadla como á una santa, y obedecedla como á la voz de Dios.

Un estremecimiento violento agitó bruscamente todos los músculos de aquel hombre, y levantando la cabeza miró á todos lados como si despertara de un sueño. Y es que su espíritu, completamente abstraído con el recuerdo de los últimos momentos de su hijo, se había olvidado del mundo, y cuando la voz de Andra Madalen vino á herir su corazón y sus oídos con débil y melancólico acento, creyó ver moverse los pálidos labios de su hijo, pronunciando aquellas tristes y últimas palabras.

Miró á Andra Madalen.

Los ojos suplicantes de ésta pedían el perdón del prisionero.

Pero cogió en las manos una tea que traían para pegar fuego á la pira, y con voz atronadora y potente gritó dominando todos los ruidos:

—¡Oidme, amigos míos! La buena, la noble Andra Madalen dice que ese joven es deudo suyo, y pide su vida con lágrimas en los ojos. Si hay entre vosotros alguno que no deba algo á esa señora, que tome esta tea y prenda fuego á la pira; pero si, como yo, no podéis negaros á ella sin una villana ingratitud, entreguémosle según quiere, y cargue el diablo con ellos.

Una gritería infernal fué la contestación que recibió su perorata.

—¡Que se le entregue!

—¡Que se le queme!

—¡Viva Andra Madalen!

—¡Muera el francés!

Estas y otras mil voces, mezcladas con maldiciones, causaron tal desorden que nada pudo entenderse en algunos momentos.

Mientras tanto, la señora fué reuniendo á su lado algunos de aquellos con quienes podía contar con toda seguridad, y aprovechando oportunamente el primer instante de calma, se adelantó resueltamente al sitio que ocupaba el extranjero, y levantándole la cabeza, dijo hablando con ellos:

—¡Vamos, hijos míos! Vosotros, Basurto y Oleden, venid

á este lado, y tú, Olave, con Elozu, agarradle por los pies, y vamos andando.

Los cuatro hombres á quienes se había dirigido obedecieron instantáneamente, y echaron á andar con su carga tras la noble señora que, tomando de la mano á su hija, emprendió el camino de casa rodeada de Peru-Zendo y sus amigos.

No dejó de haber algunos que protestaron con gritos y silbidos contra su generoso arranque, pero nadie se atrevió á oponerse formalmente.

En aquel momento llegaba Quillimón á Amillaga.

En cuanto dió con la rueca, volvió á lanzarse á toda carrera en dirección al pueblo, viendo con rabia que iban los últimos grupos desapareciendo en las calles.

—¡Se van, se van, no hay duda! ¡Oh, si pudiera alcanzarlos antes que llegasen á casa...—pensaba entre sí—ya volvería yo á calentar esas cabezas y robaría su presa á esa vieja, que Dios maldiga! Pero esta endemoniada arena que se come los pies. . . ¡Malhaya! ¿Mas, cómo se ha dejado engañar Peru-Zendo, que estaba tan furioso? ¡Toma! Como yo... como todos, porque esa bruja nos tiene hechizados. ¿Y quién se niega á ella? ¡Pero lo que es ésta... no se la perdono!

Para cuando él llegó á la casa-torre de Zubelzu, había desaparecido todo el mundo, y se encontró en la puerta con la señora, que le estaba aguardando.

En cuanto estuvo al alcance de su voz, Andra Madalen, con cariñoso acento, le dijo:

—¡Gracias, Quillimón! Bien sabía yo que tenías demasiado corazón para faltar á una dama.

—Hablad, hablad—refunfuñó con despecho el otro.—Ya me la habéis pegado; pero tras un día viene otro, y ahora que he pagado mis cuentas, ya arreglaremos las de ese francés. ¡Dios me castigue si vuelven sus ojos á ver de nuevo su tierra!

—No seas rencoroso y olvida todo eso.

—¡Aunque viva cien años! ¡Oh, es muy duro lo que habéis hecho conmigo! ¡Me habéis engañado y robado mi venganza!

—¡Te he robado un remordimiento! ¡Seguro es que tu sueño esta noche no hubiera sido tan tranquilo como lo será

si llevaras sobre tu conciencia el peso de una muerte! ¡Yo te conozco, y sé que mañana me darás gracias! Dices que has pagado tus deudas, pero como yo siempre quiero tener crédito en corazones honrados, toma esta rueca y este huso que son de plata, y dáselos á tu mujer, diciéndole con el alma muy ancha que son el recuerdo de una buena acción. Tengo noticia también de que tu hija se casa en breve y anda apuradilla con sus gastos. Así, anúnciala de mi parte que Andra Madalen tendrá mucho gusto en ser su madrina, por lo que no tiene que ocuparse de nada, obligándose únicamente en mi nombre á enseñar á los hijos que tenga á ser tan nobles y honrados como su abuelo Quillimón,

Dicho esto, Andra Madalen dió las buenas noches y entró en su casa.

Quillimón, entre tanto, refunfuñando y derramando mal de su grado unos lagrimones como nueces, decía:

— ¡Si digo yo que es imposible reñir con ella! ¡Si todos mis fuegos y mi coraje se derriten con sus palabras como la nieve al sol! ¡Qué mujer esa, qué mujer! Todos hacen lo que quiere... ¡Ay! Pero, en cambio, ¿qué no hace ella por todos?

El joven salvado por la generosa intervención de Andra Madalen era efectivamente francés é hijo único de una antigua y poderosa familia de uno de los pueblecillos que baña el Océano en la costa vasco-francesa.

Llamábase Gastón de Chatelnauday, aunque era más conocido con el título de vizconde d' Aprefort, que heredó á la muerte de su padre, ocurrida dos años antes.

Este, que habia servido largos años en la marina francesa, ilustrando su nombre con el brillo de sus hazañas, dejó en herencia á su hijo con sus riquezas, su título y su nombre, el mando de una magnífica carabela.

Tiempo faltó al joven para hacer ensayo de su aliento.

A pesar de su juventud y su inexperiencia, le favoreció tan locamente la fortuna y desplegó tan indomable y temerario arrojo en una corta campaña que sostuvo con los ingleses, que hizo concebir justas esperanzas, de que habia de aumentar cen nuevo brillo la gloria de su familia.

La madre, que le amaba como sabe amar una madre, y á quien él correspondía con toda la vehemencia de su apasionado carácter, le hizo retirarse por algún tiempo á casa, con objeto de ver si con el manejo de los cuantiosos intereses de su familia conseguía despertar en él algún espíritu de formalidad y de orden, pero fué inútil su empeño.

Gastón abandonó todos sus asuntos en manos de su madre, y él se entregó á las inclinaciones de su carácter caballeresco y fogoso.

Rico, joven, lleno de salud y de vida, su pasión era la gloria y su placer los peligros.

Una de aquellas temerarias aventuras, en que se comprometía con deplorable frecuencia, fué lo que le expuso á riesgo de perder, primero su vida entre las olas, y de caer más tarde víctima del odio que profesaban á los franceses los pescadores de Deva.

Estando un día algunos viejos marinos celebrando con grandes elogios el valor de cierto joven que había atravesado en un ligero esquife la enorme distancia que media entre aquel puerto y el de Burdeos, Gastón, que no consentía que hubiera otro que le aventajara en esfuerzo, dijo que se sentía con aliento para hacer mucho más.

Y como hubiera algunos que lo pusieran en duda, el aturdido mancebo corrió á los muelles, se metió en una barquilla que tenía para pasearse en la bahía, y sin encomendarse ni á Dios ni al diablo, desplegó las velas y se largó mar adentro á todo trapo.

El viento continuó soplando, y la barca alejándose de la costa en términos que, poco antes de caer la noche, apenas distinguía ya entre brumas los elevados picos del Pirineo.

La mañana siguiente al rayar el día, se encontró encerrado en un círculo de agua, sin señal alguna que le guiara y desprovisto de todo humano auxilio.

El hambre, la sed y el desamparo en que se veía, perdido en aquellas soledades, caminando á merced del azar y expuesto á hundirse á la menor alteración de la mar, acabaron por doblegar su espíritu indomable y oprimir de angustia su pecho.

Así anduvo cuatro días y cuatro noches, hasta que el quinto, agobiado de cansancio, extenuado de debilidad y con-

turbado por el terrible aspecto de la muerte, sintió faltarle las fuerzas y cayó desvanecido, invocando el nombre de Dios y derramando algunas lágrimas al recuerdo de su madre.

Tal era su situación cuando fué abordado por los marineros de Deva, de cuyas manos le libró la señora de Zubelzu; pero sus esfuerzos y su influencia hubieran sido inútiles si aquéllos hubieran llegado á sospechar quién era.

Su padre había hecho cruda guerra á las marinas de Guipúzcoa y Vizcaya al frente de las escuadras de Gascuña, y el nombre d'Aprefort inspiraba un odio universal entre sus habitantes.

No es que hubiese merecido ni esos sentimientos ni la reputación de crueldad que le atribuía la pasión de sus enemigos, pero justificada ó no, existía contra él una prevención general y profundamente arraigada, y Andra Madalen, por evitar sus consecuencias, indujo al joven, á pesar de su resistencia, á abandonar el título mientras permaneciera en Euskaria, adoptando su apellido de Chatelnauday, que era desconocido en ella.

El primer día que pudo el náufrago abandonar el lecho quiso al punto ponerse en camino para sacar á su madre de la ansiedad en que la consideraba, pero al dar unos pasos le faltaron las fuerzas y cayó en un sitial, convencido de que aún necesitaría mucho tiempo para reponerse enteramente.

En vista de esto, Andra Madalen encontró á un hombre de confianza que se aventuró á pasar á Francia á llevar á la vizcondesa la satisfactoria noticia de que se hallaba en salvo su hijo.

Tranquilizado por este lado, el joven se abandonó enteramente á los cariñosos y solícitos cuidados de aquellas buenas señoras. A los quince días parecía hijo de casa.

Restablecido ya del todo, corría y jugaba con Catalina, hacía rabiar al viejo mayordomo de Zubelzu, y hasta á la misma Andra Madalen, á pesar de su gravedad y su entereza, la traía en continuo movimiento, ya sacudiéndola sus blancas tocas, ya arrebatando la rueca ó dándola cuando menos esperaba un apretadísimo y estrecho abrazo.

La buena señora trataba de formalizarse... pero ¡tiempo perdido! Era preciso, ó reñir con él ó dejarse arrastrar por

la expansiva y arrebatadora jovialidad de su carácter franco y bullicioso.

También Catalina se mostró en un principio un tanto fría y reservada ante las apasionadas familiaridades del joven; pero su alma tierna y sensible fué abriéndose poco á poco á las dulces confianzas y al indefinible encanto de su cariñosa franqueza, llegando en breve á tratarse con el abandono y la intimidad de dos hermanos.

Así como antes madre é hija, ahora salían los tres á todas partes, sin que se separaran tampoco el resto del día, pues Gastón, desde el momento en que dejaba el lecho, emprendía tras las dos mujeres, sacando de quicio la casa con sus cánticos y gritería.

La hermosa doncella se transformaba rápidamente con tan brusco cambio de vida.

La agitación y el alegre movimiento de su nueva existencia despertaban en su alma emociones y sentimientos desconocidos hasta entonces, y á su influjo iba sacudiendo la sombra de melancólica tristeza que la envolvió desde la infancia; sus mejillas se coloreaban con un tinte de salud y de vida, y sus ojos brillaban con esa expresión de contento que dan la paz y el bienestar del alma.

¡Oh, qué hermosa, qué hermosa aparecía Catalina cuando, huyendo de las ondas, corría por la orilla húmeda con la mirada resplandeciente de alegría y azotando su flexible talle con las dos magníficas trenzas de su rubia cabellera!

¿Quién te ha puesto así, Catalina? ¡Ah! Pregunta por qué se levanta en tus valles y montañas espléndida y radiante la naturaleza, cuando rompe al halago de la primavera el sueño del invierno.

Los dos jóvenes paseaban juntos, jugaban juntos, vivían juntos. Se habían acostumbrado de tal manera á encontrarse á todas horas, que si cualquier circunstancia les separaba por un momento, corrían al punto á buscarse, porque sus almas ya no podían vivir la una sin la otra. El, apasionado, impetuoso y alegre; ella, melancólica, dulce y sensible; se asimilaban de tal manera sus caracteres, que parecía que no tenían más que un alma para entrambos, partida por igual entre los dos.

¡Cuán contentos, cuán dichosos pasaban los días, jugando

entre alegres carcajadas en los arenales de Amillaga... descansando juntos á la sombra de los robledales de Osio.. aspirando al lado uno del otro las brisas de Lasao, en la gallarda barquilla que cortaba sus limpidas corrientes!

Cuando fatigado de sus andanzas y subiendo penosamente el altísimo pico de la *Talaja* (1), que adelanta sobre las ondas su frente coronada de peñascos, venían á reposar á los pies de Andra Madalen como dos pájaros que vuelven al dulce nido huyendo de la tormenta. ¡Oh, con qué placer tendían sus miradas por aquellos espacios inmensos, menos inmensos, sin embargo, que el mar de sentimientos en que flotaban sus almas! ¡Cuán puro brillaba el sol á sus ojos en aquellos días de felidad y ventura! ¡Qué encanto tan misterioso encontraban en la sombra de las negras nubes que cruzaban el espacio! ¡Cuán dulce era contemplar desde uno de los torreones de Zubezu la lluvia que caía á sus plantas, siempre que al volver el rostro se encontraran los ardientes ojos del mancebo con la tierna mirada de la doncella y se mezclaran las dulces sonrisas de la virgen con las alegres carcajadas del joven!

El sol, el agua, los valles y las montañas, todo era hermoso, todo era poético para ellos, porque la poesía y la vida brotaban en sus almas venturosas.

¡Ay! ¡Las alegrías y tristezas que la naturaleza ostenta no son más que el reflejo del corazón humano! ¡Cuadro desnudo en que dibuja el alma con su luz y con sus sombras!

Así pasaron treinta días. ¡Treinta días de esa inefable ventura que sólo puede gozar el espíritu cuando, olvidado del mundo, se entrega á los castos y puros goces del sentimiento!

Al espirar el mes, llegó de Francia un antiguo criado de

(1) El pico de la *Talaja* desapareció en el gigantesco desmonte que para abrir la carretera se hizo el año de 1855 en el punto hoy llamado *Mirador*, sobre el sitio donde se toman los baños. El estado actual de aquel punto no puede dar idea de lo que era antes de esa época. El promontorio de la *Talaja* era una colina escarpada que se elevaba perpendicularmente hasta una desmesurada altura y desde cuya cima se descubría un dilatado horizonte.

la casa d' Aprefort, trayendo de parte de la vizcondesa algunas cantidades para su hijo y una carta en que le decía que en cuanto su salud le permitiera procurara volver á casa, en donde exigían indispensablemente su presencia graves é importantes asuntos de familia.

Gastón recibió el dinero y despidió al mensajero diciendo que podía asegurar á su madre que mejoraba de día en día, pero que no encontrándose todavía con bastantes fuerzas para un viaje tan penoso, podía tranquilizarse, en la confianza de que tan pronto como pudiera se pondría en camino.

El criado marchó... pero sus palabras vinieron á despertar á los dos jóvenes del delicioso sueño en que se hallaban embriagados.

Aquel día la casa-torre de Zubelzu no resonó con los cánticos y la alegría que en los anteriores; el sol no brilló con luz tan vívida y riente, ni ostentó el mar la espléndida belleza que tanto les deleitaba días antes.

¡Sus almas vagaban en sombras y vestían de luto la naturaleza!

Gastón montó desde muy temprano á caballo y corrió todo el día frenético y desesperado por los bosques y despeñaderos de Lastur. Una sombría y negra tristeza cubria su alma, y hubiera querido encontrarse con una banda de lobos para desahogar su rabia cerrando con ellos.

Catalina, con las mejillas pálidas, enrojecidos los párpados por el llanto y oprimido el corazón de mortal angustia, pasó todo el día en uno de los torreones de la casa, con los ojos clavados tenazmente hacia las montañas de Lastur.

¿Qué buscan tus tristes miradas, pobre tórtola enamorada, tras esas brumas y esas nieblas? ¡Oh! Luego volverá el compañero de tu nido, y las nieblas que te ahogan irán disipándose á su aliento... pero ¡ay, de ti, desdichada, si un día se ausenta de tu lado, llevándose consigo la consoladora esperanza de su próximo regreso!

El joven volvió, y volvieron desde el día siguiente á resonar en la casa-torre de Zubelzu los cánticos y las carcajadas.

Volvieron á correr juntos por las arenas de Amillaga, y á descansar en los robledales de Osio, y á cortar las corrientes de Lasao.

Gastón, impetuoso y vehemente, se entregó de nuevo con todas las potencias de su alma á aquella existencia venturosa, echando al olvido su patria, su familia y el mundo todo, hasta tal punto, que otros dos recados que recibió de su madre apenas alcanzaron á turbarle por unos momentos.

También Catalina fué recobrando poco á poco su alegría y su dicha, pero no sin que dejara una sombra de tristeza allá en el fondo de su alma el recado de la señora de Chateauday.

Un día subieron al elevado y peñascoso pico de la Talaja, desde donde tantas veces miraron con el corazón henchido de alegría aquellos mares y aquellas costas y aquellos horizontes sin límites.

De pronto Catalina se estremeció violentamente, perdieron el color sus mejillas y se apagó en sus labios la dulce sonrisa que jugaba siempre en ellos.

—¿Qué te pasa?— preguntó con inquietud el joven.

—¡Nada, nada!— respondió, haciendo un esfuerzo para sonreírse.

Pero sus ojos, como fascinados por un doloroso é irresistible encanto, no acertaban á apartarse de las blancas costas de Francia, que se divisaban apenas entre las nieblas marinas. La alegre voz de Gastón y sus miradas brillantes de pasión y contento, borraron pronto de su corazón, que volvió á latir con gozo, tan penosos pensamientos; pero desde ese día no quiso volver á aquel sitio en que tan dulces recuerdos conservaban sus almas.

Aparte de estas ligeras nubecillas, los dos jóvenes vivían felices y contentos; pero había allí cerca de ellos otra persona, cuya tierna mirada les seguía con inquietud á todas partes y cuyo corazón respondía con un profundo suspiro á cada una de sus risotadas.

—¡Qué felices son, Dios mío!—decía Andra Madalen al verlos correr alegremente, huyendo uno de otro por la orilla de la playa.—¡Qué felices son!... Pero ¡ay! ¡Que se apague la luz de mis ojos antes de ver deshechos tan dulces lazos

¡Que falte aliento á mi pecho antes de que llegue el dolor á desgarrar el alma de esa hija de mis entrañas!

Pero ese día llegó. Una tarde que se hallaban los tres entre los peñascos de Amillaga, creyó Catalina distinguir un buque que, destacándose de las agnas de Francia, se dirigía á toda vela con rumbo á las costas de Guipúzcoa. Pasó algún tiempo, y ya el buque se había acercado tanto, que podía alcanzarse con la vista natural su arboladura y su casco. Lo que más la alarmaba era que venía como una flecha hacia los arenales de Deva.

En cualquiera otra circunstancia no hubiera eso llamado su atención, pero ciertos vagos presentimientos que venían persiguiéndola desde algún tiempo, hicieron que se fijara con idecible temor en ello.

Su inquietud se aumentó al observar el desusado silencio y la dolorosa expresión que revelaban las alteradas facciones de Gastón, cuyas miradas seguían ansiosamente todos los movimientos del buque.

Catalina, al notarlo, sintió correr por todo su cuerpo un fuerte estremecimiento, y le preguntó con trémulo acento:

—¿Qué buque es ese?

—¿Quién sabe? Alguna pacífica barca inglesa que viene á vender sus géneros en uno de estos puertos.

—¿Pacífica? Tiene todas las trazas de ser una carabela francesa de guerra... ¿Si será...?

No pudo concluir la desdichada, porque el dolor le anudó la voz en la garganta.

—No lo creas, Catalina—se apresuró á decir el joven disimulando la mortal angustia que le ahogaba.—¿No ves flotar en su popa la bandera inglesa?

La joven se tranquilizó algún tanto con estas palabras, pero no dejó de sorprenderse al ver que el buque, en vez de entrar en el puerto ó correr de largo, bajara las anclas y diera fondo en mar franca frente á la bahía. Hondamente preocupados todos, emprendieron la vuelta á casa, y al atravesar la playa saltó desde el buque misterioso un prolongado y estridente ¡hurra! dado por los marineros, que se hallaban de pie sobre la obra muerta, agitando al aire sus sombreros.

Un frío de muerte coaguló el corazón de Gastón al escu-

char aquel grito que tantas veces hizo estremecer de orgullo su alma.

A eso de las seis de la mañana siguiente se presentó en la casa-torre de Zubezu uno de los contramaestres del misterioso buque, pidiendo una entrevista con el vizconde d' Aprefort.

Fuele concedido al punto, y apenas le vió Gastón delante de sí, cuando se dirigió á él con la voz trémula de coraje y los ojos inflamados, diciéndole:

—¿Qué traes aquí, miserable? El diente de un tiburón me parta si no te cuelgo de una gabia como no vea antes de una hora á ese buque virando de proa y con rumbo para su patria.

—Perdonad, mi amo—dijo con respetuoso acento el contramaestre.—Podréis hacer de mí lo que os parezca, porque sois mi jefe; pero no puedo menos de advertiros que la tripulación de *La Loba* se niega á combatir mientras no os vea á su frente, y ha jurado dejarse echar á pique ó hacerse pedazos contra esas peñas antes de volver sin vos.

—¿Y quiénes son esos traidores que vienen á traer un buque del rey á un puerto enemigo, como si quisieran entregarlo?

—Ved, señor, que hemos entrado protegidos por la bandera de una nación que se halla en paz con España. Además, la noble vizcondesa me ha entregado para vos este pliego. Leedle, señor, y no olvidéis que constantemente habrá en las gabias de vuestro buque dos vigías con la vista fija en las playas, esperando una señal para enviar un bote á recibir vuestros órdenes.

El contramaestre salió, y Gastón quedó leyendo la carta; pero no bien la hubo concluído, cuando dió un grito de desesperación, y cogiendo sus armas bajó á la cuadra, montó un caballo, y hundiendo con furor sus acicates en los flancos del pobre animal, se arrojó en frenética y desesperada carrera por los despeñaderos de Istiña.

Así como otras veces, Andra Madalen y su hija salieron también aquella tarde á la playa.

La hermosa doncella se apoyaba más de lo ordinario en el brazo de su madre, y volvía á cada instante la cabeza para mirar hacia atrás.

El brazo de Andra Madalen temblaba como nunca, y levantaba de tiempo en tiempo los ojos al cielo con dolorosa expresión.

Cruzaron en silencio el arenal y se sentaron entre las rocas de Amillaga. Al corto rato, la joven manifestó deseos de subir al alto de la Talaja, á donde no había querido llegar hacia dos meses. Una vez allí, clavó con avidez sus miradas en los bosques de Istiña.

Poco tardó en ver aparecer por entre sus breñas al hombre que con tal ansiedad esperaba, quien, después de faldear los castaños de Arzabal y Maspe, desapareció entre las casas del pueblo para reaparecer media hora más tarde á la entrada del arenal.

El rostro de Catalina se animó vivamente al verle avanzar lentamente en dirección á ellas. Pero ¡ay! No venía como otras veces agitando desde lejos su gorra de plumas, saltando de roca en roca y despertando los ecos de Amoreguela con sus cánticos y gritos.

Con la cabeza doblada sobre el pecho y tendidos los brazos negligentemente, caminaba como á su pesar, abstraído y silencioso. Al verle de aquel modo, tristes lágrimas llenaron los ojos de la joven.

Desde el sitio donde se hallaban las dos señoras no se veía del sendero que guiaba á él más que el corto trecho que desembocaba en la cumbre; así es que al llegar Gastón al pie de la montaña se ocultó de nuevo á sus ojos.

Catalina aguardó mucho tiempo á que apareciera en lo alto, pero viendo que no llegaba y no pudiendo dominar su ansiedad, se levantó para acercarse al borde del horrible despeñadero cortado á tajo. Inclino la cabeza y miró al arranque de la senda.

Su semblante se puso livido, cerráronse sus ojos y vaciló un momento sobre el abismo.

Andra Madalen, que seguía con inquietud todos sus movimientos, dió un grito y se abalanzó hacia ella.

Repuesta, sin embargo, instantáneamente de su violenta emoción, Catalina salió al encuentro de su madre y volvió á sentarse á su lado.

Lo que tan vivamente la había impresionado fué el ver á Gastón sentado sobre la arena y la cabeza apoyada en las

manos, sollozar y gemir sin consuelo, dando muestras del más profundo abatimiento.

—Volveremos á casa si no te sientes bien—dijo Andra Madalen á su hija.

—No hay para qué, madre mía; no tengo nada—contestó la joven tratando de ocultar sus lágrimas.

La buena señora fingió creerla, y continuó hilando, moviendo los labios en fervorosa plegaria.

Al poco tiempo apareció Gastón, aparentando una serenidad y una calma que estaban lejos de su corazón, y á que hacía traición su fisonomía desencajada.

Se acercó al lado de las señoras y se detuvo ante ellas triste y silencioso.

Así pasaron algunos instantes, hasta que la madre, queriendo salir de tan embarazosa situación, le preguntó con tierno interés:

—¿Qué ocurre, Gastón, que no os hemos visto en todo el día?

Como un torrente que rompe sus diques, el joven prorumpió en sollozos y lágrimas.

—Leed—dijo en seguida presentándola un pliego.

La carta, escrita en vascuence, decía así:

•Hijo de mi corazón y de mis entrañas: Tengo noticias de que estás bueno... y, sin embargo, no vienes. Te he enviado tres recados, y sólo han servido para confirmar las sospechas que me habían hecho concebir acerca de la inclinación que te encadena á esa tierra enemiga. ¿Sería tanta nuestra desgracia? Pero no, no quiero creerlo. Tú no puedes olvidar que ese suelo está regado con la sangre de tus padres y tus abuelos. El glorioso buque y los bravos compañeros que confió el rey á tu lealtad y á tu honor, van á buscarte. Tu madre te espera; tú te unirás á ellos, sí, y vendrás á mi lado. Pero ¡ay! si, lo que no creo, fueras capaz de renegar de tu raza hasta el punto de desertar de tu bandera y abandonar la tierra en que has nacido... yo, como francesa, maldeciría tu nombre... como madre ¡oh! no podría maldecirte mi corazón, pero moriría de vergüenza por haber dado un traidor á la patria. •

Cuando Andra Madalen hubo terminado la lectura, Gastón, mirándola con indecible ansiedad, la preguntó:

—¡Y bien, señora! ¿Qué me decís?

Andra Madalen no pudo contestar en un rato, porque una dolorosa emoción ahogaba su voz en la garganta; pero repeniéndose algún tanto y haciendo un violento esfuerzo, dijo con trémulo acento:

—¡Gastón, vuestra madre os llama á la patria! ¡El honor á vuestro puesto!

Y levantando después lentamente el brazo y señalando primero las costas de Francia y después el misterioso buque, añadió:

—Y ¡ay, hijo mío! ¡Vuestra patria es aquélla! ¡Vuestro puesto es ese!

En seguida, por ocultar los sollozos que le ahogaban, la pobre señora se alejó unos pasos de allí.

Gastón, enloquecido de desesperación y dolor, se echó á los pies de Catalina, cogió entre las suyas las manos de la niña, las apretó, las llenó de lágrimas, y con la voz entrecortada por el llanto, la dijo:

—Y tú, Catalina mía; tú, aliento de mi aliento y vida de mi vida... ¿qué dices á este desdichado?

—¿Qué he de decirte yo, Gastón de mi alma, si no sé más que sufrir y llorar? Tu madre y la mía dicen que el honor te obliga á dejarnos, y ¡ay! cuando las dos piensan del mismo modo...

—¡Calla, calla, pobre criatura!—murmuró el joven.— ¡Quieres engañarte y no puedes! ¿Cómo has de vivir tú, pobre tórtola enamorada, sin el compañero de tu vida? ¿Qué importa que tus labios no me hayan abierto esa alma? ¿Qué importa que no te haya dicho mi corazón que hasta la muerte me sería dulce si hubiera de encontrarte tras ella? ¡Ay! Este hermosísimo sueño en que hemos vivido adormecidos; estas inefables delicias en que se han embriagado nuestras almas; la paz, el contento que ha dorado esta breve existencia, dicen bien á mi corazón, por más que calles, cuánto me has amado; dicen al tuyo cómo te adora mi alma destrozada.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—murmuraba la joven ahogada por la felicidad que sentía á tanto amor, y desgarrada por la desesperación que le causaba el haber de perderle tan pronto.

Después de un momento de silencio, Gastón, en uno de aquellos arrebatos tan propios de su carácter, exclamó:

—¡Pero esto no puede ser, no debe ser! ¡Tú vas á morir sin mí, estoy seguro! ¡Yo voy á volverme loco si te dejas! Mas si á mí el honor y los malditos deberes me esclavizan á la patria, tú eres libre. ¿Por qué no has de venir con tu madre á Francia á ser mi esposa?

—¡Oh! Si ella quisiera...

--¿Vendrias?

—¡Dios mío! Yo no debiera decirlo, pero ¡ay! mi mejor patria sería la que tú habitaras.

—¡Sangre de mis padres! ¡Señora, señora!—gritó luego dirigiéndose á Andra Madalen que volvía hacia ellos.—¡Oh! Si vos quisierais... ¡cuán felices podrías hacernos! Vuestra hija consiente en dejar á Euskaria si queréis acompañarla.

Una palidez de muerte cubrió el semblante de la pobre madre; sacudió todo su cuerpo un estremecimiento violento, y creyó por algunos instantes que la tierra se movía á sus plantas. Pero al fin, haciendo un desesperado esfuerzo, se repuso algún tanto, y dijo con acento triste y solemne:

—Está bien. Si ella cree que puede hacerlo, que vaya. ¡Dios os haga felices! ¡Yo quedaré aquí pidiéndole su bendición para vosotros!

Catalina, al oirla, se levantó apresuradamente, y estrechándola en sus brazos, la dijo con sollozos:

—¡Oh, qué ingrata, qué ingrata! ¿Y habéis podido sospechar siquiera que fuera capaz de abandonaros?

—Pero venid vos con ella—exclamó el joven dirigiéndose en tono suplicante á Andra Madalen.

—¡Es imposible!—repuso con desesperado acento ella.—Mi Dios y mi honor me lo prohíben. Aquí, en esta tierra, vivieron y murieron mis padres, mis hijos, mi esposo, mis hermanos. En esta tierra donde descansan sus cenizas, he vivido hasta ahora, y en ella he de morir. Vos no queréis hacer traición á vuestra patria; es vuestro deber; dejad que también sea yo fiel á la mía y á la limpia historia de toda mi raza.

Gastón dobló la cabeza con mortal abatimiento, mientras rodaban por las pálidas mejillas de la noble señora lágrimas de inmensa amargura.

De pronto Catalina, como arrastrada por una inspiración sobrehumana, los ojos enjutos de lágrimas y la mirada resplandeciente con un fulgor fantástico y misterioso, corrió al lado del joven, y tomándole una mano le hizo arrodillarse junto á sí, y haciendo también ella lo mismo, dijo á su madre con dulcísimo y apasionado acento:

— ¡Madre mía! Yo he jurado aquí, dentro de mi corazón, amarle hasta la muerte y ser su esposa. El os ha pedido con lágrimas en los ojos mi corazón y mi mano. Venid, pues, y en nombre del cielo bendecid nuestra unión para siempre. Siento una voz intérior que me dice que dentro de poco seremos felices. Aquí abajo es imposible. Unidnos, pues, madre mía, para que lo seamos junto al trono de Dios.

La noble señora, ahogada por los sollozos, corrió á su lado con los brazos abiertos, y estrechando contra su seno aquellas adoradas cabezas, pidió á Dios su bendición para ellos.

Después de un rato, Catalina, soltando una cruz de oro que perdía de su cuello, se acercó á Gastón, y pasándosela por la cabeza, murmuró á su oído:

— ¡Valor, Gastón! Dios nunca engaña, y suya es la voz que me dice que luego concluirá nuestro destierro. ¡Oh, amado mío! Por la memoria de tu fiel esposa, sé buen cristiano en adelante, y hagámonos ambos dignos de ir pronto á celebrar nuestras bodas en sus eternas moradas.

Desde aquel momento no faltó la noble doncella, mientras permanecieron juntos, á la heroica resignación que se impuso.

De tiempo en tiempo brotaba de aquel abismo de dolor hasta sus ojos una lágrima que rodaba como una perla por las mejillas, pero levantando la mirada al cielo se apresuraba á enjugarla, temiendo que lo advirtieran.

El espíritu elevado de Gastón comprendió con admiración el sublime sacrificio de la heroica joven, y purificando sus sentimientos al calor de su alma santa, levantó el pensamiento de este mundo que le cerraba sus puertas, á esa otra región más pura, haciendo brotar de entre las ruinas de sus destrozados sueños la dulce flor de la esperanza eterna.

Por evitar las dolorosas emociones de una despedida, Gastón abandonó en silencio á eso de la media noche la casa-

torre de Zabelzu, y dirigiéndose al arenal se embarcó tristemente en el bote que le estaba aguardando hacia algunas horas. El buque había levado ya anclas, tendiéndose al Oeste para tomar viento, y al orzar el bote en su demanda la punta de Arrangatzi, desde donde había de perderse de vista para siempre aquella casa en que dejaba sus esperanzas, su porvenir y su vida, el desdichado amante se puso en pie sobre la popa para dirigirla su última mirada.

La noche hasta entonces había estado obscura, muy obscura, y á pesar de eso creyó distinguir en uno de los torieones una forma blanca que se movía entre sombras.

No se engañaba. Era Catalina que aguardaba su salida para verle por última vez.

También se encontraba allí cerca, aunque oculta á sus ojos y comprimiendo con sus manos el corazón porque no le vendieran sus latidos, otra persona que seguía á la pobre niña por aquel camino de dolor y llanto.

¡Pobre madre, que sin tocar siquiera la copa de la dicha había de beber hasta las heces el cáliz de la amargura!

El cielo, que quería sin duda enviar un rayo de consuelo á los desdichados amantes, hizo que la luna, rasgando en aquel momento los negros nubarrones que la ocultaban, bañara la tierra con fulgor pálido y macilento.

A su luz, las miradas de los jóvenes cruzaron el espacio y se encontraron los dos, contemplándose uno á otro. Gastón tendió los brazos hacia la joven con ademán de desesperado desconsuelo, y la enamorada doncella, despidiéndole con una mano, le señaló con la otra el cielo, como dulce señal de esperanza.

La luna volvió á ocultarse entre espesas nubes, envolviendo en sombras la tierra, y Gastón entonces, cayendo desesperado en su asiento, continuó su camino, mientras Catalina, en los brazos de su madre, murmuraba con lúgubre y desgarrador acento:

—¡Todo ha concluído en este mundo! ¡Oh, Dios mío!
¡Llevadme de él cuanto antes!

La endeble naturaleza de Catalina no pudo soportar sin resentirse profundamente tan doloroso sacudimiento.

Estuvo por espacio de quince días luchando entre la vida y la muerte, y si bien su juventud acabó al fin por triunfar, quedó tan quebrantada, que al dejar el lecho no parecía sombra siquiera de lo que era unos días antes.

En aquella dura y penosa enfermedad no tuvo que sufrir menos su pobre madre que, clavada á su cabecera, seguía con el corazón palpitante de ansiedad todas las alternativas de su padecimiento.

Cuando la enferma hubo recobrado algunas fuerzas y estuvo en estado de salir, volvieron á ver todos los sitios que recorrían poco tiempo antes acompañadas de Chatelnauday.

¡Cuán tristes y sombrías encontraba ahora el doliente corazón de Catalina las playas y las arboledas y las riberas, que no alumbraba ya la luz de la alegría ni templaba el calor de la felicidad perdida!

Y, sin embargo, á pesar de todos sus esfuerzos, no alcanzaba la pobre madre á arrancar á la desdichada de esos lugares, en que cada cosa traía á su alma desolada el recuerdo de un bien desvanecido y de un dolor sin consuelo.

Todas las tardes subía penosamente, apoyada en su madre y descansando muchas veces en el camino, á la pintoresca cumbre de la Talaja, desde donde tantas veces contempló con la sonrisa en los labios y la dicha en el alma las espumosas ondas que se rompían á sus pies.

¡Ay! Aquellas gigantescas montañas y aquellos mares misteriosos y aquellos vastos horizontes que respondían con tan deliciosa armonía poco antes á la felicidad sin términos de su alma enamorada, le parecían ahora lóbregas y tristes soledades, como el abismo de dolor en que cayó su dicha.

Sentándose á los pies de su madre, con la cabeza apoyada en sus rodillas y el rostro vuelto hacia las costas de Francia, pasaba horas y horas, con la mirada clavada entre aquellas brumas, tras las cuales buscaba al dulce objeto de su amor perdido.

¡Ay! ¡Cuántas lágrimas costaba á la desdichada cada una de las sonrisas que había deleitado su alma! ¡Cuántos gemidos cada uno de aquellos dulces suspiros! ¡Cuántas horas y cuántos días de dolor y llanto los rápidos y breves momentos de su dicha!

Alguna vez su triste madre, sintiendo rebosar de su cora-

zón afligido el dolor que la causaba la constante presencia de aquel sufrir sin tregua ni consuelo, decía:

—¡Oh! ¿Por qué le conocimos, Dios mío?

Entonces su hija, tapándola los labios con la mano, respondía:

—¡Oh! ¡No digáis eso, madre mía! Si otra vez me encontrara libre y volviera yo á verle, volvería de nuevo á amarle, aunque arriesgara por su amor mi vida.

—Pero ¡ay! ¡Amar sin esperanza... es una locura, hija mía! ¡Es menester olvidarle!

—¿Olvidarle? ¡Vos no sabéis lo que es amar, madre mía! ¡Prefiero morir con su recuerdo que vivir sin amarle!

La pobre señora, en vista de una pasión tan profunda, levantaba con desesperación los ojos al cielo, ocultando las lágrimas que la asaltaban.

Pasaron dos meses. Catalina observó en este tiempo que su madre se hallaba muy afanada en algunos arreglos de casa. Un día, sobre todo, notó con asombro que su rueca permanecía hasta la hora de paseo arrinconada en un ángulo de su cuarto, y era esto tan extraordinario en las costumbres de la buena señora, que la joven comprendió que debía ser asunto sobremanera importante el que hasta tal punto conseguía preocupar su atención, haciéndola olvidar por tanto tiempo las dulzuras de su pasión favorita.

Aquella tarde salieron, como otras veces, á la Talaja. La joven se sentó, como tenía de costumbre, á los pies de su madre, y se entregó á sus dolorosos recuerdos.

Andra Madalen, por su parte, principió á hilar con más afán que nunca, revelando la profunda excitación de su alma en el movimiento nervioso que imprimía á sus dedos.

En efecto; al poco tiempo de estar allí suspendió su trabajo y quedó contemplando con dolorosa expresión la fisonomía pálida y triste de su hija.

En seguida, dándola un beso en la frente, la preguntó con dulce y cariñoso acento:

—Dime, Catalina mía, ¿no habrá nada en el mundo que pueda aliviar tus penas?

—¡Nada, madre mía, nada!—respondió la joven con voz entrecortada por el llanto.

—Y sufres mucho, ¿no es verdad?

—¡Oh, mucho, mucho!

—¡Ay, sí! ¡Yo sé lo que es eso! Cuando yo perdí á tus hermanos y á tu padre, sentí aquí en mi corazón y en mi cabeza un dolor tan grande... tan grande... que me hubiera vuelto loca ó me hubiera muerto si no fuera por ti, que te veía huérfana y sola.

—¡Oh, madre mía!—exclamó la joven echándola los brazos al cuello y dándola un tierno abrazo.

—Yo sé muy bien que en nuestra familia los pesares matan. Y como tu vida es más preciosa para mí que todos los bienes y consideraciones del mundo, he pensado poner término á ese dolor que te va minando yendo contigo á Francia, donde te pondrás buena.

—¿Qué escucho? ¿Sabéis lo que decís, madre mía?

—¡Sí, sí! Las leyes del honor no obligan á las mujeres con el rigor que á los hombres. Iremos, pues, y verás á Gastón. Te unirás á él, y volverá el color á tus mejillas y la sonrisa á tus labios.

—¡Callad, callad!

—¡Oh, no! El dolor mata. Tú no sabes eso, pero yo sí, y como yo quiero que vivas, preciso es que marchemos.

—¡Pero vuestro cariño os ciega! Ni yo sufro lo que os figuráis ni aunque nos costara la vida podríamos abandonar nuestra patria. ¿Creeis que por haber cometido en un momento de locura la ligereza de decir á Gastón que le seguiría, puedo olvidar yo que muchos de mi familia han muerto á manos de los franceses? ¿Habéis podido figuraros que me he de unir con un hombre á quien su deber obligue tal vez mañana á saquear nuestros puertos y á ensañarse en sus habitantes, para venir á mis brazos mancharlo con la sangre de nuestros parientes y amigos?

—Pues yo te digo que no sólo es posible, sino que habrá de hacerse. Por la primera vez de mi vida te recordaré que aquí quien manda soy yo, y que es tu deber sujetarte á mis órdenes.

La joven reflexionó un momento, y preguntó luego:

—Y decidme: en ese supuesto, ¿para cuándo dispondríais el viaje?

—Para dentro de un mes.

—¡Oh!—dijo para sí Catalina.—¡Dentro de un mes Dios

habrá tenido ya piedad de su hija y la habrá llevado á su lado! Dejemos, pues, á mi pobre madre unos momentos de consuelo, en cambio del espantoso golpe que la amenaza.

En seguida levantó la voz y dijo:

—Bien, madre mía, seréis obedecida. Dentro de un mes podréis disponer según os plazca de vuestra hija.

Un rayo de felicidad bañó el semblante de la triste señora, que creyó haber robado á la muerte aquella adorada y preciosa existencia.

Poco tiempo después, y de vuelta en casa, la pobre madre postrada en su oratorio, decía con lágrimas en los ojos:

—¡Oh, queridas y venerandas sombras de mis mayores y de cuantos amé en el mundo; perdonad si os abandona esta mujer débil é indigna de tan noble raza! Sé que caerá la vergüenza sobre la degenerada señora de Zobelzu, y que su memoria será condenada á la infamia en estas nobles montañas, á donde nunca llegó la traición... ni la debilidad acaso; pero ¡ay! yo salvaré á mi hija, y moriré contenta.

Pasaron quince días, y Andra Madalen veía con doloroso asombro que la esperanza de su próxima felicidad no había hecho en la joven el efecto que se había prometido. Lejos de mejorar, parecía que se iba debilitando de día en día.

Sin embargo, la buena señora estaba íntimamente persuadida de que aquel estado era accidental, y que el cariño y la comunicativa alegría de Gastón la reanimarían al punto, y como el día de la partida se iba aproximando, se ocupaba en los preparativos con toda tranquilidad y confianza.

La tarde de que vamos á ocuparnos, costó, sin embargo, á la joven tanto trabajo el subir á la Talaja, que lloró al convencerse de que sería aquél el último día en que podría entregarse á la dolorosa satisfacción de contemplar las costas de Francia.

Era una de esas tardes de otoño, serena y triste, en que ostenta el cielo un azul purísimo y brillante, y en que la mar mecida por el tibio soplo del solano, parece que dormita blandamente en su lecho de arena.

El apagado y armonioso murmullo de las ténues ondas resbalando suavemente entre las algas marinas, semejaba la acompasada respiración del Océano.

El silencio cubría con sus alas la tierra y el espacio, y ningún ruido, ningún grito, venía á turbar su misterioso encanto!

Andra Madalen sentada sobre la yerba, hilaba á toda prisa, gozando en la felicidad que aguardaba á su hija, y en lo dichosa que sería ella al mirar su semblante animado, sus alegres sonrisas, y aquel aire de salud y de contento, que brilló en su fisonomía en todo el tiempo que vivió con ellos el gallardo vizconde.

Su hija, sentada como siempre á sus pies, contemplaba las brumas que flotaban sobre el cabo Híguer, y hubiera querido rasgarlas para descubrir aquella tierra, en donde creía su alma entrever la arrogante figura del enamorado mancebo, cuyo recuerdo la ocupaba á todas horas. ¡Oh! — se decía para sí, — ¿cuándo acabarán esta dolorosa peregrinación y esta agonía? ¡Dios mío! Ten piedad de nosotros, reúnenos cuanto antes á tulado!

Así pasaron mucho tiempo. El sol iba cayendo poco á poco, dejando tras sí esa triste hora del crepúsculo de la tarde.

De pronto, un buque, doblando magestuosamente la punta de San Antón, principió á cortar con rapidez las aguas en dirección á Deva. Traía todas las velas tendidas, y á merced del violento empuje del sur, adelantaba como una flecha, levantando con su proa una montaña de espuma.

Las miradas de la jóven se clavaron tenazmente en él, atraídas por una fascinación misteriosa. Según se acercaba, crecía su agitación, y vagos y tristes pensamientos llenaban su alma. Al poco tiempo, sus ojos podían distinguir su gallarda arboladura, y hasta los marineros que se movían sobre el puente.

Catalina se estremeció rudamente al reconocer la semejanza de aquel buque con otro que hacía poco le había robado sus esperanzas y su dicha; y al ver flotar sobre su palo mayor una bandera negra, sintió oprimírsele de temor el pecho, como si le hubieran echado encima la losa de una tumba.

La nave, al llegar frente á la rada, amainó las velas, y quedó balanceándose suavemente. ▲ los pocos momentos

descolgaron un bote, y metiéndose tres hombres dentro de él, emprendieron para el pueblo.

Catalina y su madre que contemplaban aquellas maniobras con alarmante inquietud, se levantaron sin decirse una palabra, y bajando á la playa, se dirigieron hácia la punta del arenal.

Pero antes que ellas llegó allí el bote, de donde saltó á la arena en cuanto estuvo atracado, uno de los marineros que lo tripulaban.

Al ver á las señoras, se detuvo un momento como indeciso, pero en seguida se dirigió á su encuentro con paso lento y perezoso.

Catalina, que estaba observando atentamente todos sus movimientos, murmuró para sí:

—¡Oh Dios mío, Dios mío!... Si es lo que temo, dá fuerza á esta desdichada para resignarse, y adorar tu santa voluntad.

El marino se había acercado á ellas, y se detuvo respetuosamente á alguna distancia.

Andra Madalen se aproximó á él, y con voz trémula le preguntó:

—¿Venis tal vez á buscarnos?

—Si señora, — respondió con triste acento el hombre.

—¿De parte de...?

—Si, señora. De parte del vizconde de... y el honrado marino se detuvo sin atreverse á continuar.

—¿D' Aprefort? — preguntó la jóven temblando.

—Es verdad, del mismo.

—¿Donde está? ¿Qué dice? ¿Qué nos quiere?

—Son bastantes tristes las noticias que traigo...

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! — exclamó Catalina con un grito desgarrador.

—¡Señora!... Yo.. no digo...

—¡Es igual! Me lo dice mi corazón que estalla... el luto de vuestro buque... y vuestra misma confusión... ¡Ha muerto, sí! ¡Oh Dios mío, Dios mío!

La desdichada vaciló sobre sus piernas, y hubiera caído al suelo si su madre no la hubiera sostenido, haciéndola luego sentarse en la arena, con la cabeza apoyada en sus brazos.

Después de haber llorado largo rato, Catalina llamó al hombre, y le rogó con voz entrecortada por el llanto, que les refiriera las circunstancias de aquella desgracia.

El marinero interrogó con la mirada á Andra Madalen, y en vista de una señal afirmativa de ésta, se explicó en los términos siguientes:

—Al salir de aquí mi valiente jefe, se dirigió á casa á petición de su madre; pero viendo la buena señora que en aquella inacción, el pesar y los recuerdos le iban consumiendo, pues no hacía otra cosa que subir á los peñascos, y llorar contemplando las costas de Euskaria, le concedió el permiso para tomar parte en la guerra abierta contra los ingleses, en la esperanza de que las emociones y las fatigas de la lucha le harían olvidar sus amores. ¡Vanos empeños! Desde los primeros encuentros fuimos conociendo todos, que en vez de la gloria y renombre que con tanto afán buscaba en otro tiempo, solo veía en los peligros del combate un medio de olvidar sus pesares, en las emociones de la lucha, ó en la paz de la muerte.

Al doblar el canal de la Mancha, avistamos una nave inglesa que confiada en la inmensa superioridad de su poder y su gente, se venia derecha sobre nosotros. Nos era muy fácil evitar el encuentro, y tales eran el deseo y la opinión de todos; pero el capitán mandó cargar sobre ella, y al poco tiempo, se trabó una lucha desesperada y sangrienta. Lo menos eran tres para cada uno de nosotros: pero fueros tales el furor y el corage de nuestro jefe, tan irresistible su impetu, que á las dos horas de lucha, flotó sobre los palos del buque enemigo, la bandera francesa. Fué una ospléndida victoria, que llenó de orgullo y de gloria á nuestra marina; pero ¡ay! bien caramamente comprada, pues costó la sangre del héroe de la jornada.

El desventurado joven habia sido mortalmente herido. y conociendo que le quedaban pocas horas de vida, me llamó á su cámara y me dijo:—Betancourt; confiado en la lealtad con que siempre has servido á mi casa, voy á encomendarte un encargo, cuyo cumplimiento, estoy seguro que no me negará tu amistad—y habiéndoselo yo prometido con lágrimas en los ojos, continuó:—Tu sabes donde habita en Euskaria el ángel que adora mi alma. Toma pues esta cruz sal-

picada con mi sangre, parte á aquel rincón donde tan feliz he sido, y si vive todavía, entrégasela en mi nombre. Dila que no la he olvidado un instante, y que muero con su recuerdo en el corazón, y su nombre en los labios. Añade además que siguiendo sus consejos, he procurado prepararme cristianamente para hacerme digno de unirme un día con ella en presencia de Dios, y que en este momento me entrego confiadamente á su misericordia. ¡Ay! Otros al despedirse para la muerte encargan á los que aman que los olviden y se consuelen; pero di que yo, ni aun muerto podré con su olvido. Ruégala, pues, que se acuerde y pida á todas horas por su malogrado esposo, yendo á reunirse con él cuanto antes en esa mansión de gloria, donde por la bondad divina la estará aguardando.

El viejo marino se enjugó una lagrima que corría por sus mejillas, y continuó: — Después me entregó esta cruz, y llamando á un venerable sacerdote que nos acompañaba, quedó con él, para entregarse á su lado á una santa muerte.

Catalina arrebató de las manos del marino la cruz de oro, y besándola con delirante pasión una y mil veces, y ahogada por los sollozos, exclamaba: — ¡Oh! No temas, Gastón mío... esposo mío... amado mío! No te olvidaré, no! También yo moriré con tu nombre en los labios y tu recuerdo en el corazón, y volaré á unirme contigo para no separarme nunca. ¡Oh Dios mío, Dios mío! Escucha el llanto y los gemidos de tu sierva, y que sea pronto ¡Dios mío! que sea pronto.

La desgraciada madre, sintiendo romperse el corazón á cada uno de sus desesperantes gemidos, la estrechaba con asonada ternura en sus brazos; la acariciaba, la llamaba con las palabras más dulces y cariñosas, queriendo animar con su amor aquella alma, que se apagaba al peso de tanta desgracia.

La noche tendiendo sus sombras de luto, vino á ocultar en su seno el inmenso infortunio de aquellas desdichadas.

Catalina volvió á caer en el lecho, y ni el cariño de su madre, ni los auxilios que se la prestaban, alcanzaron á suspender el terrible y rápido curso de su mortal enfermedad. Se la veía acabarse á toda prisa; y ella, más persuadida que

nadie de la gravedad de su situación, se preparó á morir como había vivido, santa y cristianamente.

Pero había sin embargo una desdichada, que ni la huella de la muerte impresa en el rostro de la enferma, ni los desengaños de los asistentes, ni los lúgubres y consoladores auxilios con que santifica la religión los últimos momentos del moribundo, podían, no convencerla, ni hacerla sospechar siquiera el peligro en que se encontraba.

La pobre Andra Madalen, sentada constantemente á la cabecera de su hija, con la mirada siempre fija en sus ojos, y estrechando con las suyas sus manos descarnadas, espiaba con ansiedad el momento en que principiara, segun ella decía, la vuelta del mal.

Sin embargo, en algunos momentos en que veía respirar fatigosamente, y lañarse su frente con ese sudor frío de la muerte... murmuraba con acento de profundo pesar;—; Oh no morirá! ¡Seguro es que no querrá Dios que muera! Pero ¡ay yo soy quien la ha puesto así! ¡Yo que he sacrificado á mi vanidad, y á mi orgullo, la felicidad y la salud de mi hija!

La enferma al oirla, apretaba cariñosamente sus manos, y la dirigía una mirada de dulce reconvención... pero ¡ay! ese horrible pensamiento era una espina que la desdichada madre llevaba clavada en el corazón, y que sólo podría arrancar la muerte!

Así pasaron tres días, sin que en todo ese tiempo se hubiese separado un instante de la cabecera de su hija, por esa triste preocupación de las personas que amando mucho á sus enfermos, se clavan tenazmente á su lado, temiendo que en su ausencia ha de venir á sorprenderlos la muerte.

La cuarta noche entró Catalina en el último periodo de su mal, y ya hacia la madrugada, conoció que le quedaban pocos momentos de vida. En su vista, quiso la infeliz preparar á su madre para el golpe que la amenazaba. Pero ¡ay! no podía concebir el cariño de la pobre señora, que pudiera ir su hija dejándola á ella en el mundo, y recibió por lo tanto todas sus reflexiones, como aprensiones de enferma.

Sin embargo, la catástrofe se aproximaba, Catalina lo conoció, y haciendo señal á su madre para que se acercara, con un gran esfuerzo, y tendiendo los brazos hacia ella, es-

trechó en ellos su cabeza, y dándola un tierno beso, murmuró dulcemente á sus oídos;—Adiós madrecita mia—Enseguida tomó la cruz de oro que tenía al cuello, y entrelazándola entre sus dedos, la llevó á sus labios. Cogió luego con las dos manos un crucifijo que tenía sobre su pecho, le dirigió una tierna y fervorosa mirada, y llevándolo á su boca, exhaló en un beso aquella purísima alma, balbuceando por tres veces el dulcísimo nombre de Jesús.

La pobre madre que la estaba mirando con atónita sorpresa hacer todas aquellas cosas, sintió un horrible sacudimiento al verla doblar la cabeza, y se avalanzó á ella.

El sacerdote que recitaba las oraciones, y otros que se hallaban allí, se acercaron también.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!—decían al reconocerla.

Andra Madalen les miró un momento con asombro... y continuó cubriendo de besos y caricias el rostro helado de su hija.

Un hermano suyo, no pudiendo resistir á tan desgarradora escena, se acercó á ella y la dijo tomándola del brazo:

—¡Ven hermana mía! ¡Vamos á rogar por su alma!

—¡No, no!—gritó como asustada la pobre señora.—Si yo la dejo, se morirá... y no quiero que se muera.

—¿Pero no ves desdichada que está muerta ya?

—¿Muerta? ¿Muerta? ¡No sabeis lo que os decís! ¿Cómo ha de estar muerta ella... si yo estoy viva?

Habían pasado veinte y cuatro horas, y ni ruegos, ni consejos, ni amenazas, nada en fin fué bastante para separar aquella pobre madre del lecho de su hija, ni para arrancar el cadáver de entre sus brazos. La besaba, la acariciaba, la dirigía tiernas y cariñosas palabras, como si pudiera oirla, y la estrechaba contra su seno, queriendo dar calor en el fuego de su amor á aquel corazón helado y frío.

En tan extraña situación, los parientes pensaron en llamar á su confesor, que era un venerable padre de un convento próximo, persona á quien la buena señora profesaba un profundo cariño, y la deferencia más absoluta.

Vino, pues, el reverendo anciano, y se encerró con ella en el cuarto.

Pasaba y pasaba el tiempo, y se principiaba á temer que ni las palabras del santo varon, que siempre había recibido como inspiradas del Cielo, podrían conseguir nada en esta ocasión, cuando al fin, después de una hora, abrió aquél la puerta, y mandó que á toda prisa se hicieran los preparativos para el entierro.

Andra Madalen con la vista constantemente fija en el cadáver de su hija, presenció sin dirigir ninguna observación, sin contestar á pregunta alguna, aquellos tristes y lúgubres trabajos.

Cuando el cortejo fúnebre se puso en marcha para la iglesia, se colocó detrás del ataúd y entró con él en el templo.

Después de las ceremonias de costumbre, el cadáver fué conducido á la capilla de la casa Zubezu, y se colocó dentro del sepulcro de piedra que tenia y tiene en ella la familia. La losa que lo cubría se hallaba levantada para recibir la caja, y al ir á bajarla cuando estuvo ya dentro, se puso en pie Andra Madalen y se opuso resueltamente á ello. En su vista el confesor hizo una seña, y desistiendo de su intento la gente, fué saliendo poco á poco, quedando al fin en la capilla, la señora con la cabeza apoyada en la dura piedra de la tumba, y el venerable padre de rodillas en un rincon, pidiendo al Cielo por ella.

De tiempo en tiempo, dirigía una mirada compasiva á la desgraciada, y volvía á sus oraciones, profundamente conmovido en vista de su horrible desesperación.

¡Ay! Ni una lágrima habia salido de sus ojos, ni un suspiro de sus labios. El dolor se agarró á aquel corazón, y lo estrujó en términos, que pasmó su sensibilidad y su vida. Así pasaron dos horas.

De pronto, como un cadáver que se galvaniza, todo su cuerpo se estremeció violentamente; una sonrisa de siniestra satisfacción entreabrió sus labios, y dirigiendo al sepulcro una mirada de desesperada amargura, murmuró con voz sombría.

— ¡Ahí está! ¡Es mi hija! ¡Ah! También yo puedo ir á su lado... ¡Y tambien iré pronto!... ¿Qué se necesita? ¡Morir! ¿La muerte huye de mí?... ¡Oh, yo buscaré á la muerte!

Sus ojos brillaron con fulgor siniestro, y su mente turba-

da acarició aquel horrible pensamiento, como una esperanza de consuelo. Púsose en pie, y dió un paso para salir.

El anciano acercándose á ella, tomó en la suya una de sus manos y la dijo con dulzura:

—¡Hija mía! El día se ha adelantado. Tu hija ha muerto, y tu corazón no ha dirigido todavía una oración á Dios! Reza, hija mía, reza! El solo puede aliviar el inmenso infortunio de tu alma!

Estas palabras sacudieron un poco su abstraída atención, y recordó en efecto, que aquél era el primer día de su vida que se olvidaba de encomendarse al Cielo.

Postróse de rodillas á los pies de la Virgen que decoraba el altar, y se puso á rezar. Al principio sus labios recitaban maquinalmente las oraciones, pero poco á poco fué fijándose en alguna que otra palabra, y levantando el pensamiento, del recuerdo de su hija, á la mansión en que debía descansar su alma.

Al verse tan completamente separada de ella, y sola y abandonada en el mundo bajo el peso de tanta desdicha, brotó de su corazón desolado un sentimiento de amargura, que llegó á sus labios como una queja. La imagen de la muerte volvió á cruzar por su mente, sonriendo á su paso como una esperanza, y su pensamiento corrió tras ella con dolorosa fruición.

De pronto, al traves de sus ojos cerrados, su imaginación turbada se figuró que veía moverse el busto de la Santísima Virgen, y que dirigiéndola una mirada compasiva, y de tierna reconvención, la decía con una voz de dulcísima armonía:

—¿Qué es eso Magdalena hija mía? ¿Qué pensamientos criminales son esos que turban así tu cabeza, ahogando los piadosos sentimientos que te hacían tan grata á los ojos del Señor? ¿Es posible que la pérdida de una hija, que deja las inquietudes del mundo por una gloria eterna, haya borrado de tu corazón humilde, la cristiana resignación con que debe adorarse la voluntad del Altísimo? ¡También yo he sido madre, Andra Madalen, y he tenido un hijo como no puedo haber otro entre los hijos de los hombres! ¡Santo como la Esencia Divina, Grande como la magestad de Dios; y he visto á ese amor de mis entrañas, arastrado y pisoteado en el fango, cubierto de sangre y de heridas, sin que fuera dado

enjugar con mis labios sus sacrosantas lágrimas, sin que pudiera hacer descansar contra mi seno su moribunda cabeza, sin poder endulzar con una palabra de consuelo su horrorosa agolía! ¡Ah! Yo sentí también hacerse pedazos mi corazón de madre al verle espirar en un infame patíbulo, entre los ruidos del pueblo, las blasfemias de los soldados, y el escarnio de sus verdugos! Pero ¡ay! En las angustias de la muerte pidió á su Padre por sus verdugos, y entonces... entre los gemidos de mi corazón, uní mi espíritu al suyo, adoré á mi Señor, y le ofrecí los infortunios de mi alma! ¡Andra Madalen, hija mía! Llorá también tu... llorá, pues las lágrimas de una madre son gratas á los ojos de Dios. Pero purifica con ellas tu alma, levántala hasta los pies de su trono, que Él aliviará en su misericordia los pesares que te alligen!—

La voz calló. Andra Madalen abrió los ojos, y miró en torno suyo. Todo seguía en silencio. Pero allí, en el fondo de su alma, en medio de su inmensa pesadumbre, sentía cierta dulzura inefable, como aquellas ráfagas de aire que vienen á refrescar el fatigado pecho, en esos días de calma caliginosa y ardiente.

Aquel corazón que había cerrado violentamente la desesperación, fué abriéndose poco á poco á una tristeza y un dolor más tranquilos, y rebotándole el sentimiento, rompieron sus ojos en lágrimas y sus labios en gemidos.

¡Lloró! Lloró más de dos horas por la pérdida de su malograda hija, por sus criminales pensamientos, por su porvenir lóbrego y sombrío; pero al levantarse, la santa resignación cubría bajo sus alas su alma destrozada.

Desde entonces, el dolor de la pobre madre fué más tranquilo, aunque constante y tenaz.

Roto el único lazo que la unía al mundo, su ansia y su anhelo eran dejarlo cuanto antes, para reunirse con su hija. Entre tanto, triste pero resignada, vivía únicamente de su recuerdo, y de la esperanza de verla.

Como nada tenía en el mundo, su espíritu no habitaba en él.

Todas las mañanas se levantaba con el alba, recorría las

casas de los pobres y los enfermos para consolarlos y socorrerlos, y encogida entraba en su capilla.

Una vez allí, hacia sus devociones, y sentándose después al pie del sepulcro de su hija, hilaba ó apoyaba su cabeza en la fria losa, y pasaba el día llorando ó suspirando por ella.

No habiendo en su espíritu más que un pensamiento, ni más que un deseo en su corazón, no pronunciaban tampoco sus labios más que unas mismas palabras. La tradición las ha conservado. ¡Siempre el mismo sentimiento, su hija! ¡Siempre la misma esperanza, la muerte!

Yo no sé si el tiempo habrá echado al olvido algo más de lo que á nosotros ha llegado, pero de todos modos, las cuatro estrofas que quedan, nos muestran bien el alma desgarrada de la pobre madre.

Me parece oirla con la cabeza apoyada en la piedra decir tristemente:

Catalinachu, Catalinachu,
Catalinachu nerla,
Eramanzasu, eramanzasu,
Zure amachu maitia!

Catalina mía, Catalina mía,
¡Ay! Catalinita.
Lleva ya á tu lado, lleva ya á tu lado
A tu madrecita! (1)

Cuando caía la noche, rezaba algunas oraciones, recogía la rueca y el huso, y estampando un beso en la losa de la tumba, se despedía tristemente, diciendo: — ¡Hija de mi corazón, hasta mañana!

Nunca dejaba aquel sitio sin derramar algunas lágrimas por su forzosa ausencia, y sin pedir á Dios que fuera la última.

Al fin fueron acogidos sus ruegos.

Una noche al retirarse á casa, se vió acometida de un accidente que se consideró mortal, y del que tardó mucho en

(1) Se han querido traducir literalmente estos cuatro versos aun á riesgo de perder en obsequio á la exactitud, la expresión que tienen en vascuence. De todos modos, hubieran resultado pálidos y frios, pues hay en los diminutivos de esa lengua una fuerza de ternura que no es posible dar en la traducción.

volver. Sin embargo, la mañana siguiente fué á su capilla desoyendo las observaciones y las instancias de los suyos. Se confesó, recibió al Señor, y se sentó al pie de la tumba con la rueca en la mano.

Aquel día . . . su dolor era más tranquilo, sus lágrimas menos amargas que otras veces. Sus ojos giraban de la tumba de su hija á la imagen de la Santísima Virgen. Las palabras que dirigía á Catalina eran más tiernas y cariñosas que nunca.

Varias veces vinieron algunos allegados á informarse de ella; pero viendo que quería estar sola, la fueron dejando todos. Hacia la tarde se encontró tan débil que tuvo que arrimarse á la tumba para apoyar en ella la cabeza. La iba faltando la vida, y esta idea la hacía sonreír dulcemente.

Al anochecer, su confesor entró en la capilla, y viendo que no se movía se aproximó á ella. Tenía los ojos cerrados, y en sus párpados brillaba una lágrima. Sus labios se movían suavemente, y habiendo bajado á escucharla, oyó que murmuraba con apagado y moribundo acento:

¡Catalina mía! ¡Catalina mía!
 ¡Ay, Catalinita!...
 ¡Lleva ya á tu lado... lleva... ya... á tu... lado...
 A... tu... ma... dre... ci... ta!

Con la última palabra de la canción se cerraron sus labios y se apagó su aliento, volando su alma hermosísima y apasionada á unirse con la de su hija, en esa dulce mansión en que se enjugan todas las lágrimas de los ojos, en que se olvidan todos los pesares de la vida.

El día siguiente se celebraron con gran pompa sus exequias; y por satisfacer los deseos del pueblo que la amó en vida como su providencia, y la veneraba ahora como bienaventurada, hubo de tenerla toda la mañana de cuerpo presente.

Uno de sus brazos colgaba del ataúd, y las gentes se atropellaban por besar aquella mano que enjugó tantas lágrimas, que derramó tantos consuelos y que permaneció siempre abierta para el necesitado.

Las plegarias de los sacerdotes subieron al cielo mezcladas con el llanto y los gemidos de los pobres que perdían á su madre.

Vivió entre las bendiciones y el amor de sus hijos... moría entre sus lágrimas. ¡Dulcísimo y santo tributo que rinden las almas honradas á la virtud en el mundo!

Al caer la noche fué colocada en el sepulcro con su rueca al lado; y el pueblo, con esa delicada intuición del sentimiento que nace del corazón, creyó advertir en sus labios una sonrisa de inefable beatitud al verse al fin reunida para siempre con aquella hija que tantas lágrimas y pesares la habia costado y a quien amó, sin embargo, con tan entrañable ternura.

He aquí la tradición de *La hilandera de la capilla de Zubelzu* según la refiere el pueblo, y en cuya relación he llevado á tal punto la exactitud que no me he atrevido á tocar, á pesar de mis deseos, ni siquiera su título. Una sola circunstancia he suprimido por su insignificancia, y es la siguiente:

No habiendo podido conseguir sus interesados que Andra Madalen, después de la muerte de su hija, abandonara algunos ratos la iglesia y sobre todo que dejara de hilar en ella, cosa que no á todos parecia bien, resolvieron acudir al Obispo, á fin de que, autorizándola para ello, pudieran quietarse los escrúpulos de algunas conciencias timoratas.

En su vista, é informada la autoridad eclesiástica de los antecedentes de la buena señora y de las aflictivas circunstancias que la rodeaban, concedió la autorización que se pedía, limitando su uso á los términos de su propia capilla.

Ahora, lector mío, si alguna vez llegas á Deva y te hostiga el deseo de conocer el sitio en que pasó sus último dias y en donde descansan ahora los restos de la desventurada señora, dirígete á la suntuosa iglesia parroquial de ese pueblo y encontrarás en la nave del lado izquierdo tres capillas abiertas en el muro, de las cuales la del centro era conocida, y sigue siéndolo en nuestros dias, con el nombre de la capi-

lla de Zubelzu. Una vez dentro, verás abierto en el muro lateral un hermoso arco gótico de piedra arenisca, y debajo de él un sepulcro de lo mismo, en cuya piedra frontal se hallan esculpidas, entre otras figuras, las armas de la familia divididas en siete escudos.

Esa es la capilla en que tanto lloró, con su rueca en la mano, la pobre Andra Madalen; ese el sepulcro donde descansa con su hija hace cuatro siglos; y la losa que las cubre es la misma en que apoyaba su fatigada cabeza, y en donde vino á buscarla la muerte.

Dentro del arco hay un pequeño busto que representa á Santa Catalina, bajo cuya protección colocó Andra Madalen la capilla, en recuerdo de su hija; y aún enseñan en un rincón el sitio donde se sentaba la pobre madre esperando su hora. Todo vive allí todavía con sus recuerdos. Todo nos habla de ella. Parece que aún conserva aquella losa las huellas de sus lágrimas; parece que aún repiten los ecos de las bóvedas su melancólica canción. ¡Oh, lector mio! Si al reconocer aquel sitio sientes esa indefinible sensación que despiertan en el alma los sentimientos y los recuerdos, dirige á Dios una oración por ella, pues es lo mejor que los muertos pueden esperar de los vivos!

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
El rabo del diablo.....	1
Los Comuneros alaveses.....	7
Jaun Zuría.—Batalla de Arrigorriaga.....	19
Arrigorriaga.....	31
La bocina de Roldan.....	45
La hilandera de la capilla.....	67



TRADICIONES VASCONGADAS

SUMARIO

PRIMERA PARTE

CONTIENE: *Jaun-Zuria*, por don Antonio de Trueba.—*Hirnio*, por don Juan V. de Araquistain.—*Roma*, por el mismo.—*Pedro Mari*, por don Arturo Campión.

SEGUNDA PARTE

CONTIENE: *Maitagarri*, por don José María de Goizueta.—*La emparedada de Irazabal*, por don Juan V. de Araquistain.

TERCERA PARTE

CONTIENE: *Peru Mari*, por don Arturo Campión; versión vascongada de don M. de O.—*Lamia*, por don José María de Goizueta.—*La Rosa de Ispaster*, por don Vicente de Arana.—*Aquelarre*, por don José María de Goizueta.

CUARTA PARTE

CONTIENE: *El rabo del diablo*, por don Ramón Gaytán de Ayala.—*Los Comuneros alavés*, recuerdo histórico, por don Ricardo Becerro de Bengoa.—*Jaun Zuria*, Batalla de Arrigorriaga, por don Ramón Gaytán de Ayala.—*Arrigorriaga*, estudio histórico por don Antonio de Trueba.—*La bocinu de Roldán*, por don José María de Goizueta.—*La hilandera de la capilla*, por don Juan V. de Araquistain.

Cada parte forma un tomo de 100 páginas. Precio de cada uno 3 reales. Librería de Astuy, Tendería, 19.